

EL AUTOR MÁS VENDIDO EN BRASIL

DIVINO BATISTA

**EN
EL**

**ÚLTIMO
VOLÚMEN**

TRADUCIDO POR
MARIA LAURA CURZI



... 🎵

*A mis lectores siempre fieles: ya dije y nunca me cansaré de enfatizar la gran importancia que cada uno de ustedes tiene en mi travesía literaria.
Reciban mis verdaderos y siempre sinceros agradecimientos*



Para todos aquellos que se consideran “fans de la Banda PARAMORE”.

Y, en especial, ¡para todos aquellos que no viven sin MÚSICA!



Prólogo

Las personas son como las *canciones*. Son hechas para que *oigamos y aprendamos*.

Algunas, nos gustan desde el inicio. *Otras*, nos gustan después de un *tiempo*.

Pocas nos *tocan* en la vida, pero hay una, *esa especial*, que es nuestra *banda sonora*. Y esta, la escucho Al Máximo Volumen.



Lista de cantantes que cambiaron mi vida

(Escrita (y editada) por: **Mariana Carey**)

1. *Adam Lambert*
2. *Adele*
3. *Aerosmith*
4. *Akon*
5. *Alanis Morissette*
6. *Alejandro Sanz*
7. *Alexandra Burke*
8. *Alfonso Herrera*
9. *Alicia Keys*
10. *All Stone*
11. *Alphaville*
12. *Amanda Seyfried*
13. *Amy Winehouse*
14. *Anahí Puente*
15. *Anna Kendrick*
16. *Anitta*
17. *Aretha Franklin*
18. *Ariana Grande*
19. *Austin Mahone*
20. *Avicii*
21. *Avril Lavigne*
22. *B.o.B*
23. *The Band Perry*
24. ~~*Barbie*~~
25. *Barry White*
26. *Bastille*
27. *The Beatles*
28. *Belinda*
29. *Berlin*
30. *Beyoncé*
31. *Bianca Merhy*
32. *Black Eyed Peas*
33. *Bonnie Tyler*
34. *Boys Like Girls*
35. *The Bravery*
36. *Brian McKnight*
37. *Britney Spears*
38. *Britt Nicole*
39. *Bruno Mars*
40. *Bryan Adams*
41. *Calvin Harris*
42. *Carly Rae Jepsen*
43. *Carly Simon*
44. *Carrie Underwood*
45. *Celine Dion*
46. *Charice*

47. *Cher Lloyd*
48. *Cheryl Cole*
49. *Chris Brown*
50. *Chris Tian*
51. *Christina Aguilera*
52. *Christina Perri*
53. *Ciara*
54. ~~*Clockwork*~~
55. *Cobra Starship*
56. *Colbie Caillat*
57. *Coldplay*
58. *Conor Maynard*
59. *Creed*
60. *CymcoLé*
61. *Cyndi Lauper*
62. ~~*Daft*~~
63. *Danielle Bradbery*
64. *Daughter*
65. *David Carreira*
66. *David Guetta*
67. *Demi Lovato*
68. *Dido*
69. *Dionne Warwick*
70. *Drake*
71. *Dream Theater*
72. *Dulce Maria*
73. *Duran*
74. *Ed Sheeran*
75. *Ellie Goulding*
76. *Elton John*
77. *Emily Jaye*
78. *Emily Osment*
79. *Eminem*
80. *Enrique Iglesias*
81. *Eric Berdon*
82. *Esmée Denters*
83. *Evanescence*
84. *The Ex-Girlfriends*
85. *Far East Movement*
86. *Fat Joe*
87. *Fergie*
88. *Fifth Harmony*
89. *Filipe Guerra*
90. ~~*Flipsyde*~~
91. *Flo Rida*
92. *Foster the People*
93. *The Fray*
94. *Fun.*
95. *Gabrielle Aplin*
96. *The Game*
97. *Gamu Nhengu*
98. *Glee Cast*
99. *Gloria Estefan*
100. *A Great Big World*

101. *Green Day*
102. *Gummy Bear*
103. *Guns N' Roses*
104. *Guru Josh Project*
105. *Gym Class Heroes*
106. *Hilary Duff*
107. ~~*Hilltop Hoods*~~
108. *Iggy Azalea*
109. *Il Volo*
110. *Imagine Dragons*
111. *Isa TKM*
112. *Isabella Castillo*
113. *James Arthur*
114. *James Blunt*
115. *James Morrison*
116. *Jamie Cullum*
117. *Jamie O'Neal*
118. *Jana Kramer*
119. *Jason Derulo*
120. *Jason Mraz*
121. *Jay-Z*
122. *Jennifer López*
123. *Jeremih*
124. *Jessie J*
125. *Jesuton*
126. *John Legend*
127. *John Lennon*
128. *John Newman*
129. *John Tyree*
130. *JoJo*
131. *Juanes*
132. *Justin Bieber*
133. *Justin Timberlake*
134. *Kathryn Dean*
135. *Katy Perry*
136. *Ke\$ha*
137. *Kelly Clarkson*
138. *Kirsch & Bass*
139. *KT Tunstall*
140. *Kyle Castellani*
141. *Kylie Minogue*
142. *Lady Antebellum*
143. *Lady Gaga*
144. *Lana Del Rey*
145. *Lane Brody*
146. *Lara Fabian*
147. *Las Ketchup*
148. *Laura Bell Bundy*
149. *Laura Pausini*
150. *Lea Michele*
151. *Leighton Meester*
152. ~~*Lena Katina*~~
153. *Lenny Kraier*
154. *Lenny Kravitz*

155. *Leona Lewis*
156. *Leonard Cohen*
157. *Lifehouse*
158. *Lil Jon*
159. *Lil Wayne*
160. *Lilly Wood*
161. *Linkin Park*
162. *Lisa Sommers*
163. *Little Big Town*
164. *Lorde*
165. *Lucy Hale*
166. *Ludacris*
167. *Luis Miguel*
168. *Madonna*
169. *Maejor Ali*
170. *Magic!*
171. *Maite Perroni*
172. *Maluma*
173. *Mandy Moore*
174. *Manu Gavassi*
175. *Mariah Carey*
176. *Mark Ronson*
178. *Maroon 5*
179. *Matchbox Twenty*
180. *Meghan Trainor*
181. *Melissa Gorga*
182. *Michael Jackson*
183. *Mickael Carreira*
184. *MIKA*
185. *Miley Cyrus*
186. *Miranda Cosgrove*
187. *Miranda!*
188. *Mister Jam*
189. *Mitchel Musso*
190. *Moby*
191. *Muse*
192. *Mystery Alaska*
193. *M83*
194. *Natasha Bedingfield*
195. *Naya Rivera*
196. *Nazareth*
197. *The Neighbourhood*
198. *Netsky*
199. *New Radicals*
200. *Nick Jonas*
201. *Nickelback*
202. *Nicki Minaj*
203. *Nico & Vinz*
204. *Nina Kinert*
205. *Nirvana*
206. *Oasis*
207. *Olly Murs*
208. *One Direction*
209. *OneRepublic*

210. Owl City
211. P!nk
212. P9
213. Pagan John
214. Paramore
215. Paris Hilton
216. Pee Wee
217. Pez
218. Phantom Planet
219. Pharrell Williams
220. Phil Collins
221. Pitbull
222. Plan B
223. PSY
224. The Pussycat Dolls
225. Rachel Platten
226. Rascal Flatts
227. RBD
228. Remy Zero
229. Ricardo Arjona
230. ~~Rich Homie Quan~~
231. Ricky Martin
232. Rihanna
233. Rita Ora
234. Robbie Williams
235. Rod Stewart
236. Roxette
237. Rudimental
238. Sam Smith
239. Sara Bareilles
240. Sarah Brightman
241. ~~Schiller~~
242. The Script
243. Selena Gómez
244. September
245. Shaki
246. Shakira
247. Shania Twain
248. Sia
249. Sidney Bowen
250. Silentó
251. Silverchair
252. Simply Red
253. ~~Skrillex~~
254. Slash
255. Sleeperstar
256. Snoop Dogg
257. Snow Patrol
258. Son Of Levi
259. Sonna Rele
260. Spice Girls
261. Sugababes
262. Suzanne Ciani
263. Swedish House

Mafia

- 264. *T.I.*
- 265. *Taio Cruz*
- 266. *Tanner Patrick*
- 267. *Tash Phillips*
- 268. *Taylor Swift*
- 269. *Taylr Renee*
- 270. *Tiësto*
- 271. *Tigertown*
- 272. *Tim McGraw*
- 273. *Timbaland*
- 274. *Tony Bennett*
- 275. *Toni Braxton*
- 276. *Train*
- 277. *U2*
- 278. *Union J*
- 279. *Vanessa Hudgens*
- 280. *Vanessa Carlton*
- 281. ~~*Vengaboys*~~
- 282. *The Wanted*
- 283. *The Weeknd*
- 284. *Whitney Houston*
- 285. *Will.i.am*
- 286. *Wisin*
- 287. *Wiz Khalifa*
- 288. *Zedd*
- 289. *3 Doors Down*
- 290. *3OH!3*



Tenía un enorme dolor de cabeza cuando por fin mi madre cedió y decidió entregarme sus tarjetas de crédito. El motivo de tanta insistencia surgió debido al hecho de que la blusa más nueva de “Paramore” (mi banda de rock favorita) había sido recién lanzada en las mejores vidrieras del mundo, y es obvio que yo —fan asidua de la banda, tremendamente fanática y totalmente Paramorenática (según me dice mi mejor amiga Eloísa)— no podría quedarme sin un ítem de estos, ¿podría? Bien que intenté contarle la verdad a mi madre, pero si hubiese hecho exactamente lo que hace una chica obediente, estoy casi segura de que sus tarjetas de crédito no estarían en mis manos a esta hora.

—Finalmente, Mariana, estuviste de acuerdo en ir al Baile de Graduación de este año. —Pude ver una enorme sonrisa amarilla traslucir en su rostro. —Estoy convencida de que te encantará el evento estudiantil de este año, porque fui responsable de la decoración y todo.

—Aja. —Confirmé, tratando de no parecer tan irónica en ese rato. —Así lo espero, madre.

Sé que mentir no es una de mis mejores habilidades desde cuando decidí obtener algo tan valioso de mi madre, pero... como una *paramorenática*, nada de lo que esté relacionado con la ética y la moral será parte de esto hoy.

Todo comenzó en 2010 cuando tenía apenas nueve años de edad y, si no me falla la memoria, ese día estaba lloviendo muy fuerte, era una tempestad que asustaba mucho. Sé esto porque fue exactamente ese el motivo por el cual terminé encerrada dentro de casa, acostada en el sofá completamente solitaria mirando la televisión.

Justo entonces, sin querer, terminé metiendo mi enorme trasero encima del control remoto, y eso, por cierto, hizo que la TV cambiara de canal descontroladamente enseguidita.

¡Pucha, Mariana! ¿Justo ahora que iba a comenzar el *Sítio do Pica pau amarelo* (Rancho del Pájaro Amarillo), haces una burrada de estas? Me odio eternamente por haberlo hecho —grité eufórica conmigo misma (como si eso fuese a resolver algo).

Me acuerdo que me sentía una fiera por eso, pero por fin terminé agradeciéndome por haber sido tan descuidada (ya explico). Fue así, con el cambio de los canales de la TV por cable, terminé haciendo uno de los mayores descubrimientos de mi vida, la MTV, pues cuando finalmente logré hacer que la TV volviera a lo normal, la primera imagen que apareció en la pantalla fue la de *Justin Bieber* cantando e interpretando la canción por la cual hizo que estallara aquí en Latinoamérica: *Baby*.

En esa época, *Justin Bieber* no era tan conocido, así como lo es actualmente, porque al día siguiente, cuando al final miré por tercera vez el videoclip y anoté el nombre de la canción para poder bajarla al instante, hice una entrada triunfal por los pasillos del colegio siendo la primera chica en obtener la canción *Baby* en un aparato celular.

—*Amigaaa*, ¿que canción es esa? —Eloísa fue la primera en preguntar —La necesito con urgencia, ¿podrías pasármela vía *Bluetooth*?

—Pero claro, quiero que todos conozcan a mi futuro novio. —No pude aguantar una sonrisa. —Es lindo, ¿no es verdad? —y terminé mostrando una de las centenas de otras fotos que me había bajado de internet a mi celular.

En ese tiempo, inclusive llegué a creer que era —yo— la responsable de que Justin fuese tan conocido aquí en Latinoamérica como lo es hoy, por el simple hecho de que me levantaba todos los días a las 6h en punto, compartía en Orkut y mandaba por SMS, a todas mis amigas, el *link* del mejor clip del mundo. ¡Invitando a todos a comentar y compartir esa belleza con padres, madres, hermanos, primos, amigos, conocidos y vecinos!

Estaba completamente enamorada de Justin, me prometí casarme con él apenas cumpliera los 16 años de edad. Fueron dos años consecutivos comprando todos sus *posters*, *revistas* y *CDs*, pero inmediatamente que divulgaron la noticia que estaba saliendo con una *cantante* y *actriz* de *Disney*, mi mundo giró cabeza abajo literalmente (pero es claro, ¿por qué no había pensado en esto antes? Tendría que cursar Artes Escénicas y Clases de Canto antes de casarme con él... ¡Pucha!).

—*Amigaaa*, ¿ya supiste de la última de tu *futuro novio*? ¿O sería mejor llamarlo *ex-futuro novio*? —me acuerdo a la perfección que Eloísa sujetaba una revista *Capricho* en las manos, entreabierta justo en la página en que la noticia trágica estaba visiblemente bien destacada.

—*Noooooo...* —grité a los llantos después de haber leído todo.

Después de una noticia así de bombástica, pasé a apagar la TV cada vez que un videoclip de Justin aparecía en la pantalla. Aunque todavía me acuerde de que la peor de las noticias fue haber descubierto que mi competidora era, nada más y nada menos, que la propia *Selena Gómez*. Empecé a odiar una de mis series norteamericana favorita debido a eso “*Wizards of Waverly Place*” (*Los Hechiceros de Waverly Place*).

Por lo menos, él había elegido a alguien a mi altura, modestia aparte. Sin embargo, descubrí más tarde que mi mayor pasión era de verdad por la *música*. Las responsables por ese descubrimiento maravilloso actualmente eran mis divas *Avril Lavigne* y *Katy Perry*.

—*Maaaa...* ¿me dejas teñir el cabello, por favor? Ya tengo trece años. —Imploraba a los gritos mientras intentaba hacerla ver los mejores videoclips ya producidos por mis divas: “*Wide Awake*” y “*Smile*”.

—¡Pareces una loca llorando de esa forma, Mariana! —se quejó mi madre. —¡Vas a terminar deshidratándote! ¡Ellas ni saben que tú existes!

—Pero ma, todo el mundo está usando ese nuevo *look* en el colegio. —Intenté inventar una media mentira al punto de hacerla ceder en relación con mi insistente propuesta. Pero, por lo visto, mi madre siempre guardaba una carta en la manga.

—¿Todo el mundo? ¿Entonces, por qué por el momento no vi a nadie usando ese nuevo *look* en mi trabajo? —mi madre era, nada más y nada menos, que la directora del colegio que yo frecuentaba. —Por otra parte, la alumna que aparezca por allá con este tipo de *look* nuevo estará suspendida hasta nuevo aviso. —Se mantuvo en silencio antes de agregar, —adonde se vio eso, ¿es que ustedes, adolescentes, no percibieron que esas cantantes están usando pelucas?

—Que nada, madre, usted es quien debería actualizarse, ¿sabes? *Avril Lavigne* nunca usaría una peluca. *Katy Perry* puede haberlo hecho, pero *Avril* no. —me desahugué por fin, defendiendo a una de mis divas.

Fue entonces que, para mi alegría, cuando el videoclip “*Smile*” terminó, mi mayor inspiración apareció en la pantalla. Sí, era ella. Deslumbrante y dueña de una voz maravillosa, estupenda,

Hayley Williams me cautivó en ese mismo instante (claro que no sabía su nombre cuando la descubrí, es obvio. Por eso es que existe la internet. ¡Salve el Google!)

Fue amor a primera oída. Siendo que, lo que más me llamó la atención fue el color de su cabello: era totalmente *naranja*.

—Mira, ¿no te dije, no te dije, ma, que todo el mundo estaba usando ese nuevo *look*? —salté como una loca frente a la TV mostrando las escenas en que *Hayley* aparecía con el cabello naranja en “*The Only Exception*”.

—Que adorable esa cantante, hija, me encantó esa canción. Si me pidieras de usar un estilo como el de ella, creo que podría hacer una excepción con relación a ese tal nuevo *look* que tanto dices, pero...

—¿En serio, madre? —la interrumpí mientras mis ojos brillaban. —Pero, ¿por qué no podré usar el estilo de *Avril* o de *Katy*, usted tiene algo contra mis divas?

—Basta de preguntas, Mariana, ¿quieres o no quieres usar ese *look* nuevo?

—¿Qué piensa usted? —traté de no parecer irónica en ese punto, incluso porque aún no podía creer que mi madre, después de tantos *no*, finalmente me había dejado teñirme el cabello. Mas tarde, frente a la computadora, descubrí porque mi madre había cambiado de idea tan rápido, “*The Only Exception*” significa “*La Única Excepción*”. OH. MY. GOD.

Lo verdaderamente irónico fue haber descubierto el significado de la palabra *Paramore* (que suena idéntica a *Paramour*): *Amante secreto*. Y así, P-A-R-A-M-O-R-E se había convertido en mi amante (nada) secreto.

¿Ya ustedes pueden entender por qué soy una *Paramorenática*? Si el color de mi cabello es *naranja* hoy, al revés de ese rubio sin gracia, es por culpa de *Hayley Williams*.



"*That's what you get when you let your heart win, whoa... That's what you get when you let your heart win, whoa...*" 🎵

Ese era el sonido de mi teléfono celular chillando encima de mi cama, mientras permanecía buscando algo decente para salir. En definitiva, no es todos los días que una *paramorenática* logra engañar a su madre así con tanta facilidad para simplemente obtener el ítem más nuevo de su banda predilecta.

—*Amigaaa*, finalmente una buena noticia, ¿eh? —Eloísa gritaba del otro lado de la línea cuando al final tomé el aparato y me lo puse sobre la oreja. —¿Por qué no me avisaste antes? Sabes lo mucho que odio ser la última en saber de las cosas, ¿no sabes?

—¿De qué estás hablando, Eloísa?

—¡Ay, que bruta! No me vas a decir que ya desististe de ir al Baile de Graduación, ¿desististe? —pude sentir un cambio en su tono de voz, era como si pasara de electrizante a totalmente decepcionada. —Tu madre recién me avisó que irías. ¡*Argh!* No me hagas ponerme triste otra vez, Mariana, por favor. Sabes lo mucho que me gustaría que fueras, ¿no sabes?

—¿Qué? ¿Cómo que mi madre te avisó? —de verdad me había tomado por sorpresa. Mi madre no tenía que haber contado nada a Eloísa sobre que había acordado aparecer en el Baile de Graduación, pero, como siempre, la emoción habla más alto, y cuando me doy cuenta, todo el barrio ya está enterado de la novedad.

—Uy, Mariana, apenas me telefoneó para preguntar si sabía de algo, tipo: por cuál motivo tú habrías finalmente aceptado ir al Baile de Graduación este año. Ahí le respondí que en este momentito no estaba enterada de nada de eso, y que ciertamente te llamaría para preguntarte el motivo. Después ella cortó. Sabes como tu madre es controladora, ¿no sabes? Por otra parte, hablando de controlar, no vas a creer el número de visualizaciones que “*The only excpetion* -

cover by Mariana” alcanzó durante estos últimos siete días...

—¿Cuántas? —pregunté, más que curiosa. Al final, no tenía idea del número de personas que habían visualizado el video más nuevo, que, a propósito, no sería el último en mi canal “PARAMOUR” en YouTube.

—¿Preparada? —agregó, intentando hacer un breve suspenso.

—Espera solo un momentito... —respiré hondo, entrando en la broma. —Ahora sí, estoy preparada.

—Vamos, entonces... —la interrumpí antes que comience a hablar de nuevo:

—¡Calma! —grité, arrojando las blusas que había retirado de dentro de mi guardarropa antes de atenderle el teléfono a Eloísa, encendiendo mi *computadora de escritorio* al segundo. —Listo, ya puedes hablar, criatura.

Como ya debes haber notado, por supuesto que no iba a creer en ninguna palabra de Eloísa (incluso siendo *best-friends* y todo eso), por eso, traté enseguida de certificarme personalmente.

Abrí el *link* en el mismo segundo y esperé que la página cargara, sin siquiera pestañear. La velocidad de internet era una basura, así que me quedé observando los elementos que surgían lentamente en la pantalla...



* *Es eso lo que ganas cuando dejas que tu corazón gane, whoa*
Es eso lo que recibes al dejar ganar a tu corazón, whoa



¡Argh!

Odio a la gente sin creatividad, muerta de espíritu y, principalmente, sin compasión por el prójimo.

Es el colmo de lo imposible que a alguien no le gusten mis videos en YouTube. Todo el mundo sabe lo difícil que es quedarse esperando por horas y horas para al final poder publicar un video en mi canal “PARAMOUR”. Es casi un milagro cuando el botón PUBLISH aparece disponible, esperando solo que el mouse haga un clic ahí encima. Y después de pronto, con el pensamiento positivo en el 99,99% de las esperanzas de obtener 1 millón de VIEWS (visualizaciones) en una semana, vas toda esperanzada y descubres que apenas 3 personas lo visualizaron. Es decir, apenas 1 *le gustó*, 2 *miraron* mi video y ningún *comentario* ni siquiera.

¿Cómo pueden existir personas en este mundo con ese tipo de desprecio al prójimo? Dios lo dejó bien claro en la Biblia: “*amar al prójimo como a ti mismo*”. ¿Dónde está? ¿Dónde está el amor que Dios pidió, seres humanos? ¿Eh? ¿Costaba mucho llevar la mano en el mouse y centralizar la flecha sobre la palabra COMPARTIR, GUSTAR y COMENTAR?

Sin mencionar todo el trabajo que da tener que divulgar el video entre todos los “*amigos*” de mi Facebook; todos anónimos, tanto en las relaciones financieras como en las fraternales (porque, Dios me libre, ¿cómo es que una persona tiene tantos amigos en una red social, pero cuando se está en llanto no viene ni siquiera uno a ayudar a limpiar las lágrimas?).

También entiendo que no soy así tan POPULAR como quería, pero, por el amor de Dios, Latinoamérica, Planeta, Galaxia, Universo, ¿dónde está la compasión? ¿Dónde es que fue a parar el amor al prójimo?

Quiero ser FAMOSA, ¿ustedes no lo entendieron?

Está bien, Mariana, ¡respira! Cuenta de 1 a 1.000 que todo pasará (como si alguien fuera a lograr contar hasta mil).

—¿Holaaa? ¡Tierra llamando a Mariana! —Eloísa aún gritaba del otro lado de la línea. — ¿Sigues ahí, amiga? *Responde*.

—Caramba, no logro creer que mi video solo logró obtener 3 visualizaciones. —De verdad estaba decepcionada con el mundo virtual. No solo por el hecho de que no había logrado un número de visualizaciones decente como esperaba, sino porque el día anterior a la grabación del clip había inventado otra media mentira para poder arrancarle a mi madre el dinero suficiente para finalmente tener el honor de poder comprar un lindo vestido color negro, con dobladillo y voluminoso, en especial para estar cierta de que estaría bien vestida en ese clip. Lo que desde luego no sirvió para nada.

¡Pucha!



3

Finalmente, instalada en la cómoda butaca, apenas entré en el autobús, respiré hondo y dejé que el olor rico de diésel quemado se adentre en mis narinas, antes de tomar el celular en la mochila para que pudiera escuchar alguna canción de Paramore. Terminé optando por el segundo álbum de mi banda preferida: *Riot!* Que es uno de los mejores álbumes que este mundo tuvo el honor de *escuchar*, si quieres compartir mi opinión.

Las canciones son animadas y pálidas, estupendas para escucharlas en un autobús, donde, por milagro, no estaba viajando parada. Eso parecía bueno. Ahora, solo necesitaba cerrar los ojos por algunos minutos, esperar que la reproducción *mp3* del celular alcanzara la pista 10 (*Fences*), y bajar del autobús en cuanto avistara la nueva blusa de *Paramore* estampada en la primera *vidriera* de cualquiera de esas tiendas, esta vez, sin dolor en las piernas.

Mira. Eso no estaba tan mal.

No, hasta que, claro, alguien me arrancó los auriculares del oído en medio de la pista cinco (una de las mejores en mi opinión, *When it Rains*).

Giré para matarlo.

—¡Ay mi Dios, Mari! ¡Mariana Carey! —¿Hola? ¿Cómo estás? ¿El chico ‘cara pálida’ que quería matar me conocía? —¡Chica, eres tú de verdad! Cuánto tiempo, ¿eh?

Debo haberlo mirado con la mayor cara de... “¿*de dónde diablos surgiste?*”, porque sonrió y preguntó:

—¿No te acuerdas de mí?

Fruncí el ceño, mirando al chico que seguía enfrentándome, sonriendo. Aún tenía ganas de matarlo, e insistí en dejar eso bien explícito en mi expresión.

Igualmente, en mi educación. De modo que respondí, apenas:

—No.

Y me volví a poner el auricular muy lentamente, subentendiendo: no jales de ese cable de nuevo, hijo de una gran arpía gorda. ¿*De dónde fue que sacaste esa idea de irritarme justo en este minuto que una de las mejores canciones de mi banda predilecta estaba sonando?*

El muchacho sonrió de nuevo, pero creo que captó el mensaje subentendido, porque no retiró mis auriculares. *Bien por él*. Con los auriculares, *Hayley Williams* gritando en mis oídos, *Paramore* tocaba su canción a todo vapor. Lo que no podía impedir que escuchara la voz del chico a mi lado:

—Hice el cuarto grado contigo. —Intentó una vez más, retirando mi mochila que estaba milagrosamente descansando en el asiento de al lado para sentarse. *Salir con una mochila en la espalda cansa, ¿sabías?*

No obstante, lo que más me llamó la atención fue como usó la cabeza para distraerme mientras ocupaba el asiento al lado.

Muy astuto, ¿eh? ¡Aprovechando que mi mochila estaba ahí para mencionar que estudiabas conmigo! Como si, alguna vez en la vida, hubiese frecuentado un asilo.

Y ahí surge un motivo más para desear matarlo de una vez, pues, además, no recuerdo haberle dado ninguna oportunidad de invadir mi privacidad como pasajera.

Sometiéndome a mantenerme en control en el segundo siguiente, barrí cualquier pensamiento diabólico del tipo “*cómo matar a este chico dentro de un autobús evitando ser presa enseguida*”, porque ni había visto que, en pocos minutos, el pasillo del autobús ya estaba súper lleno de pasajeros.

—Matheus Figueiredo. —Prosiguió, mientras me seguía encarando. Fue en ese segundo que pequeños fragmentos de recuerdos surgieron en mi mente, devolviéndome casi setenta y ocho por ciento de mi memoria. —¿De verdad no te acuerdas, ni un poquito?

¡Ay, mi Dios! No puede ser quien estoy pensando que es, ¿puede? OH. MY. GOD. Por increíble que parezca es él de verdad, el único, el irremplazable, el mismo Matheus Figueiredo en persona. Culpado por mi mayor sufrimiento amoroso. El chico al cual le di mi primer piquito por no soportar que me llamen BV (como llaman a esos que *nunca* besaron en la vida: o sea, *boca virgen*) antes de que se mudara a otro colegio aquí en la capital.

—Como cambiaste, estás más... —dejó de hablar por algunos segundos mientras me miraba de arriba para abajo.

—¡Sí, ya sé! Estoy más presentable que hace cinco años atrás, ¿verdad? Tú asimismo cambiaste, ¿sabías? Estás más... —me detuve ahí mismo, antes de terminar cometiendo una burrada y decir: *bonito y atractivo*.

La verdad es que Matheus estaba mucho más lindo de lo que imaginaba que terminaría convirtiéndose cuando aún estudiábamos en el cuarto grado. Y para ser bien sincera de verdad, bonito era poco para esa perfección que ya estaba sentada justo a mi lado.

—De verdad yo diría “radical”. Ya te teñiste el cabello de *naranja*. —Sonrió al instante, mostrando sus hoyuelos. —Me gustó ese color. Estás parecida a *Hayley Williams*.

OXÍGENO, ¿¿¿DÓNDE ESTÁS CUANDO MÁS TE NECESITO???

¿Cómo es que Matheus conoce a Hayley?

¿Será que él de igual modo es un Paramorenático como yo?



—¿Aceptas tomar un *milk-shake*? Yo pago. —Sonrió con gentileza ni bien bajamos del autobús.

—¡Claro! ¿Por qué no? —intenté parecer normal, mientras me contenía para no insultarlo con un pequeño comentario ofensivo sobre que tenía las tarjetas de crédito de mi madre y por eso él no necesitaba pagar absolutamente nada.

No me interpretes mal, no soy egoísta, de ninguna manera, solo que no creo correcto que los chicos estén financiando a las chicas de hoy. Eso es medio *cliché*. Y como demasiado. Además, *Hello? Chicos del siglo XXI, no necesitamos eso, somos independientes, ¿recuerdan? Por más que sean LINDOS, e irresistibles, mantén el control total, ¿ok?*

Me agarró del brazo, guiándome en dirección a una de las diez mesas desocupadas, mientras lo miraba de frente con un solo suspiro, tan pronto como entramos en una heladería cualquiera en la primera esquina. Aún insistió en correr la silla para que pudiera sentarme, señalando en dirección al mostrador ahorita para hacer el pedido.

—¿Ya van a pedir? —Preguntó la mesera.

—Una *banana Split* y una Coca-Cola, por favor. —Dije y Matheus me miró sorprendido.

Ya que estaba en una heladería, ¿por qué no pedir rápido algo que me agrade, no es verdad?

La mesera anotó mi pedido, abordando a mi acompañante de inmediato.

—Lo mismo para mí, por favor. —Matheus sonrió mientras pedía y la mesera anotó, dejándonos a solas de nuevo.

—Pensé que pedirías algo *light*. —Respondió, todavía sorprendido.

— No me gusta sentirme incómoda con lo que como. No presto atención a lo que piensan los otros, obviamente, pero corro dos veces por semana. Y aunque quisiera o tratara, no engordaría. Esa es una de mis cualidades. —Sonreí sin mostrar los dientes. No sé por qué, pero me sentí un poco nerviosa. —Y, por favor, no me mires así.

—A veces, llamo a una chica para salir y ella pide agua. —No desvió la mirada, sin duda creyendo que me intimidaría. —Me irrita y termino yéndome. —Pude ver una sonrisa torcida en sus labios. —No tiene ningún sentido que invite a alguien, si ella no come nada. —Dijo y terminé riéndome con el desahogo.

—Entonces, ¿qué te gusta hacer? —pregunté cuando nuestros pedidos llegaron.

—Lo de siempre, pero... ¡lo odio! —dijo. —¿Y tú?

—Leer, escuchar música, cantar. En la ducha, claro. —dije.

—¿Qué tipo de música? —preguntó.

—Soy totalmente ecléctica, pero siempre existe esa fase en qué quedamos presos solo a un

ritmo, y por el momento es el Rock. —Dije y una vez más me miró sorprendido.

—¿Qué tipo de rock? —preguntó.

— *U2, Nirvana, Rascal Flatts*. —respondí, entusiasmada. —Pero últimamente estoy escuchando mucho *Paramore*. Tipo, mucho en seerioooo.

—Chica, que chévere, también te gusta *Paramore*. —prosiguió, inclusive más radiante.

—¿Cómo no me va a gustar? ¡Es la mejor banda del mundo! —intenté mantener una media sonrisa, pero terminé fallando vergonzosamente.

—*Mi Dios*, cuándo voy a encontrar otra chica tan bonita, que le gusta la *banana Split* con *Coca-Cola*, el rock y que, principalmente, ¿le gusta la misma banda que a mí?

Sonreí, y completé:

—Y los coches. —Al decirlo, me miró un poco sorprendido y asustado.

No soy del tipo “interesada”, pero ya no aguantaba más viajar en autobús. Esa es la verdad. No veía la hora de que mi madre saque la licencia de conducir y comprar nuestro propio coche. *Oh, Dios, ¿por qué no tenemos un coche?*

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó y me reí fuerte.

Sabía que eso era una broma, pero, por algún motivo paré cuando el pensamiento de que quizás pudiese venir a ser verdad me consumió.

Sin embargo, en caso de que algún día tenga que elegir con quien debo casarme, obviamente elegiría a uno que tuviese su propio automóvil, porque tomar el autobús es pesado. Y, por lo que sé, Matheus tampoco tenía ningún automóvil. *Super bien vestido a propósito para un simple pasajero*, admito, *pero no tenía*.

—Creo que eso es un no. —Devolvió la sonrisa por la comisura de la boca.

—Sigo sin poder creer que los hermanos Faro tocaban en la cochera después de la escuela. —Traté de cambiar el tema, pues noté que el clima se había puesto denso. Y funcionó.

—Una pena que no tuve oportunidad de tocar ningún instrumento en una cochera. —Logré ver una sonrisa crecer en sus labios. —¿Ya imaginaste que genial sería hacerlo? —sonrió incluso más, pensativo.

—Ta vez no sería necesario mudarse de ciudad. —Sugerí sin pensar, porque no quería perderlo otra vez. Era gratificante divertirlo.

—¿Cómo? —me miró confundido.

—¿No conoces la historia? —esta vez quien estaba confundida era yo. —¿Que ellos solo llegaron a conocer a *Hayley* por el hecho de que ella se mudó de ciudad? —traté de parecer convincente, hablando otra vez de milagro ya que sonrió bastante esta vez. “*Mariana, Mariana, ¿dónde está tu poder de controladora?*” pensé mientras me seguía sonriendo (o se sonreía de mí). Fue entonces que decidí tirar las cartas en la mesa de una buena vez. —En definitiva, ¿por dónde estuviste todo este tiempo?

No es que fuese asunto mío, de ninguna manera, pero, de todas formas, *debería* saber lo que sucedió después de ese beso nuestro. *Merecía* saber si él había sufrido como sufrí yo. O si al menos se acordaba de la muchacha por la cual le dio la chance de no ser rotulado BV otra vez (*o quien sabe, por el resto de la vida*).

—Por ningún lugar en donde me haya ido bien, si es eso lo que quieres saber. —Toma, Mariana. Eso es para que aprendas a no ser tan entrometida. —Pero... ¿sabes una cosa, Mari? —siguió, mientras me miraba tímidamente. *¡Ay, mi Dios! ¡Aguuuuanta corazón!* No va a decir lo que estoy pensando que va a decir, ¿no? *Ay, sí, va a decirlo, síiii, y ahoora*. —Desde ese día en que nosotros... ya sabes, nosotros... cuando nos dimos nuestro primero...

—¿Beso? —agregué, nerviosa.

—Sí, nuestro beso. —Sonrió avergonzado y luego corrigió. —Quiero decir, nuestro primero y último beso, si es que me entiendes.

—Ay, Matheus, ese día no sé dónde tenía la cabeza, ¿sabes? —“*pero, ¿de qué estás hablando, Mariana? Siempre quisiste besarlo, y en este segundo sales con esa charlita de que...*” —Ya no soportaba que me digan BV, y ciertamente tú tampoco, y sé que parecía una buena idea en esa época, pero ya pasó. Es pasado. No te preocupes por eso.

Sí, tengo mileees de defectos, algunos miedos, y vaaarios problemas. Pero, ¿y qué?

—Eso no me molestaba, Mari, de ningún modo. —Paró para sujetar mis manos que estaban sobre la mesa. —Solo creo que debería...

—Sé que existe algo molestandote. —Lancé esa mirada de “*nunca más hagas esto, ¿cierto?*”, sentí un escalofrío constante en ese minuto y retirando mis manos de debajo de las tuyas sentí que mi rostro se sonrojaba.

¡Pucha, Mariana, ahora no!

Está bien, me *encaaanta* la gente que me deja sin saber que decir, pero... ¿cómo expresar en palabras, los gestos que quería hacer, las cosas que me gustaría ver, los bellos amanecer y atardecer? Ya saben, ¿no saben? ¿No? No hay problema, pero, ¿es que nadie ve el caos en que vivimos?

—Caramba... Ya son nueve de la mañana. —Hablé sorprendida, mirando el celular.

—¿Ya? —pareció perdido. —Parece que recién nos sentamos.

—¡Es lo que sucede cuando estamos al lado de la persona correcta! —bromeé, citando una de las frases que había leído recientemente en un blog llamado “Lecciones de Amor”, cuya autora le encantaba usar crónicas como desahogo.

—Discúlpame, tengo que irme ya, Mari, pero es que necesito irme. Tú entiendes, ¿no entiendes? —dijo mirando desesperadamente su reloj pulsera. Era como si Matheus estuviese atrasado para algo importante, ¿sabes? Y es lógico que no podría estorbarlo en una situación de esas, ¿no?

—¡Claro que no, Matheus, no pasa nada! —intenté parecer lo más convincente posible esta vez. Lo que de verdad funcionó ya que en este instante se encontraba de pie al lado de la mesa en menos de dos segundos.

—Deberíamos tropezarnos otras veces, ¿sabes? Me encantó conversar contigo de nuevo, Mari. —Me dio un beso en la mejilla.

—*Bobo*, lo mismo me encantó conversar contigo. —No sé dónde tenía la cabeza, pero cuando me di cuenta, estaba completamente derretida con ese beso (aunque haya sido apenas en mi mejilla).

Por lo visto el tiempo no cambió nada a Matheus, porque continuaba siendo muy atento (sin contar cuanto más lindo está de lo que aparentaba ser).

¡Pucha! ¿Qué estoy hablando?

—Creo que para que eso suceda, necesitamos estar más cercanos de lo que estuvimos en estos últimos días. —Agarró una servilleta y comenzó a escribir rápidamente con un bolígrafo esférico que se escondía entre los bolsillos de esa chaqueta azul marino. —Aquí está. —Me entregó el pedazo de servilleta. —Este es el número de mi teléfono. Me llamas cualquier día de estos por el WhatsApp, ¿verdad? —y antes de que pudiese decir algo, giró en dirección al cartel escrito “exit” visiblemente bien destacado, desapareciendo con rapidez entre la multitud.

Que atento era Matheus e... inteligente, ¡mi Dios! *¿¡Cómo no pensé en eso antes?!*



5

*I miss you
I miss you so bad
I don't forget you
Oh! It's so sad.
I hope you can hear me
I remember it clearly.
The day you slipped away
Was the day I found
It won't be the same.*



Lloraba constantemente escuchando “*Slipped Away*”, de mi diva *Avril Lavigne* antes de entrar en la primera tienda. (*Claro que debía elegir algo meloso para recordar a Matheus, ¿qué más podía hacer?*), pero no era ese llanto de inundar ríos y ríos de lágrimas, estaba más para ese llanto de cuando descubres que alguien muy especial decidió mudarse bien, bastante bien, muy bien *leeijos*. Lo que en serio era nuestro caso, ya que fue eso exactamente lo que me separó de Matheus. Se había cambiado de colegio y no de ciudad, claro, pero ya era suficiente para que no nos acercáramos más. Sin embargo, lloraba por otro motivo. O, mejor dicho, por lo que recién había sucedido.

¿Puedes creer que después de toda esa prisa, Matheus terminó olvidándose de pagar la cuenta?
¡Era justo lo que me faltaba!

Quiero decir, no esperaba que él pagara la cuenta, tenía motivos satisfactorios para no pensar en tal cosa, y...

Resumiendo: no necesito eso.

Corrigiendo: no necesito que ningún muchacho me pague ninguna cosa, las tarjetas de crédito en mis manos (mejor dicho, en mi cartera) eran suficiente para probarlo (por lo menos *no* mientras las tuviera). Pero, de todas formas, eso solo me ayudó a pasar vergüenza delante de otros clientes allí presentes.

Confieso que terminé no prestando tanta atención a si Matheus había pagado o no la maldita cuenta, por culpa de ese beso imprevisto y maravilloso que mis mejillas recibieron hace poco menos de un minuto. Y por eso, caminé en dirección a la salida igual, justo detrás de él, mientras guardaba el pedazo de servilleta en mi cartera. Pero, como ustedes ya deben haber percibido, antes de que pudiese llegar a la puerta, sentí una mano helada (*caramba*, esa mano era más que helada) sujetar con fuerza mi brazo.

—¿Adónde cree *señorita* que está yendo? —me miraba fijo toda eufórica.

—¡Epa! ¿Quién se piensa que es *señora* para agarrarme de ese modo? —la encaré resoplando de rabia. —¿Podría soltarme, por favor? Me está lastimando.

—Primero que no *pienso, soy* la dueña de esta heladería. —Entonces comenzó a soltar mi brazo con lentitud mientras hablaba. —Y segundo, ¿señorita no cree que sería mejor pagar lo que debe primero, en vez de salir furtivamente sin pagarme?

Fue en ese segundito —y de la peor forma posible— que me acordé que aún no habíamos pagado la cuenta.

—¡P-pe perdóneme, s-señora! L-le juro que no pretendía hacerlo... —traté de decir, mientras mi rostro se sonrojaba delante de las miradas que me cercaban. Me puse completamente roja como un pimentón en ese minutito. Sentí tanta vergüenza. Para colmo tartamudeé.

En el mismo instante, saqué las tarjetas de crédito de mi madre de adentro de mi cartera, dejándolos visiblemente a la vista.

—¿Qué tipo de muchacha eres, al final? —la dueña de esa pocilga me miró de arriba hacia abajo cuando finalmente nos detuvimos. ¡*Odio cuando la gente hace eso!* —¿Pretendes pagar los dos *milk-shakes* con tarjeta de crédito?

—¿Y por qué no? —me encogí de hombros. —¿No aceptan tarjetas de crédito como forma de pago, es eso?

Me miró de frente por un tiempo como si yo fuese una alienígena, antes de abrir la boca otra vez y decir:

—Por ahora estamos en el *siglo XXI*, muchacha, ¿no me digas que no tienes ningún vuelto en tu cartera?

—¡No, señora! —objeté.

—Pero claro que no, muchacha. A fin de cuentas, para quien no tenía la mínima intención de salir furtivamente sin pagar, hasta que me engañaste bastante, ¿sabías? —me sentí ofendida con su comentario. *¿Qué quiso decir con eso, en definitiva?*

—¿Eso significa que *no*? —traté de no parecer miedosa ante esa situación. Además, no estaba en mis planes tener que lavar los platos como forma de pago. No es que no haya lavado platos alguna vez en la vida, pero, ¿por dos miserables *milk-shakes*? ¡Esto era el apocalipsis!

Los fines de semana mi madre siempre decía:

—Hoy es tu día para organizar el departamento, Mariana. —Esa voz autoritaria de siempre. —Así, evitarás...

¡Basta!

Esa ya es otra historia que no viene al caso. Quiero decir, prefiero no comentar eso en este punto, ¿cierto?

Tengo cosas más importantes que resolver en esta ocasión. ¿Quedaría presa en ese lugar por culpa de dos miserables *milk-shakes*?

¿Es eso de verdad, Latinoamérica?

¿Qué especie de lugar es este que no acepta tarjetas de crédito como forma de pago?

Matheus, hijo de una arpía gorda, ¿mira en lo que me metiste? —pensé exasperada. La dueña de esa pocilga me enfrentaba con tanta frialdad, que comencé a imaginar que no sólo me pondría a lavar los platos, sino también, me obligaría a lavar el suelo. Y para peor, con un cepillo de dientes en las manos, igual a lo que las villanas de mis libros hacen con las princesas.

¡Argh!

Me dio escalofrío solo de pensarlo.

—Mira, muchacha, el número de clientes que ya intentó pasarme por arriba es del tamaño de un océano, y ya inclusive perdí la cuenta de cuantas veces intentaron engañarme con tus excusitas

incoherentes. —Me encaró severamente. —Pero esta vez no usaré la máscara de la ciudadana buenita, quiero decir, o pagas con dinero en efectivo, o entonces, tendrás que... —el teléfono fijo sobre el mostrador la interrumpió sonando escandalosamente —... espera un minuto. —Agarró el teléfono y lo puso sobre la oreja. —Heladería del Amor, ¿en qué puedo ayudarle? —parecía una secretaria rabiosa por tener que pasar la mayor parte del tiempo atendiendo los teléfonos de una empresa (y... ¿cómo es eso de “*heladería del amor*”? Ahí no había *nada* de amor, principalmente en la forma como fui tratada) —Sí. Entiendo. Claro. Está bien. No, señor Figueiredo, ya entendí lo sucedido. Cierto. Gracias. —Y cortó agarrando el bloc de anotaciones.

¿Era impresión mía, o dijo “*señor Figueiredo*” por teléfono?

—Estás liberada. —Y al final me miró, después de haber guardado su bloc de anotaciones. —Puedes irte, muchacha.

—¿Puedo? —medio que casi grité al decirlo. Eso significaba que no tendría que lavar nadita de nada, y mucho menos fregar el piso. No era que fuera a fregarlo en caso de que no me hubiese liberado de esa forma. *Hello? ¿Las tarjetas de crédito fueron hechos para qué, entonces?*

Por supuesto tendría que ser liberada, de un modo u otro, pero... ¿cómo así? ¿Qué sucedió para hacerla cambiar de opinión de un segundo a otro?

—¿Cómo que puedo irme? —pregunté un poco aprensiva.

—Para tu suerte, el señor Figueiredo me llamó y alertó sobre lo sucedido, y dijo que su hijo había sido convocado a una reunión importantísima de la empresa, pero que terminó atrasándose un poco. Asimismo, dijo que el joven reveló por dónde anduvo antes de aparecer por allá y que en el apuro terminó olvidándose de pagar la cuenta. En ese caso, lo que creo, tú estabas acompañada del hijo del señor Figueiredo, y por lo que entendí, no tienes culpa de nada. Me llamó para que arregláramos la cuenta y agregó que no tenías culpa de lo que sucedió porque fuiste invitada. Obviamente deben de haberse acordado de mis buenos modos de recepción con ciertos tipos de clientes que salen sin pagar la cuenta. —Y se sonrió a sí misma antes de continuar. —Adorable el señor Figueiredo, ¿no te parece? —y me miró fijo aliviada.

Matheus, hijo de una arpía gorda, podría matarte por ser tan burro y tan inteligente al mismo tiempo, ¿sabías? Por otra parte, ¿cómo lo hiciste?

—No veo porque mantenerte presa aquí, muchacha. —La mujer seguía sentada en su silla antes de levantarse. —Como dije, y repito, puedes irte.

No pude responder, apenas intentaba asimilar cuan bonito y atento era Matheus. Fue entonces que me puse de nuevo los auriculares y encendí la pista melosa de mi diva *Avril: Slipped Away*.



—¿Tienes lo que quiero? —le pregunté un poco sin paciencia a la vendedora que me miraba de frente como si hubiese entrado en la tienda equivocada. Ya me estaba dejando un poco estresada.

—¡Creo que sí! —parecía confundida. —No comprendí nada de lo que dijiste mientras llorabas. ¿Podrías repetirlo de nuevo?

¡Era justo lo que me faltaba! Además de haber pasado un sofocón total en esa maldita heladería del “amor” (que no tenía absolutamente nada de amor ahí), ¿encima tenía que hacer mi entrada triunfal a la tienda a los llantos?

* “*Siento tu falta / Siento tu ausencia / No te olvido / ¡Ah! Es tan triste. // Espero que puedas oírme / Me acuerdo claramente. // El día en que partiste / Fue el día en que percibí / Que nada más sería igual*”.



—Oye, muchacha, ¡estoy hablando contigo! —la vendedora de cabellos rubios me lanzó una mirada tan reprobadora, que la maldije por haberlo hecho. —¿Podrías repetir lo que dijiste?

Dejé el asunto de lado apenas miré a la *vidriera*. ¡Ah! Tantos modelos, tantas posibilidades a mi alcance —siempre y cuando aceptaran cuotas en tarjeta de crédito, claro. Me sentía como una niña en una juguetería.

—¿Q-quería saber si llegaron los nuevos modelos de blusas *Modas Fashion*? —traté de no tartamudear, mientras me limpiaba las lágrimas.

Mariana, Mariana ¿qué te pasó? ¿Estás más fresca de lo normal, sabías?

—¿Por qué no dijiste eso antes? —siguió la vendedora mientras sonreía con gentileza. —¡Ven! Es por aquí. —Y me mostró el inmenso montón de blusas colgadas en perchas. —Siéntete a gusto. —Y me dejó sola.

Me quedé allí parada, delante de las múltiples opciones. Todas las blusas eran de *Paramore*, lo que me dejó aún más indecisa en la condición de *tener que elegir apenas una*.

¡Pucha, Mariana!

En ese momento me acordé de una frase que Eloísa acostumbraba a decir siempre que deseaba algo más allá de lo que era capaz de pagar, enfatizando lo duro que era ser pobre:

—¡Ay, que bruta! ¡Duro no es ser pobre, Mariana, duro es ser pobre y tener buen gusto!

No demoró más de dos segundos para que otra vendedora —esta con cabellos castaño claros — apareciera a mi lado.

—¿Buscando algún modelo en especial, querida? —preguntó con su voz suave.

—Hum... No. Quiero decir... ¡Sí!

—Me sentiré útil en ayudarte. —Una sonrisa se notó en su rostro de porcelana.

—Estoy buscando un modelo nuevo, ¿sabes? De la mejor banda que este mundo vio. La banda de las bandas. La única banda que posee una vocalista linda, carismática, linda y con una voz maravillosamente impecable-arrolladora y de ángel. Igualmente es responsable por esta belleza de cabello que es mío. —Solté de corrido, sin recuperar el aire. —¿Ya oíste hablar de *Paramore*?

Me reí y esperé que ella hiciera lo mismo, pero a la vendedora de cabellos y ojos castaño claros y facciones bonitas no le pareció graciosa mi broma. Su rostro de repente se puso pesaroso y empecé a ponerme un poco tensa.

—¿Tienes lo que quiero? —le pregunté un poco aprensiva. Me estaba dejando algo estresada.

—Creo que no entendí lo que dijiste, pero por lo que noté, buscas algo relacionado a *Paramore*, ¿no es verdad? —y me lanzó una mirada de súplica.

Asentí con la cabeza.

Una sonrisa apareció en su rostro de nuevo.

—Cierto. —Y me entregó los diversos modelitos nuevos, indicándome los probadores a nuestra izquierda enseguida. —Siéntete cómoda. —Y me dejó sola.

Seguí rumbo al probador y me encerré adentro.

Solo Dios sabe cuánto me encanta probarme ropa. Probar, comprar, todo eso me deja alegre. Nací para ser consumista, y definitivamente había sido hecha para quedarme horas y horas cambiándome de ropa para mirarme en un espejo. Como siempre, después de probar millones de piezas de ropa, todas parecían perfectas para mí, lo que evidentemente me puso en duda sobre cual elegir. Al final, no podría comprar más que lo esperado, mi madre sabría cuando fuese a retirar el extracto bancario, por eso ¡solo una tendría que servir! No tenía tiempo para elegir, pero todavía me quedaba mucha paciencia para conseguir alguna cosa *nueva, única y original*, ¿sabes?

En ese tiempo, Eloísa me llamó, causándome un pequeño susto. Seguramente quería detalles sobre si *había o no* conseguido la blusa de *Paramore*. Le conté todo lo que sucedió durante el camino a la tienda: *la conversación innecesaria con la dueña de la heladería minutos después del encuentro con Matheus, su número de teléfono registrado en la servilleta, y hasta el minuto en que se mostró satisfecho por encontrarme dentro del autobús.*

—¿Y si no me llama? —pregunté dubitativa. En definitiva, después que Matheus se mudó a otro colegio, difícilmente teníamos un tema decente para dialogar al día siguiente.

—La vida sigue, no vas a morirte y, bonita como eres, vas a encontrar al alguien rapidito. —Eloísa no me pareció nada electrizante como imaginé que se pondría apenas le contara sobre mi reencuentro con Matheus. —Alguien que valga la pena, es lo que quiero decir.

—¡Matheus vale mucho la pena! —garanticé, convencida de que Matheus es un sujeto diferente comparado con todos los otros chicos que conocí después de que él me abandonó.

—¡Ay, que bruta! ¿Entendiste lo que quise decir, no entendiste? —chilló, furiosa. Respondí que sí. —Entonces, ¿por qué te complicas tanto?

—Quien está complicando algo en esta historia no soy yo, sabelotodo. Solo dije que Matheus era el sujeto correcto. Y fuiste tú *quien* vino cambiando el tema. —Traté de parecer normal, no me gusta dar sermones por teléfono. Principalmente tratándose de Eloísa del otro lado de la línea.

—Está bien, basta de parloteo. ¿Sabes lo que podrías hacer, Mariana? No sé si recuerdas, pero, mañana es mi cumpleaños. En caso de que quieras aprovechar la oportunidad de estar en una tienda, bien que podrías elegir un modelito a mi alcance, ¿sabes? No quiero pasar desapercibida en el baile de graduación. Principalmente porque *tú* de igual manera estarás ahí. Ah, no necesitas envolverlo en papel de regalo, ¿está? Solo de recibir algo elegido por ti ya es suficiente. —Eloísa parecía no tener control sobre sus labios, y seguía hablando como una cotorra. —Ay, va a ser tan genial. Vas a ver lo muy divertido que es el grupo que acostumbra frecuentar los bailes y... —mientras chillaba del otro lado de la línea, un flash-back me vino a relucir.

La última vez en que decidí asistir a un evento como este, fue como si mi vida hubiese terminado para siempre (literalmente). Y me acuerdo vagamente de ese maldito incidente.

¿Cómo podría olvidarme?

Fue en 2011, y, si no me falla la memoria, mis largos cabellos ya distribuían su nuevo tono *naranja* a la sociedad. Recuerdo que la mayoría de la gente del colegio quedó sorprendida. Algunos llegaron a decir:

—¿En dónde tenía la cabeza tu madre cuando te permitió hacer un desastre como ese, Mariana? —con el mayor humor socarrón.

Recuerdo haberles dado una respuesta que los hizo callar en el mismo instante. Sin embargo, cuando los presentadores del evento anual estaban a punto de revelar los elegidos para los títulos

de Rey y Reina del Baile, sucedió lo *terrible*.

—Y los ganadores del título de Rey y Reina del Baile son... —nuestro querido director seguía con su discurso, tratando de hacer un poco más de suspenso. —... Matheus Figueiredo y Mariana Carey. —Y todos comenzaron a aplaudir.

¡Sí, eso parecía ser estupendo! Que bien por mí.

—¡Yo GANÉ! ¡Yo GANÉ! —recuerdo haber gritado como una idiota, modestia aparte.

¡Está, todo bien! Era solo un baile de quinto grado, pero, ¿y qué? Había ganado, y eso era lo que importaba en ese tiempo. Por primera vez en la vida había ganado algo.

Todo parecía una maravilla, hasta que...

—¡¡¡NOOO!!! —gritó alguien, antes de que realmente yo tuviera noción de lo que estaría a punto de suceder. ¡Y lo peor, conmigo!

Claro, tenía de verdad que ser conmigo, ¿no es cierto?

En el techo del salón de fiestas había una cuerda (de esas que los niños usan para jugar a saltarla, ¿sabes?) y un balde atado, obviamente, *en ella*. Y, antes de que lograra pensar en algo, alguien tiró de la maldita cuerda.

¡Sí! Era una TRAMPA.

Y es *lógico* que yo aquí era la *víctima*.

Para mi total vergüenza, el líquido que habían puesto dentro de ese maldito balde no era simple agua helada (por lo menos yo creía que el balde era de agua fría). Pero, ¡no! Era pura *grasa*.

¡Sí, sí! G-R-A-S-A.

Imagínense el nivel de crueldades que esa persona es capaz de ejercer.

¡Y lo peor, *conmigo*!

Sí, eso fue lo peor, ¡mucho peor!

—...sabes, Mari, esta vez no necesitarás esconderte de ese maldito balde de grasa. Continúo recordando bien cuando te dieron ese baño asqueroso a la hora de la coronación. —Finalizaba Eloísa, adivinando mis pensamientos. —La última vez que tú no fuiste al baile estudiantil, el grupito de los populares eligió a otros nerds para burlarse.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que, si hubiese asistido a los eventos siguientes, continuaría siendo la víctima? —La interrumpí, incrédula con todo eso, imaginando el tamaño de maldad que pretendían hacerme.

Por lo menos una vez en la vida tenía que haber tomado la decisión correcta, ¿no es verdad? Tipo, ¿no asistir más a los Bailes de Graduación?!

—Si quieres saber lo que pienso de todo esto, Mari, pues sabes que solo tengo una palabra que decir: *olvídate*. Es innecesario recordar ese incidente cada vez que tengas que ir a un evento de esos.

Claro que Eloísa debía comprenderme y todo lo otro, tranquilizándome y diciéndome cuánta razón yo tenía por no concurrir a esos tipos de bailes de nuevo, —principalmente después de todo lo que hicieron injustamente con mi persona— pero... es claro, con el título de mi *mejor amiga*, Eloísa siempre tenía que ponerme por encima. Aunque, definitivamente, no me parece sensato pensar que por el hecho de que los miserables causadores de mi sufrimiento en esa época hayan elegido a otro pobre inocente para elaborar —y poner en práctica— sus maquiavélicos planes diabólicos, significa que debía *olvidarme* de algo tan INOLVIDABLE, de un segundito a otro. *Imposible*.

—¡Deja de ser tan sinvergüenza, Eloísa! Voy a comprarte un regalo sí, al final, somos mejores amigas, ¿cierto? Pero no necesitas recordármelo siempre, ¿no es verdad? Así, pierde toda la

gracia del regalo sorpresa, ya sabes.



—Ay. *Mi. ¡Dios!* —dije, perpleja con lo que mis ojos veían.

¡No puede ser! *¡No puede ser!* ¡NO PUEDE SER!

—¿Qué sucedió, amiga? ¿Me cuentas? —Eloísa notó el cambio radical en mi tono de voz.
—*Amigaaaa*, ¿estás ahí?

—Elo, no vas a creer lo que recién descubrí. O, mejor dicho, lo que estoy *viendo*. —Dije, tratando de notificarla del grado de la situación.

Había terminado de probarme los nuevos modelitos de mi banda predilecta, con excepción apenas de una pieza. Y esta, estaba en las manos de una cierta competidora. Solo que esta vez, no era una competidora cualquiera, era la propia *Leticia Gomes*. En persona. ¡¿Y sabes lo que me deja inclusive más indignada con toda esta situación?! El hecho de que el único modelito que quedaba, el cual todavía no me había probado (y que deseaba con debilidad) estaba en sus manos.

¿Por qué?

—*Amigaaa*, ¿me estás escuchando? —ignoré cualquier posibilidad de tener que darle detalles a mi amiga y, aprovechando los chillidos de Eloísa, apagué mi aparato mirando a la vendedora, la única allí desocupada, que se acercó con una sonrisa en el rostro y dijo:

—¿Ya elegiste cuál de estos debo empaquetar, querida? —y yo seguí interpretando mi lindo papel de piedra, paralizada justo allí delante de ella por un buen rato, seguía sin creer en lo que mi lindo par de ojos me revelaban. No obstante, ya había tenido suficiente tiempo para planear mentalmente lo que sucedería en los próximos quince minutos.

—¡Sí! —me oí decir, convencida de lo que estaba a punto de hacer. —Ya elegí lo que voy a llevar, señora.



—¡Aquí está! —sonreí, mientras la chica de la caja me devolvía las tarjetas de crédito y sujetaba con mis propias manos la bolsita de plástico obteniendo mi *nuevo* ítem de la banda. — Que tengas un lindo día, querida, y vuelve siempre.

Agradecí y, para evitar que mi plan se vaya a pique (o, quizás, antes que mi plan pudiese ser descubierto), me escapé del lugar lo más rápido que pude. De ninguna manera podría ser desenmascarada allí dentro de esa tienda. Justamente en esa tienda, donde siempre puedo jactarme de ser una de las clientes más consumistas. *Lógico*.

Cuando volví a encender mi aparato celular, descubrí que me había metido en un lindo lío:

Tienes 52 llamadas perdidas.

Y para convertir toda esa situación en una catástrofe inclusive mayor, *lógico*, la mayoría de las llamadas eran de mi madre (45 llamadas perdidas para ser más exacta. Las otras 7 llamadas

perdidas eran de Eloísa).

Entre llamar al número de mi madre y de Eloísa, preferí la segunda opción, ¡claro! Pues, ya que supuestamente iba a recibir una linda bronca, ¿por qué no postergarla por algunos miserables minutos más, no es verdad? Al menos así podría recibirla personalmente.

Llamé de vuelta a mi amiga, en el intento de ponerla al tanto de los acontecimientos *actuales*, cometidos por, nada más y nada menos que, *yo misma*.

—¿Qué fue lo que sucedió para que me cortes la llamada así en la cara? O mejor, ¿por cuál motivo estás devolviéndome el llamado de verdad, después de haber hecho lo que hiciste? —Eloísa obviamente estaba enojada conmigo por la actitud que tomé. —Recuerdas que tienes una amiga, ¿no?

—¡Hola para ti también! —decidí abrir la boca tan pronto como oí la voz de mi amiga. —Perdóname por haberte cortado la llamada en la cara, pero es que lamentablemente (y totalmente en contra de mi voluntad) tuve un tremendo imprevisto inmenso, ¿sabes? Del tamaño del Monte Everest, creo. *Lo juro*.

Ok. Tal vez no debía usar justamente *esa* figura de lenguaje, pero, ¿qué culpa tengo si constantemente una de mis figuras de lenguaje que uso con frecuencia es exactamente la hipérbole?

—¿Cómo que del tamaño del Monte Everest? —mi amiga quiso saber, supuestamente curiosa.

Es como digo: la curiosidad siempre habla más alto que la razón.

Y es con exactitud ahí que entra uno de los motivos por el cual me encanta usar esa figura de lenguaje: el hecho de que es obviamente el cebo perfecto para que pueda atrapar a Eloísa de vuelta a mi lado en el campo de batalla.

—*Amigaaaa*, por el amor de Dios, ¿me dices lo que en realidad sucedió?

¿*No dije?!*

—Ni te imaginas lo que sucedió, Elo. —Dije, cuando finalmente había llegado a la parada del autobús. Probablemente esa era la única parada más cercana al lugar donde me encontraba, y de ninguna manera caminaría más de cinco kilómetros a pie.

—¡Ay, que bruta! Deja de dar vueltas y cuéntame ahorita lo que fue que sucedió, estás terminando con mis uñas, ¿sabías? —la oí decir mientras me acomodaba en el banco de espera, mirando vagamente a todos lados, con la esperanza de que el próximo autobús no demorara tanto.

—¿Qué culpa tengo si cada vez que tu curiosidad habla más fuerte, te pones a comerte las uñas? —traté de defenderme, por otra parte, no tenía nada que ver con eso, ¿verdad? —Pero, cambiando el tema (o, mejor dicho, volviendo al tema), me crees que terminé encontrándome con Leticia dentro de una de las tiendas a la cual acostumbro ir con frecuencia? —admito, intenté hacer un poco de suspenso, pero Eloísa necesitaba saberlo así, de una vez por todas. Y de una sola vez, claro.

—¿Leticia? ¿Te tropezaste con *Leticia Gomes*? —noté el grito de indignación de Eloísa del otro lado de la línea, con éxito. Si hay una cosa en que puedo confiar es: en las reacciones que logro causar en mi amiga. —¿Esa víbora asquerosa, repugnante, que se cree la jefa y que, inclusive, fue la responsable del incidente con el balde de grasa que es evidente fue a propósito?

—¡Exactamente, amiga! Ella misma. —Confirmé, con todas las letras.

—¿Qué sucedió? Cuéntame rápido, *Mariana*... —tuve que alejar el aparato celular de mi oído para no perjudicar mis pequeñitos y sensibles tímpanos, evitando, lo mismo, cualquier problema de audición futuro, *¡es claro!*

—¡Está bien! ¡Te cuento! —respondí en medio de los chillidos de Eloísa. —Fue así, cuando estaba a punto de sujetar la tan soñada blusa de mi banda de rock, la vi. Sí, y me dio un síncope en ese momento, pero ¡me recuperé bien! Digamos que puse mi Súper Cerebro a funcionar y

exactamente en ese segundo tuve un plan cuyo resultado fue estupendo. —Le conté todo a ella, detalle por detalle. Sin embargo, Eloísa parece que no me creyó cuando le conté que fingí ser una de las empleadas de la tienda:

—¿Cómo que te disfrazaste de *empleada de la tienda*? —el tono de su voz revelaba total sorpresa. —*¡Lo dudo, amiga!* —dejó de hablar por un instante, mientras parecía recuperar el aire. —Si bien que, para conseguir la famosa *blusa* de *Paramore*, estoy segura de que realmente eres capaz de cualquier cosa. Digo eso porque te conozco muy bien. Por otra parte, soy la única chica en este mundo que te conoce bien, y por eso voy a darte el crédito y fingir que te creo, ¿está? —y enseguidita comenzó una crisis de risas del otro lado de la línea y, evidentemente, sonreí igual. Más por la carcajada que por la broma, *confieso*.

—Bueno, lo mismo voy a fingir que no estoy molesta y contarte que lo que sucedió después fue maldad de mi parte. —De verdad me sentí culpable por unos instantes, pero, cuando el recuerdo del balde de grasa salió a la luz, se me pasó.

—¿Por qué... estás... diciendo eso? —quiso saber Eloísa, cuando por fin recuperó el aliento perdido por la crisis de risas. —¿Por qué estás juzgándote como un ser malvado?

—No quería hacerlo, pero... —me desahugué todo, poniéndola al tanto de los mínimos detalles. Conté como conseguí la blusa, y, por fin, la frase fenomenal que Leticia dijo cuando descubrió que la había encerrado dentro del probador: “*¿Oye? ¿Cuál es tu problema, muchacha? Sácame de aquí, ahoooooraaa*”. —Tenías que haberlo visto, Elo, fue divertidísimo. Y lo mejor, ¿puedes creer que la víbora maldita ni me reconoció? Me molestó eso. Es *bromitaaa*. La verdad, incluso fue súper útil que no se haya acordado, terminó colaborando aún más en mi supuesto plan de meterla presa en uno de esos probadores.

En el fondo, muy al fondo, sentía un *poquitito de rabia* de que esa víbora maldita no haya, al menos, podido recordarme. *¿Cómo es eso posible?* Bueno, *la verdad eso es muy posible en serio, tratándose de ella*. Lo que solo puede significar una cosa: oficialmente es un ser sin cerebro.

Obviamente, tampoco iba a presentarme cara a cara enfrente de ella y decirle: “*Hola, querida, ¿te acuerdas de mí?*” *Soy esa chica a la que le derramaste un balde lleno de grasa. ¿Recuerdas? ¿No? Mejor, voy a deletrear entonces para ver si puedes entenderme: G-R-A-S-A. Muchas gracias por el regalo de los viejos tiempos, ¿está? No sabes lo desagradable que fue retirar toda esa grasa de mi lindo y sedoso cuerpito. ¿Puedes creer que lo que hiciste terminó ayudándome? Es verdad. ¡Mira! Mira con tus propios ojos*”. Sí, reconozco que estoy siendo bastante insolente (bastante es poco, eso es verdad), pero, solo por grosera, encima tendría el honor de canturrear mi versión de la cantante Kelly Key: “*Baba, baby! Baby, baba, baba!*”. Según el viejo dicho popular: “*quien recibe los golpes, nunca los olvida*”, ¿cierto?

No es que no quisiera darle un puñetazo en medio de su hocico flacucho, claro. Pero, a diferencia de ella, *mi madre* me había dado algo de educación.

Para mi tristeza, la batería de mi celular sonó, alertándome que en breve se descargaría, dejándome completamente sin opción sobre: “*¿qué hacer dentro del autobús durante todo el trayecto de vuelta a casa?!*”

—Amiga, voy a tener que apagar porque el traidor amenazó con descargarse en cualquier instante. Te mando mensajes apenas llegue a casa. —Dije, mientras observaba a un dios griego acercándose.

—*Aaaaah noooo*, quería mucho poder ver esa tal *blusa* que supuestamente *raptaste* de esa víbora merecedora de todos los males de esta tierra. ¿O sería mejor que use la palabra: “*secuestraste*”? —Y una vez más sonrió del otro lado de la línea, haciéndome reír con ella.

El chico lindo terminó sentándose en el mismo punto de espera donde yo aguardaba ansiosa

por el primer autobús que pasara. Sin embargo, al verme sonreír, me sonrió de vuelta, esperanzado. Como si le hubiese dado alguna chance.

¡Ayyy, mi Dios! ¿Dónde está el aire cuando lo necesito?

—*Amiga, no vas a creer en lo...* —susurré, tratando, una vez más, de notificarle a Eloísa los actuales acontecimientos de mi vida. No obstante, antes de que de verdad pudiera decirle siquiera una palabra más, el maldito aparato se descargó.

Me quedé sin saber que hacer, ahora que había un dios griego encarándome. *Fijamente*. Vestía ropa liviana, como si recién saliera del gimnasio. Y su cuerpo maravillosamente escultural apenas apuntaba que yo tenía razón una vez más.

Pensé en decir algo, pero mi raciocinio lógico no me permitió decir ni siquiera una palabra, o que hiciera ningún tipo de atrocidad insana en esa situación. Prefiero llamar eso como: *¡Alerta! No cometas ninguna burrada, Mariana*. Lo que obviamente terminaría sucediendo al dejarme ese maravilloso, encantador e impecable dios griego delante mío. *Y encima seduciéndome, ¡solo imagínate!*

Sin embargo, no sé si debo llamar a esto de: *suerte, salvada por la campana* o *azar*. Porque, en ese mismo instante, el autobús apareció a la vista y se estacionó justo frente a nosotros. Algunos pasajeros bajaron mientras me levantaba del banco de espera y, al notar que no había nadie más al lado nuestro, él se acercó más. Mi corazón dio un salto mortal y hasta pensé que de verdad podría salir por la boca, pero lo que sucedió en seguida supuestamente no estaba en el guion que me venía imaginando hacía algunos segundos atrás.

—*¿Oye? —¿puedes creer que estiró las manos y me robó? Digo, ¿secuestró mi único e irremplazable aparato celular? —Devuélvemelo. —Grité, mientras intentaba asimilar lo que de verdad estaba sucediendo.*

—*¡PERDISTE! ¡PERDISTE!* —su voz era sexy, pero, no debería de ningún modo interesarme tanto en eso. —*¡Dame la bolsa! ¡VAMOS!*

—*Ladróóóón.* —Exactamente en ese minuto en que gritaba de forma ensordecedora, con rapidez metió, *entre la ingle*, la otra mano que estaba obviamente libre, dejándome un tanto curiosa en cuanto al volumen trascendente de ahí adentro (no me entiendas mal, oportunidades como esa no se encuentran en cualquier esquina, *¡créeme!*), pero el arrepentimiento golpeó mi puerta al segundo siguiente.

Juzgué el libro por su tapa. O, mejor dicho, ese maleante por la definición esbelta de su cuerpo escultural y bien definido. Lo peor que hice en toda mi vida.

Mariana, Mariana, eres burra, ¿no?

Revelándome su arma, justito después de retirar su mano de ese *lugar*, la apuntó en dirección a mí mientras me arrancaba la bolsa cuyo nuevo modelito de mi banda estaba dentro. Solo pude decir una palabra apenas:

—*¡SOCORROO!* —grité, totalmente aterrada con eso, mientras observaba con desesperación a esa beldad maligna desaparecer de mi vista con mi único e *irremplazable* aparato celular en las manos. Y lo peor, junto con el nuevo ítem de mi banda.

Y justo en mi cara.



Cuando llegué a casa, no encontré a mi madre por ningún lugar. Lo que es totalmente extraño que suceda en un día no tan soleado como el de hoy. La busqué por todos los ambientes existentes en nuestra casa, pero ninguna señal siguiera de mi *madre*.

Decidí ir a la cocina. Si hay un lugar al que puedo recurrir en situaciones como *esta* es la cocina, porque mantenemos el viejo hábito de dejarnos mensajes cuando una de nosotras no está presente por el momento y, ¿adivinen lo que mi madre había dejado escrito en el papelito pegado en la puerta de la nevera?

Mariana, ¿por qué no atiendes ese maldito aparato celular?

¿Para qué sirvió gastar toda esa fortuna si ese maldito aparato no es utilizado cuando (y como) de verdad necesitamos?

Mis clases para obtener la licencia de conducir comen za ron hoy y, con tantas cosas en mi cabe za , terminé olvidándome de avisarte.

Probablemente volveré más tarde hoy y, por ese motivo, te doy permi so para que te prepares la cena (en caso de que no elijas morirte de hambre).

¡Deséame suerte!

Besos, ma má .

P.D.: Sobre mis tar je tas, apenas vuelva quiero ver las enteritas e intactas, ¿estamos entendiendo? Y ni pienses en querer esconderme los extractos porque tam bién pretendo ver los, ¿ok?

No quiero ni ver cuál va a ser la reacción de mi madre cuando descubra que mi aparato celular fue robado en la parada de autobús.

¡Menos mal!

Por lo menos así no estaré castigada cuando mi madre decida confiscar mi aparato exactamente por no haber hecho lo que acordamos: *jamás perder una de sus llamadas*.

No es que me gustara la idea de haber perdido mi único e *irremplazable* aparato celular, perdí 1.384 pistas de canciones, y la mayoría eran justamente de mi banda preferida, pero cuando se es forzada a elegir entre entregar mi aparato y salvarme, al revés de quedarme con él y recibir un tiro, me quedo con: prefiero no correr ningún riesgo. A pesar de que me había robado el aparato celular incluso antes de apuntarme con esa arma. Está bien que todavía tengo un iPod para oír mis canciones, pero, *mierda*, ¡era *mi* celular!

La catástrofe perfecta fue de verdad haber perdido el único modelito de mi banda de rock predilecta que, extrañamente, estaba en las manos de mi peor archienemiga (no es que tuviera otras, claro). Y mira que soy de esas que no creen en el destino y, mucho menos, en las coincidencias. Pero... ¿De qué me sirvió si, al final, terminé quedándome sin poder usarlo? ¿Cuál fue la lógica de haberme disfrazado de empleada de la tienda y haber encerrado a Leticia si, al final, ninguna de las dos podemos usar el modelito?

Bueno, creo que sirvió sí, por el simple instante de *venganza* (y sí, asimismo creo que pasé demasiado tiempo mirando la serie de Emily Thorne. ¿Cuál es el nombre? Ah, sí: *Revenge*). Esa víbora de verdad lo merecía, pero, mi madre no merecía pagar por algo que no usaré. *¿Qué voy a hacer cuando mi madre decida ver el modelito? ¿Qué le voy a mostrar? ¿Cuál será la excusa que voy a tener que inventar cuando eso realmente suceda?* Solo preguntas y ninguna respuesta que pudiera consolarme en ese momentito.

Decidí dejar las tarjetas de crédito de mi madre encima de la cama. Obviamente dentro de su habitación. Y enseguidita después me hiberné dentro de la habitación. Esta vez en la mía, claro.

En ese punto, no quería ver a nadie, no quería hablar con nadie, y mucho menos oír a alguien decir tonterías por el resto de la tarde. Podía hacerlo si quería, porque, según la nota, mi madre llegaría muy tarde hoy. *¡Aleluya!* Por ese motivo, me lancé en la cama con todo, como si naturalmente ese fuera el único objeto en el mundo capaz de transmitir paz y tranquilidad en situaciones desagradables.

Fue cuando me desmayé.



La luz del sol inundó mis ojos y sentí el olor del café recién colado. Mi ventana estaba abierta, con la cortina abierta de par en par, la luz del sol me golpeaba en la mitad de la cama.

—¡Ma! – refunfuñé.

Había abierto la ventana en un intento de despertarme. *Y lo logró.*

—Es hora de despertarse, Bella Durmiente. —Anunció mientras quitaba la frazada suave de encima mío.

—¿Déjame dormir solo veinte minutos más? *¡Por favor, por favor, por favor!* — dije a los bostezos. Estaba súper cansada y aun habiendo dormido más de lo normal seguía sintiéndome como si terminara de acostarme.

—¡No puedo, querida! —sonrió al percibir que su hijita estaba recientemente terminada. — Necesito que me hagas un favor antes.

¡Lo sabía!

Mi madre nunca se acomodó en el papel de “vamos a despertar porque el día está lindo”, o de cualquier otra manera parecida. Excepto, cuando necesita de algún favor mío.

—Quiero que vayas a la panadería de la esquina y compres algunos biscochos de queso.

—Pídele a Matilda, ma. —Sugerí.

Matilda es nuestra criada. No es que me guste tratar a la gente con arrogancia, pero, el hecho es que Matilda siempre compra nuestro desayuno. ¿Por qué mi madre decidió despertarme justo hoy? *¿Será que lo descubrió?*

—Hoy es franco de Matilda, hija. —Insistió, lanzándome un balde de agua fría. En sentido literario, *¡claro!* Me había olvidado que hoy era sábado, y que supuestamente ese era uno de los únicos días en que Matilda no trabaja.

¡Qué suerte la mía, lógico!

—¡Está bien, ma! —estuve de acuerdo, aunque seguía discutiendo con mi inconsciente que deseaba con desesperación dormir por algunas horas más. —Voy a ponerme una ropa decente, ¿está bien?

—¡Claro, hija! —y me dejó sola en la habitación. —El dinero está encima de la nevera.

Por el momento tenía el mismo modelito de ayer, por el simple hecho de haberme desmayado, y por eso no tuve tiempo de ponerme el pijama. Y eso, probablemente, me puso feliz ya que no tenía más por qué cambiarme. Y ni estaba tan arrugada.

Hice mi higiene matinal de siempre antes de salir rumbo a la panadería. Pasé por la cocina

para *agarrar* el dinero que estaba encima de la nevera, según mi madre había mencionado, antes de entrar en el ascensor.

—¡Oye, hija! —oí la voz de mi madre viniendo del balcón de los fondos, y, por lo que noté en su sombra, parecía estar sujetando una taza. —¿En serio vas a dejar a tu madre muriendo de curiosidad a respecto de tu nuevo modelito?

¡Pucha!

No podía contarle.

¡No ahora!

—En cuanto llegue te muestro, ma. —Intenté parecer convincente, y rápidamente cerré la puerta detrás de mí. No podría esperar ninguna otra pregunta obvia, ya que el timbre de mi voz me amenazaba con fallarme en cualquier segundito.

El día estaba de verdad *desagradable*, el sol estaba muy caliente e incómodo y una brisa suave traía el perfume de las flores de la pequeña plaza cercana a mi edificio; aunque un poco de polución en el aire era parte del paquete. Y, para empeorar incluso más la situación, un aroma de comida en el aire hizo que mi estómago se agitara fuera de lo normal, cuando el recuerdo de que me había dormido sin cenar ayer a la noche me vino a la cabeza.

Pasé por la plaza y noté extrañada que había pocas personas. Normalmente, siempre estaba llena de ciclistas y gente haciendo sus carreras, familias con sus hijos corriendo en el pasto, y hasta perros llevando a sus dueños a un paseo matinal. En esa mañana, sin embargo, estaba casi desierta. Quizás porque ya era cerca de la hora del almuerzo, pensé.

Entré en la panadería y, extrañamente, también estaba vacía, solo la vendedora sin ningún cliente. ¿Sería feriado o algo así y yo no lo sabía?

No obstante, ahí estaba *él*.

¡Mi Dios! ¡Si me hubiesen avisado, me habría despertado más temprano para arreglarme mejor el cabello! *Mariana, ¿qué estás haciendo con esa ropa sin gracia?* ¿Por qué no me puse perfume? ¡Mis ojeras deben estar terribles!

Pero, ¿qué me pasa?

¿Desde cuándo me importa eso?

Matheus, hijo de una arpía gorda. ¿Por qué no me avisaste que frecuentábamos la misma panadería?

Si viniera en este mismo horario, al revés de venir como de costumbre, ¿probablemente lo encontraría todos los días?

¡SÍ! La respuesta es obvia.



¿Sabes ese minutito en que te cuelgas mirando a la boca ajena y ni oyes cuando la otra persona está hablándote? Entonces, es exactamente lo que está sucediendo en este instante, solo que, en este caso, Marcia (la única empleada presente e igualmente quien siempre me atiende) era quien estaba *intentando* hablar conmigo.

—¿Qué vas a llevar hoy, Mari? —Derrochaba una sonrisa enorme, como de costumbre. Incluso no mirándola, lo sabía por su simple timbre alegre. —Ah, espera un poco, déjame adivinar: “*lo de siempre*”. ¿Acerté?

— Yes! —fue lo que pude decir mientras continuaba mirando a Matheus guardando las bolsitas de panes en el coche. Él no me había visto, así que era capaz de observarlo, sin que lo sepa.

Con sinceridad, lo estaba enfrentando. Parecía incluso más increíble sin la chaqueta de ayer. *Pero, ¿qué me está pasando? ¿Por qué no puedo simplemente mirarle el cuerpo a Matheus sin imaginarme lo que tiene ahí adentro?*

—Parece que tenemos una persona enamorada aquí. —Marcia me despertó con esa bromita nada graciosa. *¿Eso será posible? ¿Podría estar enamorándome de Matheus de verdad? ¿Y él se enamoraría de mí, si lo supiera?*

Bueno, si eso era verdad o no, él no podía considerarme una chica fácil. Aproveché la oportunidad de ser siempre atendida por Marcia y desvié la mirada, abordándola enseguida. Marcia pareció entender mi mirada terrorista.

—No me mires así, Mari.

—Entonces respóndeme una cosa. ¿Por qué crees que estoy enamorada? —quise saber, mientras ella finalizaba mi pedido.

—No creo, Mari, estoy segura. —Me entregó la bolsita de biscochos que se mantenían calientes.

—¿Y por qué estás así tan convencida? —consulté, atónita.

—¿¡Quizá sea porque en esa carita linda tienes dos corazones en lugar de tus ojos?! —arqueó las cejas, como si eso fuese obvio.

Me ruborizo con la descripción súper detallada.

—Pero, ¿quién no se enamora de una cosa de esas? —encaraba a Matheus, imitando a esas nenitas súper enamoradas.

Sentí un poquito de rabia. No por lo que había dicho Marcia, sino, por el modo como lo miraba.

—No tiene nada que ver la belleza, miras a una persona y sientes algo bueno, positividad...

¿qué sé yo!

—¡*Ajaa!* ¿Qué dije? —Marcia parecía haber ganado la lotería por su expresión de victoria. —Sabía que estabas enamorada, Mari. No sirve negarlo. Nadie mira a otra persona del modo en que lo miraste, *sólo por mirar*. Principalmente cuando ese “otro alguien” es del sexo opuesto. —Sonreía, orgullosa de si misma.

Está bien, va, era *posible*, ¡sí! Y gracias a Matilda. Anoté mentalmente de no olvidarme de agradecerle porque hoy es su franco.

—Digamos que tienes razón sobre lo que dijiste, ¿qué ganas con eso? —No me malentiendan, ella lo merecía. —Además, no ando por ahí tratando de adivinar lo que sucede en la vida de los otros. —No resistí, terminé levantando la nariz para cerrar mi discurso con maestría.

Es como digo siempre: quien dice lo que quiere, escucha lo que no quiere.

—¡Caramba, Mari! Tampoco necesitas ser así tan grosera, ¿no? —*quien te mandó a meterte dónde no eres llamada?*, pensé. —Solo creí que sería chévere hablar sobre relaciones. Eloísa siempre se abre conmigo, si quieres saber, y es verdad que dice algunas burradas la mayoría de las veces, pero, en fin, al menos se abre.

Cierto tipo de gente no me engaña. Si hablan mal de alguien conmigo, es muy probable que hable mal de mí con alguien. ¡De eso estoy convencidísima! Por eso, decidí terminar de inmediato con esto.

—A veces, no necesitamos decir nada. Solo ese intercambio de miradas basta. —*Por lo menos por un tiempo*, pensé. —Oye, ese celular es el mío... lo conocería a kilómetros de distancia. —Grité al notar al bandido canalla con mi aparato celular y tomando un café en el banquito de la plaza.

—¿Qué? —Marcia parecía perpleja, y un poco enfurecida con mi confesión. —¿Quieres decir que ese ladrón allí robó tu celular, Mari? —confirmé con la cabeza y salió de atrás del mostrador viniendo hacia mí, como si fuese a resolver todos mis problemas. —¿Qué tal si le damos una lección a ese malviviente? —la miré incrédula. *¿Qué podría hacer, a fin de cuentas?* —No me mires así, sé muy bien lidiar con ese tipo de gente. Confía en mí.

—¿Qué vas a hacer? —traté de evitar que caminara hacia él, mientras sentía la mirada fija de Matheus en mí, pero, ahí estaba ella, ya en la mitad del camino.

La cosa iba a ponerse negra.

Debido a mí.

Y, en milésimas de segundo, todo sucede muy rápido. Y, mientras ese desconocido cae en el suelo, corro disparada en dirección a Marcia que, no me preguntes como, estaba con mi celular en las manos. *Había conseguido recuperar mi aparato, mi Dios.*

—¿Cuándo fue que aprendiste a luchar de esa forma? —realmente estaba asombrada con ella. Fue increíble. —¡Eres increíble!

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Mari, y no es por falta de interés no. Las dos sabemos que siempre quise abrirme contigo, ¿estoy mintiendo? —esta vez dolió. Era como si hubiese clavado una daga en mi pecho. O peor, como si me hubiese hecho lo que le hizo al ladrón por quien al tiempo yo solo podía sentir pena.

—¿Mari? —ni vi cuando Matheus se acercó. —¿Qué sucedió? Por lo que entendí ese sujeto te había robado, y terminó aprendiendo una lección de tu... —parecía confundido, su cara demostraba eso.

—No somos amigas, nene, si es eso lo que ibas a decir. —Ella lo interrumpió, completando lo que él probablemente iba a decir. —No *todavía*. —Y entonces me guiñó el ojo, mientras me devolvía mi aparato.

—¡Gracias! —Fue todo lo que pude decir mientras sujetaba, con mis propias manos, mi aparatito celular otra vez.

Marcia volvió a su puesto, porque hasta el presente estaba en el horario de trabajo.

—Hoy es el cumpleaños de Eloísa, ¿estoy en lo cierto? —Quiso saber, como si planeara algo. Apenas confirmé con la cabeza, un tanto curiosa, confieso. No obstante, al revelar eso, terminé recordando que todavía no le había comprado un regalo a mi amiga. —Eso significa que tendremos mucho tiempo para conversar, ¿no es cierto? Además, ella igual me invitó. Y sé que no te perderías un evento de esos, ¿no es verdad? —me lanzó una mirada cómplice, y eso fue suficiente.

—¡Sí! Es verdad. —Dije, girando hacia Matheus.

Quería mucho agradecerle a Marcia porque había rescatado mi aparatito de vuelta, pero, ella tenía completa razón. A mí, en su lugar, no me gustaría entorpecer este minuto *inesperado* al lado de Matheus. Por eso, decidí aprovecharlo.

—Ya llamé a la policía y están en camino. —Matheus quiso consolarme, ya que todos sabíamos que ese dios griego ladrón se recuperaría del golpe, —que, según Marcia, era apenas de defensa personal —y se levantaría en cualquier momentito.

—Mira, están todos aquí. —Exalté tamaña alegría al notar que mis dos chips y mi tarjeta SD continuaban allí en el aparato.

Recuperé mi aparato, pero... el modelito que había liberado de las manos de esa víbora, permanecía perdido por ahí. Tal vez el ladrón ya lo hubiera vendido a la primera que apareció delante suyo, pero no costaba nada ir allá para revisarlo, ¿no es verdad?

—Si no quieres decir nada, ¿cómo voy a ayudarte? —intenté parecer amigable, aun sabiendo que debería actuar de modo contrario con el sujeto que me había robado. Pasaron apenas dos minutos después que Matheus lo despertó y por eso decidí arriesgarme, porque mantenía esperanzas de conseguir recuperar el modelito. Por eso no debería, de ninguna manera, ser grosera en esta circunstancia.

—No saben el tamaño de la burrada en la que se metieron, idiotas. —Respondió, con una mirada victoriosa.

En ese segundo el coche de la policía apareció en la esquina. *¡Finalmente!*, agradecí de pensamiento. Matheus gesticuló, indicando dónde estábamos.

—Está bien. Si quieres seguir por este camino, solo tengo que decirte que tu aventón acaba de llegar. —Inclusive lo ayudaría inventando una excusa cualquiera si, al menos, me contara a quien le había vendido mi modelito.

Matheus parecía intentar explicarle al oficial de la policía lo que había sucedido mientras ambos caminaban hacia nuestra dirección.

—¿Lucio? —el agente lo miró de frente.

Espera ahí, Latinoamérica, ¿el ladrón y el oficial de policía se conocen?

—No puedo creer que cometiste una más de las tuyas, hijo mío. —Siguió el oficial, poniendo cara larga.

¿Hola? ¿Cómo que lo llamó “hijo mío”? ¿El ladrón es hijo del policía? ¿El policía es padre del ladrón? ¿Uno más uno, son dos? ¿Cuál es la raíz cuadrada de nueve? ¿Habré bebido y no me acuerdo?

—Padre, yo... —el dios griego maligno parecía avergonzado, y eso terminó resolviendo todas mis dudas.

—¡Espera un poco! —Dijo Matheus, tan sorprendido como yo. —¿Ustedes son padre e hijo?

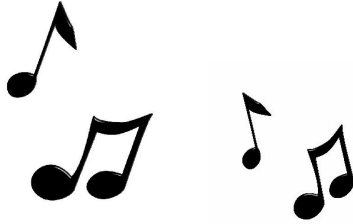
—Vamos rápido, muchachito, entra ya en el coche. —El policía obviamente ignoró la pregunta

que Matheus había hecho, aun mirando a su hijo. —¡Vamos! ¿Quieres que la repita una vez más, es eso? —y, cuando pronunciaba tales palabras, rápidamente puso la mano en la cintura y nos apuntó su arma.

—Ya sabemos porque el ladrón tenía un arma. —Dije, incrédula.

—Eso explica todo. —Lo oí decir a Matheus antes de que el policía le tire, con su arma eléctrica.

—Ya viste en lo que me metiste, ¿hijo? —mientras él discutía, Matheus ya se encontraba en el suelo, retorciéndose de los pies a la cabeza con la potencia del electrochoque. —Ahora voy a tener que limpiar tu suciedad. —Pero, antes de algún movimiento mío, también me acertó. —¿Adónde la muchachita piensa que va? —fueron las últimas palabras que pude oír antes de adormecerme con toda esa descarga eléctrica.



10



De: Eloísa Prado <eloelo@gmail.com>

Para: Mariana Carey
<Marianaanacarey@gmail.com >

Enviado: 10 de marzo, 16:15

Asunto: ¡¡¡¡¡DAME NOTICIAS, POR FAVOR!!!!!!

Hola, Mari, decidí escribirte por e-mail ya que el traidor se descargó, y sé que, tan pronto como llegas a tu casa lo primero que haces es encender la computadora, entonces...

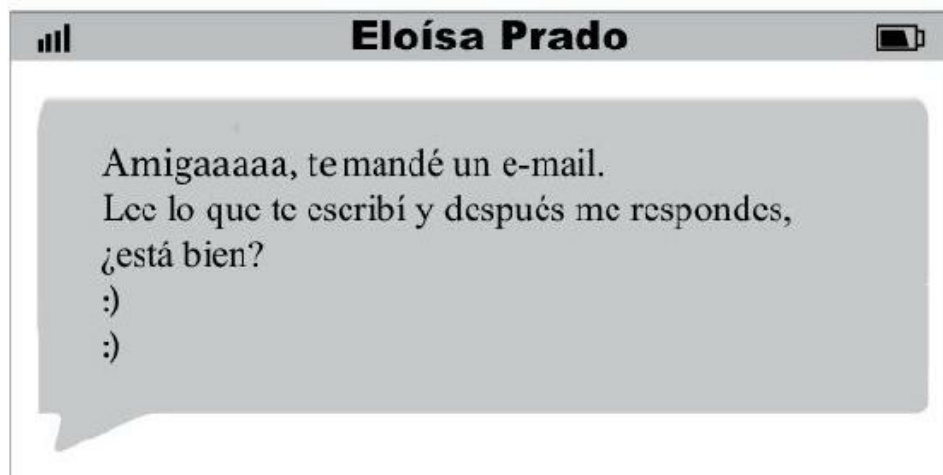
Y ahí, cuéntame, ¿¿¿qué querías contarme en ese punto en que tu aparato se descargó??? Al final, me dejaste curiosa aquí, ¿no?

¡¡¡Cuenta, cuenta, cuenta!!!

¡Argh! Ya empecé inclusive a comerme las uñas de tanta curiosidad.

AMIGAAAAAA, por favor, ¿¿¿me cuentas ahoriiiiitaaaaaaaaaaaaa???

P.D.: ¡Es en serio! O mejor, llámame apenas veas este e-mail, ¿puede ser?





Siempre tuve curiosidad por saber: cuál es el nivel de dolor que un arma eléctrica es capaz de causar en nuestro cuerpo en el segundito en que nos alcanza. Sin embargo, me arrepiento amargamente de haber tenido esa curiosidad en la vida. Créeme, no querrás saber. ES HORRIBLE.

—Mariana, hija mía, ¿estás bien? —Oí unos ruidos, o eran gritos, no tengo idea. Que parecían ser de Marcia, mientras volvía súbitamente a la realidad.

Fue cuando recordé que Matheus también había recibido la misma descarga eléctrica que yo. Creo que un poco más fuerte la verdad, ya que por el momento permanecía desmayado en el suelo, pero no en el mismo lugar. Por otra parte, no sabía en qué lugar estábamos, la verdad. El dolor seguía ardiente por todas mis vértebras, pero pude moverme para verlo antes de responder.

—¿Matheus? —fue lo que pude decir, pues cualquier esfuerzo me causaba dolor. Sin percibir, y sin darle mucha importancia al dolor, terminé levantándome hasta poder estar, por lo menos, sentada ya que acostada el dolor parecía aumentar con cada segundo. —Marcia, ¿dónde estamos?

—En primer lugar, ¿estás bien? —Marcia quiso saber, volviendo hacia mí, porque estaba tratando de despertar a Matheus después de despertarme. —Oye, niño, ¡despieeerta! —de verdad estaba preocupada. Y yo me preocuparía inclusive más, si Matheus no despertara enseguida. —¿MATHEEEUS? —fue el último intento antes de que él gimiera “*Humm*” mientras se retorció hacia el lado izquierdo.

Cuando al final pude ver con más nitidez, fue que me di cuenta de una cosa: algo me estaba lastimando muuuucho, y eso solo provocó mucho más mi desesperación cuando noté que estábamos encadenados.

¡Sí! ¡ENCADENADOS!

—Pero, ¿qué diablos sucedió? ¿Por qué estamos atrapados con esto? —sujeté con todas mis fuerzas la maldita cadena, tratando con esperanzas de quitarme eso. Fallando vergonzosamente en seguida.

Mariana, Mariana, ¿adónde es que viste tratar de quitar una cadena del tobillo con tus propias manos? Ah, me acordé. En las películas de acción, y principalmente de terror, los personajes cometen cualquier idiotez para tratar de escapar lo más rápido posible cuando descubren que están entre la vida y la muerte. Lo que ya no sabía si era nuestro caso.

—¿Marcia? —quise saber, mientras comenzaba a pensar en algo. —¿Cómo viniste a parar aquí con nosotros? —la enfrenté, enfatizando saber toda la verdad y nada más que eso. *En definitiva, merecía saberlo, ¿no es verdad?* Marcia pareció haberme comprendido y no tardó ningún segundo siquiera:

—¿Co-cómo? —quiero decir, la verdad, bien que intentó no irse por las ramas. —No tienes idea de lo que esos dos cretinos, fuera de la ley, fueron capaces. —Parecía indignada al recordar lo ocurrido. —Por suerte para ellos, los malditos canallas tenían y por ahora *tienen* esa maldita arma eléctrica. Si no... oh, ¡DIOS! Como me habría gustado aplicar el famoso y dolorido golpe que aprendí durante mis siete meses de Jiu-jitsu. —Creo que vi una pequeña sonrisa torcida aparecer en sus labios. —Solo que, de verdad, tengo miedo, Mari, de lo que ellos pretenden, y *van* a hacer con nosotros. —Sentí un nudo en el pecho en esa parte. —No están *jugando*, de eso estoy segura. Y otra cosa de la que estoy *convencida* es que debemos, lo más rápido posible, salir de este cautiverio.

—¿Qué pretenden hacer, Marcia? —ordené, con todas mis fuerzas, sintiendo ya mis piernas aflojarse con las posibles escenas que comenzaron a surgir en mi mente. —¿Qué sabes? ¿Qué van a hacernos? —en ese minuto, Matheus pareció despertar. Y Marcia terminó no respondiéndome como deseaba, yendo al encuentro de Matheus para socorrerlo. —¿Marcia? —imploré.

—¿Qué sucedió? —la voz de Matheus era débil, como si le hubiesen dado una paliza de aquellas. Pero no dejó de ser sexy también. Parecía que recién había despertado del sueño más largo de su vida. —Marcia... parece que fui picado por millones de hormigas... —parecía que se fijaba si le había quedado algún hematoma después del enorme electrochoque levantándose la playera un poco, dejando su abdomen no muy definido a la vista. MI DIOS, ¿CÓMO LOGRA PONERSE TODAVÍA MÁS LINDO?, me perdí por completo en ese instante, sintiendo mi corazón perder el ritmo. Justo que... —¿Dónde está Mari? ¿Dónde está Mari? ¿Le hicieron algo a ella? —vi que sus ojos me buscaron por todo el lugar hasta que se fijaron en los míos, que brillaron en ese mismo instante. *Pero, ¿qué está pasando conmigo, mi Dios? ¿Por qué mi corazón perdió un latido al verlo mirarme de ese modo?* —¿Hola? —fue lo que pudo decir después de algunos segundos en silencio, que parecieron décadas, mirándonos fijo como si nos estuviésemos conociendo por primera vez.

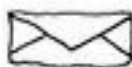
Sé que el dolor me consumía mucho, pero *muuucho* de verdad. Sin embargo, pude levantarme, y corrí a abrazarlo. Pareció comprender lo que quería hacer incluso antes de haberlo hecho, abriendo los brazos aún antes de que me haya acercado.

—¡Matheus! —dije, abrazándolo. —Despertaste.

Era extraña esa sensación. Como si Matheus fuese el único consuelo en ese tiempo.



12



De: Eloísa Prado <eloelo@gmail.com >

Para: Christina Carey
<ChrisCarey@outlook.com >

Enviado: 11 de marzo, 10:15

Asunto: Mariana

Hey, Sra. Carey...

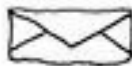
¿¿¿Usted, humildemente, podría informarme en cuales inmediaciones de nuestra no tan pequeña ciudad, se encuentra su hija, Mariana, en este exacto segundito???? Disculpe que moleste, pero es que Mari no responde mis llamadas. Lo que es súper extraño, ¿¿¿a usted no le parece???

Ella siempre atiende. En fin... sé que no es asunto mío, pero, Mari me contó sobre el arreglo entre madre e hija para atender SIEMPRE las llamadas, y, como sé que está totalmente incapacitada de responderme, creí que, no sé, tal vez usted supiera informarme de algo.

Si sabe, por favor, ¿¿¿me avisa???

¡Gracias por la atención!

P.D.: La próxima vez, prometo mandarle un mensaje de texto en vez de molestarla por e-mail. Como sé que usted pasa más tiempo en la computadora, creí que esta sería la forma más viable de poder comunicarme.



De: Christina Carey

<ChrisCarey@outlook.com >

Para: Eloísa Prado <eloelo@gmail.com >

Enviado: 11 de marzo, 10:20

Asunto: RE: Mariana

¡Hola, querida!

No te preocupes, jamás me molestarías en algo. Me gustaría mucho que Mariana se comportara como tú. Y hablando de ella, tampoco recibí ningún mensaje. Traté de llamarla recién, apenas vi tu e-mail, pero tampoco me atiende. Lo que ya no es ninguna novedad, ¿no es verdad?

La verdad, quedó en traer nuestro desayuno, pero parece que se perdió en el camino. Como estaba atrasada para el trabajo, terminé no esperándola. Obviamente, ya debe haber llegado a casa a esta hora, y... Conociendo a mi

hija, debe estar leyendo algún libro nuevo que compró. Y como de costumbre, debe estar con los auriculares en el oído al máximo volumen. Debe ser por eso que no oyó sonar el celular cuando llamamos. Intenta de nuevo más tarde, ella obviamente te atenderá. O te devolverá la llamada. Siempre te atiende o te llama de vuelta. ¿Después me enseñas como lo haces?

P.D.: Acertaste de lleno a respecto del e-mail. Efectivamente no vería tu mensaje de texto, porque siempre dejo mi aparato dentro de la cartera. Esperaré tu respuesta. No le cuentes nada a Mariana, ¿está bien?



De: Eloísa Prado <eloelo@gmail.com >

Para: Christina Carey
<ChrisCarey@outlook.com >

Enviado: 11 de marzo, 11:04

Asunto: RE: RE: Mariana
Estoy feliz de que no la molesté.
¡¡¡¡Y gracias por responderme!!!!

P.D.: ¡Ayudo sí! Yo me encargo.



De: Eloísa Prado <eloelo@gmail.com>

Para: Mariana Carey
<Marianaanacarey@gmail.com >

Enviado: 11 de marzo, 14:40

Asunto: ¡¡¡¡¡DÓNDE ESTÁS???????????

¡¡¡¡CARAMBA!!! Ni me deseaste FELICIDADES.

Gran amiga eres, ¿viste?

Apuesto a que ni leíste los otros e-mails que te mandé.

¡SÍ! Te llené de e-mails, a fin de cuentas, igualmente uso mi computadora.

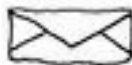
Y ni sirve decir que tuviste un imprevisto porque no voy a caer en esa otra vez, ¿está bien?

¿Qué hice tan malo al punto de que no quieras más hablar conmigo?

Si fuera porque hasta ahora no te devolví ese libro que me prestaste el mes pasado, lo devuelvo, ¿está bien?
Aunque aún no lo haya terminado de leer.

Está bien, no vamos a exagerar, en definitiva, HOY es un día especial, ¿no es verdad? Que sea lo que sea que te haya sucedido, comprenderé. Para eso es que sirven las amigas, ¿no?

P.D.: ¡¡¡Prometes que esta vez vas a llamarme???



De: Eloísa Prado <eloelo@gmail.com >

Para: Christina Carey
<ChrisCarey@outlook.com >

Enviado: 11 de marzo, 15:00

Asunto: NADAAAA

Hey, Sra. Carey...

Disculpe que la moleste de nuevo, pero creo que usted va a tener que cancelar nuestras clases sobre cómo hacer que Mari atienda, pues ni a mí misma me está atendiendo. Mari, al menos, me devolvía la llamada después de 30 minutos, pero NADA. Ya pasaron seis horas seguidas sin ninguna llamada, mensaje o respuesta. Ya intenté ver si encontraba alguna señal de vida en sus redes sociales, como: Facebook, WhatsApp, Twitter, Instagram, Snapchat, pero... NADA. N-A-D-A. Nadita de nada.

¿¿¿Le habrá sucedido algo a Mari y no puede devolvernos la llamada por ese motivo???

Oh, GOD!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

¡No puedo ni imaginarme una cosa de esas! Ya me dio un escalofrío acá.

Nathalie quedó en avisar en caso de que a ella le responda por WhatsApp. Voy a seguir llamando.

¿¿Cualquier cosa me avisa??



Toda primera vez es como la risa de un bebé al ver a la madre. Es sin un antes o un después. Es un acontecimiento literalmente del presente, sin preparación o palabras ensayadas, es un momento que crees que nunca va a existir y cuando sucede te quedas esperando que sea verdad y que se repita muchas otras veces.

Fue así cuando me quedé la primera vez a solas con Matheus. Era de noche y todas las luces de la ciudad estaban apagadas, no sé por cual motivo.

¿Un apagón?

Quizás, pero, eso ya no importa. Apenas fui a su encuentro. Estaba nerviosa, con rabia. Con *muucha* rabia, la verdad.

Pero es claro, ¿cómo no sentir rabia cuando te toman por sorpresa con un balde lleno de grasa en el medio de un baile? Y lo peor: ¿justo en el minuto en que eres anunciada como la “Reina” de la noche?

¿Eso es suficiente?

Pues para mí fue la gota que derramó. Y, como Matheus había sido elegido el “Rey”, probablemente quise consolarme después de lo sucedido.

Él tenía la ropa de dormir, y yo, obviamente, también. Claro que, antes de salir de casa, decidí usar los productos de belleza de mi madre. Pero nada de más, apenas lo básico. Lo esencial para esa ocasión. A fin de cuentas, recién había tenido un baño de grasa, ¿cierto?

Conozco a Matheus desde cuando andaba solo en pantaletas y dos coletas por la casa.

Sus “mejores amigos” vivían bromeando en esa época porque él tenía un famoso PlayStation 2 y no lo usaba, principalmente porque era hijo único. Pero nunca fue muy fan de los videojuegos. Y por ese motivo, su madre lo traía a jugar conmigo casi todos los días por el simple hecho de que estudiábamos en el mismo año lectivo.

Nuestros chistes inventados siempre fueron más interesantes y, después de lo que sucedió en el baile, Matheus previó lo mucho que los necesitaba.

—Sabes, Theus, es como si hubiese perdido mi vida. Duele tanto que tengo ganas de lanzarme por un agujero sin fondo y caer por la eternidad. —Recuerdo haberlo abrazado bien fuerte mientras pronunciaba tales palabras. —Solo que por ahora no lo hice porque, no quiero perder a mi mejor amigo.

—Pero es claro que no lo vas a hacer... —retribuyó el abrazo apretándome incluso más fuerte. —Mira el lado bueno, Mari: me amas y te amo. Y eso es lo que importa en este instante. Ya pasó.

—¡No, Theus! No pasó. Ellos seguirán molestándonos. Van a continuar riéndose de nuestra cara como siempre lo hicieron. Van a inventar mil excusas para implicarnos, como en ese día en

que nos llamaron de boca virgen solo porque por el momento no besamos a nadie.

—Eso no importa, Mari. Somos felices juntos y, es eso lo que les causa envidia a todos. No es porque sí que fuimos ganadores del título de Rey y Reina del Baile esta noche.

Aunque tenía todo que ver con Matheus, siempre lo miré como a mi mejor amigo. Era sinónimo de *sonrisa*, no de beso.

Bueno... por lo menos *era*, hasta ese punto.

—¿Mari? —continuábamos abrazados cuando susurró y por eso apenas objeté haciendo un “*hum*” sin abrir la boca.

—¿Puedo...? —pero él no terminó.

Debido a eso, tuve que deshacer nuestro abrazo para preguntarle que más quería decir, porque había logrado dejarme lo bastante curiosa. Fue cuando... *sucedió*.

Fuimos iluminados por la luz de la luna y, quizá, eso aniquiló toda su timidez.

No fue EL BESO como esos que son reproducidos en el cine. Al final, nunca habíamos hecho eso y, aun así, fue perfecto. Era nuestro primer beso.

¿Cliché?

Tal vez, pero... incluso así era un lindo escenario para lo que me sucedió. Y se volvió uno de los mejores recuerdos de mi vida.

—¿Por qué hiciste eso? —fue solo lo que pude decir, todavía perdida en mis sentimientos.

—No nos veremos por un tiempo.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con eso? —estaba sorprendida por el beso, pero, sobre todo, no quería perderlo.

—Mi padre consiguió un empleo fuera, pero para eso tendrá que transferirme de colegio. — Recuerdo haber visto una lágrima deslizarse por sobre su rostro. Y eso hizo que mis ojos asimismo derramaran lágrimas.



Recordar eso, de verdad, me causó una sensación superior a todo lo que había sentido en la vida. Principalmente porque, era de esa manera que Matheus me abrazaba.

Realmente me había olvidado que tener a un sujeto —de verdad— al lado era muy bueno. El tiempo pasó rápido, ya era hora de decir adiós de nuevo.

—Estoy feliz de que estás viva. —Dijo, cuando por fin, nos despegamos.

—Estoy feliz de que te hayas despertado. —Respondí, sin poder romper nuestro duelo de miradas.

—Disculpen que interrumpa, pero... podrían los dos enfocarse un instantito aquí, porque, si no se acuerdan, aún estamos en apuros. —Marcia nos hizo volver al presente en ese segundo. —*¿Algún plan en mente?*

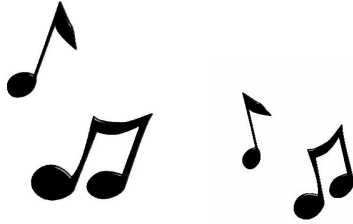
—Podemos llamar a nuestros padres y pedir ayuda. —Sugerí, en definitiva, fue lo primero que me pasó por la cabeza.

—¡Ah, claro, Mari! —sentí un dejo de burla en el timbre de Marcia. —Solo dime como haremos eso sin nuestros aparatos. ¿No crees que serían así de idiotas, al punto de olvidarse que como adolescentes maniáticos de las redes sociales, y que, para eso, necesitamos un celular, te parece?

En ese minuto me espabilé del porque la Sra. Carey me hace prometer siempre que la llame. No es que no supiera ese detalle, pero, eso realmente tuvo el mayor sentido en esta ocasión.

—No es casualidad que nos encadenaron. —Prosiguió Marcia, con su discurso.

—Tengo una idea. —Matheus intervino, afligido. —Pero no estoy convencido de si funcionará.



14



De: Eloísa Prado <eloelo@gmail.com >

Para: Nathalie Ferraz
<natnatferraz@gmail.com>

Dudu

<DuduEdu@hotmail.com>,

Lorena

<Lorenagata2000@gmail.com>,

Fabio

<Fabinhobinho@outlook.com>,

Sá

<Sabrinabriina@gmail.com>,

Felipe

<Felipeunicogato@hotmail.com>,

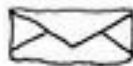
Enviado: 11 de marzo, 14:15

Asunto: NOTICIAS DE MARI

Hola, gente, creé este e-mail colectivo para saber si, alguno de ustedes conversó o vio a Mari hoy. Porque no me da ninguna señal de vida, ¿lo creen? Justo en el día en que más la necesito.

Si saben, por favor, ¿¿¿me avisan???

P.D.: ¡Es en serio! No me responde.



De: Sá <Sabrinabriina@gmail.com>

Para: Eloísa Prado <eloelo@gmail.com >

Enviado: 11 de marzo, 14:20

Asunto: RE: NOTICIAS DE MARI

¡Hola, Elo! ¡Feliz cumpleaños, amiga!

Ya quedé con Víc y Lorena.

Dudu y Fabio (ay, mi corazón) ambos confirmaron presencia, así como Chris y Nanda. Creo que Felipe igual vendrá porque no se despega de Víc.

No te preocupes, Mari tiene esa manía en serio de desaparecer. Al final, apuesto a que debe estar perdida en

uno de esos libros de novela. La última vez que la vi, estaba leyendo "Mentira Perfecta" de Carina Rissi.
P.D.: ¿Cómo que no responde? Mari SIEMPRE te responde.



De: Lorena <Lorenagata2000@gmail.com>

Para: Eloísa Prado <eloelo@gmail.com >

Enviado: 11 de marzo, 14:36

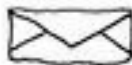
Asunto: RE: NOTICIAS DE MARI

¡Feliz cumpleaaaños, amigaaaaaaa!

Ya invité al grupo de nuestra clase, y todos confirmaron presencia. Nathalia dijo que iba a ver con los chicos de segundo si ellos querían participar de tu fiesta, pero no sé con seguridad lo que le dijeron a ella.

Por lo menos voy a poder encontrarme con Fabio sin estar vestida con ese uniforme horrible.

P.D.: No le cuentes a Sabrina. Sabemos que a ella le gusta él, pero creo que se le pasará. Principalmente cuando Sá me vea abrazada a él.



De: Eloísa Prado <eloelo@gmail.com >

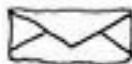
Para: Sá <Sabrinabriina@gmail.com>

Enviado: 11 de marzo, 15:04

Asunto: RE: RE: NOTICIAS DE MARI

Simple, Sabrina. No responde, no llama, no atiende la mierda del celular. No sé lo que está sucediendo. Estoy empezando a tener un ataque acá.

P.D.: ¡¡¡Gracias por las felicitaciones!!! Y, cuidado, a Lorena le gusta Fabio. Pero nosotras dos sabemos que a él no le gustan las chicas atrevidas. Estoy mucho más contigo.



De: Fabio <Fabinhobinho@outlook.com>,

Para: Eloísa Prado <eloelo@gmail.com >

Enviado: 11 de marzo, 15:22

Asunto: RE: NOTICIAS DE MARI

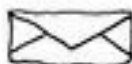
¡Feliz cumpleaños, Elo!

Ya estás poniéndote vieja, ¿eh? Cuidado que no se te caigan los dientes... jajaja

Es bromiiiiitaaa.

Me encanta cuando haces esa cara de chica enojada...

P.D.: No veo a Mari desde ayer en el colegio.



De: Dudu <DuduEdu@hotmail.com>,
Para: Eloísa Prado <eloelo@gmail.com >
Enviado: 11 de marzo, 15:27
Asunto: RE: NOTICIAS DE MARI

¡Felicidades, Eloísa!

Creo que hoy por hoy tendré que dejarte sentar en mi lugar en la clase, por ser más vieja. Jajaja Bromeo.

P.D.: Esta vez es en serio. Si quieres sentarte en la silla de adelante, me encantaría tenerte a mi lado. Y tampoco me encontré con Mari hoy.



De: Felipe <Felipeunicogato@hotmail.com>,
Para: Eloísa Prado <eloelo@gmail.com >
Enviado: 11 de marzo, 15:43
Asunto: RE: NOTICIAS DE MARI

¡Feliz cumpleaños, Elo!

Mira, la última vez que vi a Mari, estaba en la panadería donde Marcia consiguió empleo. Si quieres, después te paso la dirección del lugar. Quizás Marcia sepa algo.



De: Eloísa Prado <eloelo@gmail.com >

Para: Nathalie Ferraz
<natnatferraz@gmail.com >,
Dudu

<DuduEdu@hotmail.com>,
Lorena

<Lorenagata2000@gmail.com>,
Fabio

<Fabinhobinho@outlook.com,
Sá

<Sabrinabriina@gmail.com>,
Felipe

<Felipeunicogato@hotmail.com>,
Enviado: 11 de marzo, 16:15

Asunto: PRESENTIMIENTO

Gente... Agradezco las felicitaciones, pero de verdad estoy preocupada por MARI.

Tengo un leve presentimiento que no es algo bueno, amigos. Hoy a la mañana, cuando me desperté, sentí un aprieto en el corazón. No le presté mucha atención, mi madre dice que eso es señal de que necesitamos ponernos en forma, y entonces decidí comenzar a ir al gimnasio hoy (sí, gente, estoy haciendo gimnasia... y no, Dudu, no quiero tu ayuda en el gimnasio). En fin, llamé a Mari para contarle la novedad, pero ella no dio señal de vida.

Fue entonces, que me acordé de una cosa. Soñé con Mari. Pero como de costumbre, terminé olvidándome el sueño apenas desperté. Ustedes saben cómo son esas cosas de los sueños, amnesia... en fin.

No me acuerdo mucho, pero, en el sueño, recuerdo que estábamos volviendo del colegio y un muchacho apareció y robó mi aparato celular. Ahí Mari, siendo mi amiga como ella es, fue atrás del mocoso que se cree ladrón de celulares. Tengo tanto orgullo de mi amiga, somos best-friend inclusive en los sueños. ¡Ok, basta!

En fin, en eso el ladroncito estaba acompañado de otros tres chicos más que lo esperaban justo delante nuestro y agarraron a Mari y comenzaron a pegarle. En un santiamén corrí para ayudarla, al final, solo estaba ahí por mi culpa (o mejor, por culpa de mi aparato), y entonces, también empezaron a golpearme. Fue cuando me desperté.

Después de eso, recuerdo haber tomado el desayuno. Para colmo, ya busqué a la madre de Mari si ella me sabría informar algo, pero... nada.

P.D.: ¿Sería un aviso? ¿Creen que podemos prever lo que está por suceder (o ya sucedió) en los sueños?



Estaba pensando en comida. *Muucha comida*, la verdad. No había comido *nada* desde ayer, y eso probablemente me había dejado exhausta como un perezoso. Pensando en cómo continuaré viva hasta que logremos escapar. Y no en “*determinación, disciplina, respeto y autoconocimiento*”, como Marcia recién mencionó al revelarnos dónde había aprendido a luchar de ese modo hoy a la mañana.

—Karate, Kung Fu, Taekwondo y Jiu-Jitsu. Las conozco a todas. Y si me permiten, claro, buscaré la forma de usarlas para que huyamos de aquí. —Noté una extrema sinceridad en sus palabras. —Yo me arreglo después, contando que ustedes estén sanos y salvos. —Y me guiñó el ojo, como si estuviese segura de eso.

Eso, claro, se dio, debido al plan de fuga que tuvo Matheus. No obstante, era muy arriesgado realizarlo sin la ayuda de Marcia.

—¿No concuerdo! —objeté, negando todo. En definitiva, no quería que Marcia se sacrificara así, sin preocuparse por su propia vida. —Aun así, me parece muy arriesgado.

—Mari, mi querida, ¿tienes otro plan? Creo que no, ¿no? —Marcia parecía confiada con el supuesto (y súper arriesgado) plan de fuga. —Además, como dije: Karate, Kung Fu, Taekwondo y Jiu-Jitsu. Las conozco a todas. ¿O ya te olvidaste de lo que sucedió hoy a la mañana? —recordar los golpes de Marcia, y, principalmente, recordar las escenas en que masacraba al ladrón de mi celular, me dio un poco de esperanza con relación al plan. —Solo necesitamos seguir todo lo que combinamos y...

—Rezar. —Sugirió Matheus, interviniendo. —Rezas *mucho* para que ese plan funcione.

La voz de Matheus parecía distante. Como si estuviese en otro planeta, y no allí a mi lado.

«RHUOOOOOOOCK»

Mi estómago roncó tan alto esta vez, que podía jurar que Matheus y Marcia asimismo lo habían escuchado. Cerré los ojos, tratando de no pensar en ningún alimento escandalosamente delicioso por ese segundito, fallé miserablemente al instante. Parecían estar esperando que dijera algo. *Pucha*. Es obvio que oyeron mi estómago.

—Disculpen, es que no comí nada desde ayer. —Esta vez no necesité esforzarme tanto para parecer convincente.

—No tendremos modo de huir de aquí contigo débil y... Muriéndote de hambre, Mariana. — Marcia derrochó miedo con su frase.

—Necesitas comer algo, Mari. —Sugirió Matheus, parecía más una orden que una sugerencia. —No digo eso por el plan, sino, por ti.

Matheus, Matheus, ¿no bastaba que tengas un buen corazón, además tenías que ser al

extremo lindo físicamente? Era difícil creer que alguien tan lindo (por dentro y por fuera, claro) pudiera ser real. Tuve miedo de que pudiese desaparecer en una nube repentina de humo y me despertara.

—Bueno... —paré, y después el resto de las palabras salieron como un chorro. —Concluí que, en caso de que logremos salir de este cautiverio, tendré que ser lo bastante fuerte. Si es posible, hasta el último minuto. —Bueno, eso era realmente verdad. —No puedo dejar que una simple hambre les destruya su plan. —*¿A quién quería engañar?* A mi estómago, claro.

—¡NUESTRO! —pude oír la voz de ambos formar un único timbre. —¡NUESTRO PLAN!

En ese punto, oímos un estruendo avasallador. Parecía que alguien del lado de afuera estaba tratando de abrir la enorme puerta oxidada de hierro justo frente a nosotros. *Y realmente lo estaba.* Sentí un aprieto enorme en el corazón, y mis pelos del brazo sintieron un escalofrío de una sola vez.

—¡Es ahora! —murmuró Marcia, como si implorara para que nos preparemos tanto física como psicológicamente. Aunque yo todavía no estuviera mentalmente preparada para eso.



Hay varias maneras de decir adiós. Al que sabemos, entre otros términos, los franceses dicen *au revoir*, los ingleses, *goodbye*, los portugueses *adeus*, los italianos *arrivederci* y los holandeses *tot ziens*. Hay cientos de otros idiomas y millares de variaciones. No importa cual uses en el minuto de la despedida, porque un *adiós* sería en definitiva un *adiós*.

Cuando la enorme y oxidada puerta de hierro se abrió, sentí que esa era una de esas ocasiones. Sin embargo, mientras deseaba con desesperación no rever a ese maldito policía, hijo de una arpía gorda, que probablemente estaba listo para terminar con nuestras vidas, me toman de sorpresa. No era el mocoso que me había robado. Mucho menos su padre.

—Mira lo que tenemos por aquí... —su voz era ronca y gruesa. Voz de un... *asesino* a sangre fría. Era fuerte al extremo. Parecía haber entrado al gimnasio desde que nació. Había tanta masa muscular en sus brazos que, llegué a pensar que: con apenas un movimiento cualquiera, sus venas, visiblemente bien destacadas, estallarían de una vez. “*Pero, ¿dónde está el policía?*” pensé conmigo misma, completamente confundida. —¿Es de ustedes que tendré que libramme? —sonó más como una frase de canción. Sería gracioso si no fuese *tráfico*. *Tráfico de personas, claro*.

—¡Corrupto despreciable, maldito, ladrón! —Marcia parecía escupir fuego mientras pronunciaba tales palabras. Pude ver llamas rojas de odio en sus ojos.

—No me será difícil mandarte al infierno, preciosa. —Gruñó mientras enfrentaba a Marcia a los ojos, con mucha rabia a propósito.

Es como siempre digo: cuando se está entre la vida y la muerte, no es nada aconsejable lanzar a los cuatro vientos toda tu rabia. Principalmente cuando tienes un plan de fuga en mente.

Y bien... Juro que intentaba transmitirle ese mensaje a Marcia por telepatía, pero, me acordé que ya no estaba leyendo ningún libro de fantasía, esos donde las muchachitas en peligro tienen poderes sobrenaturales. Porque, cuando leo un libro, tengo la sensación de estar dentro de él. Debía saber que esto no era ningún libro de fantasía. Era la pura realidad.

—¿Será que... antes de matame, usted podría con gentileza conseguirme un poco de *comida*? —imploré, lo bastante débil para impedir cualquier raciocinio lógico por el momento. —Si voy a morir, que sea con el estómago lleno.

No estaba tratando de ser graciosa, ni nada semejante, lo juro y rejuro. Solo, aproveché para ganar tiempo. En definitiva, realmente me estaba muriendo de hambre. Y de miedo.

El grandulón se acercó un poco más, antes de pronunciar:

—¡Pero CLARO QUE NO, *Princesa!*

Dijo “*princesa*” con tanta malicia, que llegué a imaginar que fuera a ser abusada sexualmente. Y, al contrario de Marcia, él pareció leer mis pensamientos.

—Si bien que... puedo sacar partido de eso contigo. —Y me encaró por un tiempo, mirando en dirección de Marcia de inmediato.

—Prefiero mil veces morir con el estómago vacío, que ser usada sexualmente por ti. —Me exalté, por completo enfurecida.

—Las dos tienen carácter fuerte, que preciosas. —Oír “preciosa” con tanta malicia me dejó incluso más roja y... *Con miedo*.

—Por favor, no las lastimes. —Intervino Matheus, impidiéndome de soltar una frase absurda más. No obstante, aproveché la oportunidad para descubrir si la llave de las cadenas estaba colgada en algún lugar de su cuerpo. —Hago lo que quieras, pero, no las lastimes.

—Epa, epa. Que tenemos por aquí: un puto señor HÉROE. *¡Qué maravilla!* —era notorio el aire de su gracia. —A fin de cuentas, tú también me eres aprovechable, ¿sabías? Después de *cogerme* a las dos, puedo usarte como postre, ¿qué te parece, bombón?

Perdí las ganas de vivir al imaginarme a Matheus siendo abusado por este cara de malvado. Principalmente después de ser abusada antes.

—Por favor, imploro. —Ni vi cuando Matheus se arrodilló, seguía perdida en escenas terriblemente vergonzosas.

Fue cuando noté la mirada cómplice de Marcia.

—¡Está bien! —gritó. —¡Acepto tu propuesta! Soy toda tuya. —*¿Qué?*, pensé, indignada.

No sé si, vomitaba el asco de las escenas que rondaban en mi cabeza, o si aprovechaba el corto tiempo que nos quedaba para seguir con el plan. Me parece mejor optar por la segunda opción, ya que no tenía de verdad que vomitar.



¿Qué se sabe sobre lo cierto y lo errado? Si la persona eligió, entonces para ella es cierto, ¿correcto? Lo que es errado para unos puede ser cierto para otros. Así pues, analizando bien, lo errado no existe cuando se habla de sí mismo, porque si elegimos, fue porque para nosotros eso es cierto, ¿correcto?

Errado.

Porque muchas veces, elegimos el camino incluso sabiendo que está errado. A veces lo errado parece tan cierto que se vuelve cierto por sí solo. Pero, muchas veces, lo errado es *siempre* errado, y aun así nuestro corazón nos guía hacia eso, lo que convierte a la elección cierta.

Era exactamente de esa forma que Marcia había decidido sacrificarse. Sabía cuan errado era, y, aun así, creyó que era lo correcto de hacer. Y era difícil para mí aceptar tal elección, inclusive sabiendo que tan fiel fue ella hasta el último suspiro.

Al final, lo errado y lo correcto no existen. Y sí, *lo que decidimos en relación a eso y como lidiamos con las consecuencias causadas al final de todo*, es quien realmente define si tu elección es probablemente “correcta” o “errada”.

—Fue... Muy gentil de tu parte. —Dije por fin, cuando recuperamos el aire después de la larga carrera que hicimos. —Te agradezco mucho. —No era necesario agregar que, para mí, era imposible ser feliz sin él. Él no necesitaba sufrir junto conmigo.

—No fue nada. —Murmuró, avergonzado con mi gratitud. Noté que sus ojos rastreaban todo el lugar a nuestro alrededor, para estar seguro de que no habíamos sido seguidos. —¿Tú... estás bien?

—Un poco cansada, la verdad. —Traté de no demostrar mis lágrimas, pero era demasiado tarde. Matheus notó cuando cayeron por sobre mi rostro, trayendo sollozos de desesperación al segundo.

—¿Por qué? —continuaba intentando comprender lo que había sucedido. —No debió haber hecho eso. NO debía. —Comencé a llorar, mientras libraba palabras y sentimientos.

Matheus no dijo nada, apenas me abrazó con más fuerza. Noté que había caído una lágrima de sus ojos, pero la secó rápidamente con el dorso de la mano.

—Estaba dispuesta a ayudarnos, Mari. —Fue solo lo que pude oír de Matheus antes de empezar a rodar en mi cabeza las escenas como de una película. Seguía sin poder creer que la culpa de todo esto era mía...

El plan era bien simple: mientras Marcia distraía al grandulón, Matheus lo derrumbaría con una barra de hierro que supuestamente habíamos escondido sobre algunos destrozos de un automóvil viejo. Y si por casualidad no funcionara, Marcia usaría sus golpes para noquearlo de

una vez.

Pero, cuando comenzó a pasarle las manos en su cuerpo, frotándolas con mucha fuerza a propósito, Marcia no resistió y terminó dándole un golpe certero. Nunca, en toda mi vida —bien loca, asumo— vi a una chica noquear a un sujeto de ese modo. Simplemente aplastó las bolas del sujeto. *Aplastó las bolas del sujeto. ¡APLASTÓ LAS BOLAS DEL SUJETO!*

El pensamiento que se repite como un eco atrasa mi reacción, y solo me doy cuenta de lo que *debía* haber hecho cuando lo veo golpearla justo en el rostro, dejándola completamente desmayada sobre el piso inmundado.

—¿MAAARCIA? —es solo lo que puedo decir mientras seguía las escenas en cámara lenta. Sabía, de muchas maneras diferentes, que estaba haciendo todo equivocado. —*Desgraciado, ASESINO. ¡A-S-E-S-I-N-O!* —grité entre dientes, perdida y por completo furiosa con ese maldito.

Comenzó a quitarle la ropa dejándola casi desnuda, y, enseguidita, tiró del cinturón con un solo movimiento. Bajándose los pantalones mientras trataba de meter *eso* dentro de ella.

Fue cuando noté que las llaves se cayeron del bolsillo del pantalón, a pocos metros de distancia entre él y yo. Y no sé cómo sucedió, pero, cuando al final logré agarrarlas, me jalaban de los cabellos.

—Adonde es que la *princesita* piensa que va, ¿eh? —y me levantó como si fuese una muñeca, mientras miraba de frente *eso* duro justo delante de mí. —Es la hora de la *lechita, bebé*. —Y me apretó las mejillas con bastante fuerza.

Traté de trompearlo, golpearlo, tocarlo, pero era *mucho* más fuerte que yo. Fue cuando oí un ruido parecido a un cilindro golpeando. Y los dos caímos en el suelo.

—Mari, ¿estás bien? —oí la voz de Matheus, y en el mismo instante entendí lo que había sucedido. *Él me salvó*.

—*Matheus*. —Dije, desesperada, mientras lo aplastaba con un abrazo.

—Tenemos que salir de aquí lo más rápido posible, Mari. No permanecerá desmayado por mucho tiempo. —Matheus me besó sobre la frente, antes de que deshiciera nuestro abrazo.

En el segundo siguiente, recuperé las llaves que había dejado caer después de ser jalada de los cabellos, y logramos retirar las cadenas de nuestros tobillos.

Sin embargo, las llaves no destrabaron el candado de la cadena de Marcia. Matheus me miró desesperado, como si me ordenara que salgamos de allí lo más rápido posible.

—No podemos simplemente dejarla aquí. —Imploré, sintiendo que las lágrimas inundaban mis ojos otra vez. —*¿Por favor?*

Decidí darle una mirada al resto de los bolsillos del pantalón de ese matón mientras todavía estaba inconsciente en el suelo, cuando de repente oímos un ruido de un auto siendo estacionado en algún lugar. Obviamente muy cercano al lugar.

—¡Mari, vámonos de aquí! —Matheus susurró alto, espantado. —No hay tiempo de salvarla.

—¡NO! ¡NO! ¡NO! —objeté. —*No me voy sin llevarla*, Matheus.

Fue cuando el maldito grandulón abrió los ojos, dejándome por completo sin reacción. Estaba congelada cuando sentí las manos de Matheus jalarme con fuerza.

—¡Mari, vámonos de aquí! —repitió, ahora con total desesperación.

No sabía que hacer. No quería dejarla ahí, pero sabía que, si me quedaba, terminaríamos muertos y no habría valido la pena el sacrificio hecho por Marcia.

—¡*Mocosos*, miserables! —fue solo lo que pude oír de ese canalla cuando al final pasamos por sobre la enorme puerta oxidada.

No sabíamos adónde diablos nos habían llevado, solo podíamos observar árboles y más

árboles. La única alternativa era correr como si mi vida dependiera de eso. Es que realmente dependía.

No sé con exactitud cuantos kilómetros pudimos recorrer, pero me detuve cuando sentí que mis pies ardían. Estaban demasiado débiles para continuar.

Era imposible no imaginarme todo esto sabiendo que, a esa altura, Marcia estaba siendo abusada sexualmente por ese matón.

—¿Prométeme que, ni bien encontremos ayuda, volveremos a rescatarla? —pedí de garantía, en definitiva, necesitaba ayudarla.

—¡Sí, lo prometo, Mari! —dijo y lo abracé de nuevo.

Intercambiamos algunos comentarios más sobre el clima, que estaba húmedo y la mayor parte de la conversación no pasó de eso. Nos quedamos mirando el territorio en silencio.

Era lindo, claro; no podía negar eso. Todo era verde: los árboles, los troncos cubiertos de musgo, las ramas que colgaban de las copas, la tierra cubierta de helechos. Inclusive el aire se filtraba verde de las hojas.

Era demasiado verde; un planeta alienígena.

Por fin, cuando el llanto cesó, decidimos caminar un poco más. Principalmente porque ya estaba comenzando a oscurecer y necesitábamos encontrar algún abrigo para pasar la noche.

Quería volver, juro que quería salvarla, pero lo errado es *siempre* errado, y aun así nuestro corazón nos guía hacia eso, lo que convierte a la elección correcta. Y la elección correcta en este instante sería continuar.



—¿Matheus? —grité, desesperada. Rápidamente me abordó, un poco sorprendido con el volumen de mi voz. —¡Mira! —y apunté el dedo en dirección a una finca vieja, justo delante nuestro.

—¡Mari, eso es fantástico! —Matheus sonrió con la idea. A fin de cuentas, seguía habiendo un poco de esperanza.

Y yo estaba en sus brazos antes de abrir la boca otra vez y agradecerle a Dios por eso.

¡No! ¡No entendiste bien! Estaba siendo cargada por él.

Mis pies ya no aguantaban más. Sería imposible continuar. Me estaban doliendo *muuuucho*. Lo que ya no era ninguna novedad cuando estás al borde de la muerte y tu única opción es correr disparada, como si estuvieras en un maratón en el cual el “premio” era nada más y nada menos que: tu *propia vida*.

Por ese motivo Matheus aceptó cargarme en sus brazos por un tiempo. Creo que ya era hora de dejarlo respirar de verdad, ¿no es verdad?

—Podemos pedir ayuda. —Sugerí, mientras sentía por milésima vez a mi estómago roncar.

Matheus se quedó callado por un instante antes de ponerme en el suelo otra vez.

—¿Habrás... hay alguien ahí dentro? —parecía preocupado.

—Debe haber. —Respondí de inmediato. —Pero, por precaución, ¿vamos allá a ver?

Dije eso y empecé a caminar con más velocidad que lo normal en dirección al lugar, porque, ya no aguantaba más de tanta hambre. No obstante, Matheus no me siguió. Solo continuó parado detrás de mí.

—¿Vienes o no? —pregunté.

Matheus puso una cara fea antes de responder:

—¿Y si el propietario fuera uno de los secuestradores, Mari? Al final, ese cautiverio no está tan distante, ¿no te parece? —y me enfrentó, con dudas.

Por el momento no había pensado en eso, pues, en lo único en que podía pensar era: *comer* (además de *huir*, claro).

¿Y si fuera verdad? ¿Y si tuviera razón?

—Solo lo sabremos si probamos. —De verdad necesitaba comer algo y traté de enfocarme en eso, al revés de producir solo pensamientos negativos. —Ante la duda, podemos verificar de cerca si hay alguien o no en casa, antes de empezar a pedir ayuda en voz alta. ¿Qué te parece?

—Está bien, pero, *yo voy al frente*. —Y me miró, como si pidiera mi permiso.

No dije nada. Apenas asentí con la cabeza.

Y aún tenía muchas ganas de llorar, créeme, pero, obviamente, eso me dejaría aún más deshidratada. Que bien por mí. Después del largo trayecto que recorrimos a pie, juraba que era un “milagro” que *todavía* estaba *caminando*.

Caminamos con cuidado y sin hacer mucho ruido, *lógico*, mirando siempre hacia los lados. No sería nada malo verificar de vez en cuando, ¿cierto?

—Parece que no hay nadie. —Susurré.

—Voy a darle una mirada a los fondos primero. —E hizo señas con las manos de que lo esperara.

Hice exactamente lo que él me mandó, mientras interpretaba mi lindo papel de espía. Era mi deber quedarme con los ojos abiertos y por cualquier movimiento sospechoso, en definitiva, no estábamos convencidos si estábamos en un territorio seguro o no.

Cuando de repente, vi el pomo de la puerta moverse justo delante mío. OH. MY. GOD. *¿Y ahora?*

Mariana, Mariana, ¿por qué no le pediste a Marcia que te mostrara algunos trucos de Karate, antes de que todo esto suceda?

Quería gritarle a Matheus, quería notificarlo de que estábamos totalmente equivocados a respecto de nuestra estúpida teoría de que no había nadie allí, cuando por fin, la puerta... *Se abrió*.

—No hay nadie... —Matheus no susurró y, obviamente, no lo dejé que terminara la frase, porque, cuando me di cuenta, ya lo había golpeado justo en medio de la nariz. Las escenas de Marcia golpeando a ese mocoso hoy a la mañana permanecían en mi memoria y eso me fortaleció un poco.

—*¡Tú... hijo de una arpía gorda miserable!* —grité exasperada, y paré, antes de iniciar una sesión de insultos obscenos. *¿Qué cree que está haciendo?*, respiré hondo y dije. —...Estás tratando de matarme también, ¿eh? —y lo golpeé despacio en el hombro.

—*¿Oye?* —grité, haciendo un drama por mi supuesto movimiento de defensa mientras dejaba caer algo al suelo. Creo que dolió un poco, o sea: *punto para mí*. —Discúlpame por haberte asustado, Mari, pero... esa no era mi intención, ¿está bien?

—Ya es tarde. —Objeté, un poco furiosa la verdad.

Pero, seguida por el impulso, y sin el mínimo de control sobre mí, lo abracé. Era como si fuese una obligación mía protegerlo. *Incluso de mí*, si fuese necesario.

—Como estaba diciendo, antes de ser supuestamente atacado, está todo limpio. No hay nadie allá atrás. —Y me abrazó de vuelta.

Eso era *bueeeeno*.

Matheus, hijo de una arpía gorda, ¿cómo logras hacer que cada abrazo tuyo, se vuelva incluso más delicioso y acogedor?

¡Pucha! ¿Qué estoy hablando?

Sin embargo, mi estómago comenzó a roncar otra vez, y eso no era *nada* bueno.

—Alguien aquí necesita alimentarse con urgencia. —Y sonrió con su propio comentario.

Y seguía teniendo ganas de golpearlo un poco más, créeme, pero...

—Creo que necesito *urgentemente* comer algo, ¿no es verdad? —respondí, deshaciendo el abrazo. Fue cuando aplasté con los pies algún tipo de embalaje plástico.

—Tomé eso para ti en la cocina. —Lo oí decir antes de verlo agacharse y tomar el paquete de snacks (o lo que había sobrado), entregándomelo enseguida. —Creo que aún se puede aprovechar el resto.

No lo pensé dos veces, antes de agarrar el paquetito. Matheus sonrió con mi gesto animal.

—Creo que alguien aquí se ganó la lotería, ¿no es verdad?

—Chistoso. —No me reí con su comentario, y de inmediato le ofrecí. Al final, él de igual modo debía de tener hambre. Y, mientras me abastecía literalmente, comencé a observar el lugar.

Había muchos cuadros colgados en las paredes. La mayoría eran retratos antiguos. Uno a propósito, logró robar mi atención.

—¡NO PUEDE SER! —grité, a la vez que los recuerdos surgían haciendo un colapso en mi cerebro.

—¿Qué sucedió, Mari? —Matheus parecía confundido con mi estallido. —¿Qué no puede ser?

—¿No reconoces ese lugar en la foto? —e hice un círculo invisible con el dedo sobre la imagen.

—¡No puede ser, Mari! —finalmente Matheus se había acordado. —No puede ser que sea...

—El patio de nuestro antiguo colegio. El mismo en donde sucedió la coronación de nuestro Baile.

—El mismo en que fuiste víctima de un...

“*Balde de grasa*” —dijimos al unísono. Y rápidamente me acordé de ese maldito incidente. Pero, en el retrato, el patio estaba un poco diferente de lo que acostumbraba ser.

—Mira esa fecha, Mari. —Matheus me mostró los números pequeños bien abajo, del lado derecho de la imagen. —Esa foto fue sacada en 1975.

—Eso quiere decir que: los propietarios de este lugar ya frecuentaron nuestro colegio. ¿Cómo es eso posible? —me oí decir, confundida. —No sabía que el colegio era así tan antiguo... —Dejé de hablar cuando observé otro retrato. —Oye, todos fueron sacados en el mismo lugar.

—Son recuerdos de los...

“*Bailes*” —unimos nuestra voz otra vez.

—Y mira este aquí. —Matheus parecía incrédulo con el retrato a continuación. —Esa no es... ¿tú? —me encaró, completamente sorprendido.

Pasé un buen rato admirando el retrato, en el cual, yo, obviamente, había recién recibido un baño de grasa. Y, por lo que consigo recordar, esa foto fue sacada segundos después de lo ocurrido, y...

—AY. MÍ. DIOS. —grité, totalmente perpleja con lo que mis ojos lograban ver. —Esa es... *Leticia Gomes*. —Mi dedo se deslizó por sobre el lugar dónde se destacaba en la imagen.

Sujetaba mi corona de Reina del Baile en las manos. *Ninguna novedad, obvio*. Pero, al verla toda sonriente en esa imagen, todo tuvo sentido...

—¡NO ES POSIBLE! —me exalté mientras pestañeaba tres veces seguidas. Quería certificarme de que no estaba soñando. —Matheus, ese aquí no es...

—...El muchacho que robó tu celular. —Matheus lo reconoció igualmente, ni bien deslicé el dedo sobre la antigua imagen de Lucio. La única diferencia es que, en esa época, no tenía tantos músculos.

Y para convertir esa situación en una catástrofe inclusive mayor, *lógico*, encima sujetaba una corona. Esta vez la de Rey, *claro*.

Pasé a mirar la nada, mientras finalizaba las últimas piezas de este rompecabezas. Quería estar equivocada respecto a esto, pero, era imposible que no sea verdad.

Fue cuando oímos un ruido en el piso de arriba. Un ruido al cual reconocería incluso en MARTE.

—Está sonando PARAMORE. —Matheus parecía sorprendido al reconocer la voz de *Hayley*.

El sonido estaba ahogado y muy bajo a propósito, pero eso no nos impidió oír perfectamente la pista “*That's What You Get*”.

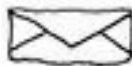
—¡MI CELULAR! —grité de alegría. —Ese es el “*tono de llamada*” que le había puesto. —

No sé cómo eso era posible, pero, mi aparato estaba en algún ambiente de esta casa. —Tengo que atender. Puede ser mi madre. —Y salí disparada en dirección a la escalera.

—¿Mari? —Matheus gritó, tratando de sujetarme de los brazos, pero era demasiado tarde. Ya estaba en el séptimo escalón, subiendo *con desesperación* y *rezando* para poder llegar antes de que la llamada se caiga.



19



De: Eloísa Prado <eloelo@gmail.com >

Para: Christina Carey
<ChrisCarey@outlook.com >

Enviado: 11 de marzo, 17:15

Asunto: ¡MARIANAAA!

Hey, ¿Mari ya volvió?

Es que necesito su ayudita con qué vestir. Usted sabe cómo a nosotras las mujeres nos gusta vestarnos bien, ¿no es verdad?



De: Christina Carey

<ChrisCarey@outlook.com >

Para: Eloísa Prado <eloelo@gmail.com >

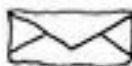
Enviado: 11 de marzo, 17:17

Asunto: RE: ¡MARIANAAA!

Pensé que estaba contigo, a fin de cuentas, ¿no es exactamente hoy el día en que cumples un año más de vida?

Creí que estaba ahí contigo, haciéndote compañía, o, que se yo, ayudándote con los preparativos de tu fiesta.

A propósito, no podré asistir, así que... ¡¡¡Mis felicitaciones, querida!!!



De: Eloísa Prado <eloelo@gmail.com >

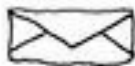
Para: Christina Carey
<ChrisCarey@outlook.com >

Enviado: 11 de marzo, 17:20

Asunto: RE: RE: ¡MARIANAAA!

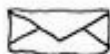
Disculpe que le diga (escriba) esto, pero, Mari no me responde desde ayer a la tarde. Y si usted quiere saber lo que creo, entonces le diré (escribiré): Creo que lo correcto es hacer la denuncia. Digo... buscar ayuda de personas especializadas en esta área.

En otras palabras: Comunicarle a la policía su desaparición. Eso es lo que quiero decir.



De: Christina Carey
<ChrisCarey@outlook.com >
Para: Eloísa Prado (eloelo@gmail.com)
Enviado: 11 de marzo, 17:25
Asunto: RE: RE: RE: ¡MARIANAAA!

Mira, no creo que sea necesario exagerar tanto respecto a esto, pero, pensaré en el asunto en caso de que no aparezca por aquí a las 18:00 de hoy. Al final, necesita arreglarse para ir a tu fiesta, ¿no es verdad?



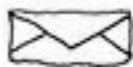
De: Eloísa Prado <eloelo@gmail.com >
Para: Christina Carey
<ChrisCarey@outlook.com >
Enviado: 11 de marzo, 17:27
Asunto: S.O.S

Según este sitio web, una empleada, de aproximadamente 17-18 años desapareció en pleno horario laboral, y, a la luz del sol.

“Según una chiquita de 9 años, la joven era cargada por un policía. El hecho es que, esa chica jamás hizo algo gravemente importante, ni siquiera había registros de la policía que resultaran en tal acto agresivo”.

Copie esta parte de la nota que podrá leer más detallada si prefiere.

El link es este aquí: [Http://www.desaparecidos.com.br/curiosidades](http://www.desaparecidos.com.br/curiosidades)



De: Christina Carey
<ChrisCarey@outlook.com >
Para: Eloísa Prado <eloelo@gmail.com >
Enviado: 11 de marzo, 17:32
Asunto: RE: S.O.S

¡Hola, querida!

No entendí el “motivo real” de este otro e-mail que me mandaste, pero al leer la nota completa, empecé a desconfiar de una cosa.

No puedo decir por ahora si es mentira, o si es apenas una historia inventada por esa niña (que súper considero falso, porque, ¿quién sería cargada por un policía así a plena luz del día?).

Sin embargo, quizá esa joven sea una ladrona más de la sociedad, o algo por el estilo.

Seguro que el policía quiere que pague los errores cometidos, porque... qué hay con las adolescentes que se meten en “líos” (según el vocabulario de ustedes), no hay como no dudar de eso.

No creo que mi hijita esté involucrada en esto. Pero, gracias por la preocupación.



De: Eloísa Prado <eloelo@gmail.com >

Para: Christina Carey
<ChrisCarey@outlook.com >

Enviado: 11 de marzo, 17:35

Asunto: RE: RE: S.O.S

Bueno, puede inclusive ser verdad. Pero creo que usted no entendió. Según el relato, este mismo policía abordó a dos jóvenes antes de este suceso. Y, por la descripción detallada, creo que Mari puede ser una de ellos. Y espero estar totalmente equivocada respecto a esto.

Sin querer profundizar en el tema, pero... soñé con Mari siendo GOLPEADA.



—¡Lo encontré! —dije, casi en un grito.

Después de revolver todos los ambientes del segundo piso, juraba que en cualquier segundito la llamada podría cortarse y, sea quien estuviera llamándome, desistiera de intentarme llamar otra vez. Pero, al final lo había encontrado.

No lo pensé dos veces, arrastré el dedo por la pantalla de mi aparato celular y atendí en la, tal vez, décimo quinta llamada.

—Isla... ¿Tuya?... Porque no... —la llamada era una basura, pero eso no me impidió reconocer la voz del otro lado de la línea.

—No estoy pudiendo entender *nada* de lo que hablas, *ma*, creo que la señal está mal. —Dije eso mientras miraba a Matheus, justo frente a mí.

No obstante, antes de que de verdad pudiera decirle siquiera una palabra más, el maldito aparato se descargó.

Me quedé sin saber que hacer, y, cuando volví a encender el aparato celular, descubrí que el traidor estaba totalmente sin carga, pues, se apagó de nuevo en el segundo siguiente.

—Necesitamos *encontrar* un cargador lo más rápido posible, Matheus. —Grité con desesperación. Era tan bueno oír esa voz otra vez. *De mi madre*. Y, cuando me di cuenta, ya tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Calma, Mari! —me abrazó con fuerza. —Sí, vamos a *encontrar* un cargador.

Así pues, lo sentí otra vez. Esa sensación extraña que venía sintiendo desde que me desperté en ese cautiverio inmundado.

Esas ganas inmensas de tenerlo para siempre a mi lado. No sé dónde tenía la cabeza (o tal vez lo sabía), pero en los últimos minutos, solo quería quedarme allí, abrazada a *él*. Y apenas *eso*.

—¿Sabes ese minuto en que te sientes un personaje de una película? —y pasé a mirar a la nada, mientras recordaba los mejores tiempos que pasé a su lado.

—¿Eh? —Matheus pareció no haberme comprendido.

—Olvídate. —Respondí por fin, y decidí volver a la realidad.

—Cuéntame. *Cuéntame*. CUÉNTAME. —Sujetó mi mano, bastante curioso, mientras parecía tener la misma edad de un niño. —Sea lo que sea, necesito saber. *Por favor*...

No sé por dónde comenzar, entonces recorro a la música. Así como yo, Matheus era un apasionado por cualquier tipo de música, lo que nos acercó incluso más.

—¿Conoces “*Empty Handed*”?

—¿*Empty Handed*? —levantó las cejas, en duda. —¿De qué cantor?

—¿No es “cantor”, es *cantora*! —y dejó escapar una media sonrisa. —¿De *Lea Michele*?

—Creo que sí. Me encantaba verla interpretando a Rachel en *Glee*.

—Cómo no amar a Rachel. —No era una pregunta. —Era increíble. —No sé cómo, pero estaba sonriendo con los ojos.

—Pero aún no oí todas las pistas de su EP. —En ese momento le puse cara fea, como si preguntara mentalmente “¿cómo que todavía no escuchaste todas las pistas de su EP?” Sonrió y entonces continuó. —¿Sabes una cosa? Extraño ese tiempo. Miré todos los capítulos de las dos primeras temporadas. —Y al finalizar, me sonrojé al sentir su mirada totalmente fija en mí. Como si fuese la caza, y él el *predador*.

Sentí eso al recordar asimismo esa época. Apenas habíamos descubierto la existencia de la serie *Glee*, y ya habíamos visto más de la mitad de la primera temporada con nuestra imprevisible maratón. Me acuerdo con claridad que eso sucedió una noche *antes* del baile. Nos gustaba cualquier película: romance, terror, fantasía. Principalmente los *musicales*, que eran nuestros predilectos.

Fue así que me apegué inclusive más a Matheus, porque, a diferencia de todos los otros chicos que había conocido, él era el *único* que apreciaba el mismo gusto por la música como yo.

Sin peros.

Sin criticar.

Sin quejarse.

Pasábamos buena parte del tiempo escuchando canciones. Y *cantándolas* también. Esa era la *mejor* parte.

—“Si me cayera dentro de ti, ¿sería lo suficiente cerca?” —dijo cantando (*en inglés*), antes de abordarme con seriedad.

Me quedé un rato callada, tratando de digerir tales palabras y lo que realmente querían decirme. Fue cuando me di cuenta que era un trecho de la canción *Empty Handed*, la que recién había mencionado. Hacía tiempo que no lo veía cantar así de entusiasmado y entonces...

—“Si finalmente te dejara entrar, ¿me mostrarías lo que es el amor?” —respondí (*cantando igualmente*) en inglés, siguiendo la secuencia de la letra de la canción.

Dejó de cantar por un tiempo, y después me abrazó antes de abrir la boca y decir (esta vez sin cantar):

—Sé que no es la situación correcta para esto, pero... Ni se bien lo que estoy sintiendo en este instante, solo sé que es fuerte. Muy fuerte, a propósito. Y no quiero asustarte, pero... —Susurró en mi oído. —...Nunca vi a una chica que, aún después de todo lo que pasamos, por más peligroso y sombrío que haya sido, logre mantener ese brillo resplandeciente en la mirada.

Dejé de respirar en ese instante. ¡Lo juro!

¿A fin de cuentas, qué piensa que está haciendo?

Dejándome sin aire, *claro*, ¡solo podría ser eso! En definitiva, lo había conseguido. Y yo probablemente no sabía cómo reaccionar en ese segundo un tanto imprevisible, por así decir, pero respondí:

—No me estás asustando, Matheus. —O al menos fingía que no, porque me sentía por completo perdida en el mismo instante en que me tomó de sorpresa con sus iris incandescentes.

Giré el rostro levemente, hasta que mi nariz encontró la punta de la suya. Nuestras miradas se atraparon, y había tanto calor en sus ojos que sentí como si estuviese derriéndome.

—Bésame enseguida, Matheus —susurré.

—Mari —gimió y entonces me besó.

En la boca.

Con lengua.

Tan pronto como sus labios finalmente me tocaron, agresivos y suaves, una explosión de colores, luces y calor me inundó. Sentí como si de verdad flotara, y lo único que me mantenía presa al suelo eran sus brazos a mi alrededor. No estaba esperando ese tipo de *beso*. Quiero decir, *estaba*.

Terminé flotando en pensamiento, y eso hizo que mi celular, que estaba en mis manos, cayera sobre el suelo. Y por supuesto Matheus se asustó con el ruido, porque, en el segundo siguiente el tris mágico cesó.

—No debí haberlo hecho —murmuró Matheus.

—Debiste —objeté, aún sin aire. —Debiste sí.

—No, Mari. No debía. No puedo aprovecharme de ti de ese modo. Estás frágil y carente, y yo... —Sacudió la cabeza, atormentado. —Discúlpame. Eres linda y actué sin pensar.

—Me encantó verte actuando sin pensar. La verdad, siempre actúo así. —Lo que ciertamente era verdad. —Al final, ¿no fue tan malo, fue? —Y antes de que Matheus me respondiera, oí un ruido que venía del piso de abajo.

—¿Oíste eso? —me miró de frente, frustrado y, al mismo tiempo, con miedo. Mucho miedo, la verdad.

No hubo tiempo de responder. El miedo, lo mismo, comenzó a dominar cada centímetro de mi cuerpo. Impidiéndome de pensar o tramar algún plan de fuga que estábamos necesitados en ese punto.

Quería gritar, pero sería idiota si hiciera eso. Entonces, cuando vi a Matheus gesticulando los brazos en un intento de tratar de decirme que me escondiera debajo de la cama sin abrir la boca, no lo pensé dos veces antes de meterme ahí abajo.

Matheus se había escondido dentro de un guardarropa, que estaba un poco roto es verdad, pero que era enorme. Perfecto para un escondite.

Y encima había logrado verlo cerrar una de las puertitas del guardarropa antes que un par de botas oscuras entraran en la habitación. Esa era la única visión que lograba tener por el momento.



Nunca estuve tan aterrada en toda mi vida.

Corría tanto y tan deprisa, que mi respiración llegaba a arañar la garganta. Ni se por cuánto tiempo estaba corriendo. Con cada paso que daba, sentía punzadas terribles en las piernas. Pero no podía parar. Ni me atrevería.

Estaba oscuro, pero no quería ver. Tampoco quería oír, pero no podía evitarlo.

Me negué a oír.

Mejor así.

Seguía corriendo.

Un rostro surgió de repente en medio de la oscuridad, bloqueando mi camino. *Era él. Tenía que ser él.* O entonces, estaba oficialmente *jodida* de una vez.

En el minuto en que me escondí debajo de esa cama, un poco incómoda la verdad, sentí que en pocos minutos tendría un ataque cardíaco. Ya que, los latidos de mi corazón eran tan rápidos (y tan fuertes), que, quien estuviera cerca, sería capaz de oírlos.

Y, mientras el dueño de esas botas de cuero oscuro caminaba por la habitación, trataba de no respirar en ningún segundo. Pues, *esa*, era la única manera que tenía para permanecer en total silencio. Y es claro que no me *atrevería*.

Por lo menos, no hasta haber visto al maldito aparato destrozado en el suelo.

—Podría jurar que alguien estaba conversando por aquí. —La voz ronca hizo eco en la habitación, dándome pequeños escalofríos.

Aún pudo dar algunos pasos antes de que mi cerebro empezara a funcionar de verdad y reconociera ese timbre. Solo podría ser...

“¡Sí, era él!” pensé, todavía más confiada que nunca, “el mismo canalla que había intentado abusarme”.

Los pasos cesaron enfrente de la cama donde estaba “escondida” debajo, obviamente vio mi aparato celular sobre el suelo y... *¡Oh, Dios!*

Mi corazón parecía una bomba nuclear, a punto de explotar en cualquier santiamén cuando esas manos enormes y gruesas, tocaran el piso frío al lado de la cama.

Estaba lista para gritar.

Lista para el ataque (y también para el síncope).

No obstante, antes de que pudiera ver el rostro del “secuestrador”, oí una de las puertas del guardarropa (donde estaba Matheus) abrirse con fuerza. Y eso probablemente terminó llamando su atención, que, en menos de segundos, ya se encontraba de pie otra vez.

Matheus, hijo de una arpa gorda, ¿qué piensas que estás haciendo?

“¡Salvándote!”, mi subconsciente automáticamente me devolvió la respuesta a mi propia pregunta. Era obvio que estaba “salvándome” por tercera vez, pero... “¿Quién lo salvaría?” Fue entonces que empecé a pensar en todas las posibilidades negativas de esta historia.

¿De que serviría, si, por las dudas, sobreviviera a todo esto y él no? ¿Qué sería de mí sin él cerca, para protegerme cuantas veces lo necesitara? ¿Qué sería de nuestro futuro “nosotros” de ahora en adelante?

En medio de ese amontonamiento de preguntas, estaba segura solo de una cosa: *lo amaba*. Digo eso no porque me haya salvado dos veces, o mucho menos por sacrificarse (como recién hizo en este segundo exacto).

Siempre lo amé, la verdad. Solo que no quería aceptarlo con facilidad, quizás por miedo o por no ser correspondida de la misma forma, pero... después de ese beso, algo instantáneamente hizo que me despertara de una vez por todas. Y en este minuto estoy convencida de que ese amor es recíproco y real.

Por eso, cuando vi que el secuestrador lo agarraría rápidamente ni bien Matheus había salido de dentro del guardarropa, no lo pensé dos veces y yo misma lo agarré. Digo, no a Matheus, sino, al *secuestrador*. Sujetándolo en una de las piernas con todas mis fuerzas, haciendo que el tal gigantón cayera derecho en el suelo.

No estaba tratando de ser una “Heroína”, o algo por el estilo, de ninguna manera. Apenas, estaba tratando de hacer lo correcto esta vez. O sea, *protegerlo* de la misma forma en que él me protegía. Apenas eso.

Y logramos salir de allí, ya que la cama estaba justo en el medio de la habitación y Matheus rápidamente había derrumbado una de las partes enteras del guardarropa (que era muy grande a propósito) encima del secuestrador. Eso me dejó con la boca abierta, pues, jamás imaginé que tan fuerte podría ser Matheus. Fue entonces que empecé a observarlo con más atención.

Me refiero a su estructura física, *lógico*.

En el mismo segundo, le lancé una mirada cuestionadora, como si le preguntara mentalmente “¿adónde conseguiste toda esa fuerza?” ... y él me miró de vuelta, como si respondiera “*A la hora del miedo somos capaces de todo*”. No necesariamente de esa manera, pero fue lo que pude interpretar entonces.

Y, mientras me arrastraba para salir debajo de esa cama, noté que Matheus había retirado la llave de la puerta y estaba recolocándola en el segundo siguiente del lado de afuera, cerrándola, tan pronto como logramos salir de la habitación.

Todo sucedió muy rápido, como si en ese tris hubiésemos adquirido el mismo poder del personaje *Flash*.

—¡CORRE, MARI! —gritó, mientras yo saltaba los escalones de la escalera de tres en tres.
—Ahorita estaré atrás de ti.

Y en este instante, estaba allí, corriendo como una loca sin dirección.

En lo oscuro.

Y... *Sola*.

Por lo menos, era esto que *creía*, hasta haberme tropezado con alguien por quien rezaba que hubiese sido Matheus, ya que sus últimas palabras entonces fueron: “*Ahorita estaré atrás de ti*”.

Sin embargo, estaba *equivocada*.

El cuerpo que había visto (y chocado), no era quien yo realmente esperaba que fuera, y sí...

—¿Marcia? ¿Eres tú? —dije, perpleja con lo que mis ojos veían.



Matheus.

Mi corazón latía a mil. Cuando le pedí a Mari que corriera disparada, no estaban tan cierto de si realmente “*estaría justo detrás de ella*” como había prometido, simplemente para consolarla a respecto de todo esto.

Solo quería *protegerla*.

Ese era mi deber.

Sentí a mis piernas aflojarse en el momentito en que la vi girando de espaldas a mí y saltando con desesperación los peldaños de la escalera. *Ella es increíble*. Y en ese tiempo, estuve convencido de una cosa: La *amaba* enloquecidamente. Y, tal vez, por haber tenido toda esa confianza en el mundo, es que, independiente de lo que pudiera sucederme en el segundito siguiente, estaba feliz de saber que ella estaría a salvo.

O no me llamaría Matheus Figueiredo de Albuquerque. *¡De eso estaba seguro!*

Como decía un libro que leí una vez: “*Todos los jóvenes se preocupan por las cosas: es parte natural e inevitable de crecer*”. Y, a esa altura, mi mayor preocupación en la vida era la de nunca más alcanzar nada tan bueno, tan noble o verdadero como el amor que sentía por Mariana Carey. Ella es de hecho la persona más noble que ya conocí, y, aun así, necesito alejarme de ella para protegerla.

Oí un estruendo, como si algo grande o pesado colisionara con el suelo. Sentí un pequeño terremoto —ya que la casa había sido construida totalmente con madera— balancear mis pies, y entonces percibí lo que estaba a punto de suceder.

La puerta.

Él intentaba derrumbarla a la fuerza.

Yo sabía que en cuestión de minutos se rompería con tanto peso sobre ella, ya que, por la estructura vieja de madera, no soportaría por tanto tiempo.

Solo tuve tiempo de girar de frente a la escalera cuando oí el estruendo que la puerta hizo al caer en el suelo. *¡Era demasiado tarde!*

Estaba corriendo en dirección a la escalera cuando, de repente, sentí un golpe fuerte en la cabeza, haciendo que me tropezara con mis propias piernas sobre la escalera. Y, cuando me di cuenta, ya estaba “bajando” demasiado rápido.

Sentir que estás *cayendo* es algo aterrador. Es como si estuvieses creando un castillo de naipes y se cayera gracias a un pequeño error tuyo. Y mi error, fue haberme quedado tanto tiempo

allí.

Cuando al final terminó, sentí todo mi cuerpo dolerme con los golpes que cada peldaño me proporcionó y, después de eso, no vi más nada. El dolor era incesante y, en menos de segundos, ya no podía respirar bien.

Fallé.



Mariana

—¿Cómo lo lograste? —dije, aún perpleja con lo que mis ojos veían. Porque, en el momento en que divisé a Marcia sobre la oscuridad permanente, pensé que ya estaba empezando a ponerme chiflada. Y quizá eso explique el *por qué* me haya desmayado al segundo siguiente.

Cuando volví a abrir los ojos de nuevo, ahí estaba ella otra vez encarándome. Y entonces supe que no estaba poniéndome loca, ni nada parecido, simplemente ella lo había *logrado*.

—Fue más fácil de lo que pensé que sería, Mari. —Al fin respondió, totalmente aliviada.

Sabía que algo le había sucedido a Matheus en ese punto y, por eso, optamos por el *plan B* de nuestro arriesgado *plan de fuga* esta vez, ya que ahora sería solo ella y yo en el comando por entonces. Sin embargo, continuaba queriendo saber *cómo ella realmente había logrado escapar de ese lugar*. Por eso, preguntaba con insistencia sobre eso, principalmente después de todo lo que sucedió.

—Cuando desperté de ese golpe que aquel gigantón me dio, noté que estaba totalmente sola en ese lugar. No tenía absolutamente ningún alma viva a no ser *la mía*, gracias a Dios. —Unió las dos manos sobre el pecho (como si fuese a rezar) en forma de agradecimiento. —Y la bendita puerta oxidada permanecía abierta. Y eso no fue lo mejor, Mari, no sabes cuan aliviada estuve al mirar al suelo y encontrar todas esas llaves allí delante de mí. Mi corazón incluso dejó de latir descompensado. —Vi que había sonreído, pero, yo todavía no podía imaginarme eso y poder sonreír también. —De entrada, ninguna de esas malditas llaves destrababa el candado que me ataba a esa cadena, y eso por supuesto me dejó muy preocupada ya que, en cualquier segundo, podrían volver y quizás esa fuese mi única chance. Y, aún más, no sabía si ustedes habían logrado huir o no, así que... —Sus ojos parecían haberse teletransportado a otra dimensión. En seguidita imaginé que estaba reviviendo todo eso. —...Imagínate lo desesperante que fue ese tiempo. —Ya lo estaba imaginando, *obvio*. —Menos mal que pude encontrar la bendita llave debajo de la tabla que me estaba lastimando.

Fue entonces que me toqué.

En el minuto en que el maldito me agarró de los cabellos, levantándome como si fuese una Barbie, debí saber que una de las llaves se había soltado o escurrido (que se yo), y por eso no la encontraba como debía. ¿*O habría sido en ese segundo en que Matheus lo atacó por atrás?!*

¡Ah, pucha!

Recordar eso evidentemente hizo que tuviera otras mil dudas que continuaban rondando en mi

cabeza, y, gracias a eso, todo empezó a tener sentido.

—¡ESPERA! —dije, como si realmente empezara a entender todo eso. —...Entonces quieres decir que...

—¡Nuestro plan *funcionó*, Mari! —me guiñó el ojo y, rápido, me abrazó entrelazando (un poco demasiado *fuerte*, por así decirlo) sus fuertes brazos entre mi cintura.

—¡*Oye, Marcia, calma!* —traté de hacer que notara de una vez por todas que terminaría sofocándome si seguía apretándome de ese modo, cuando, de repente, la escuché *cantar*:

*“If I die young bury me in satin
Lay me down on a bed of roses
Sink me in the river at dawn
Send me away with the words of a love song”*

Reconocería esa *letra* en cualquier lugar. “*If I Die Young*” es una de mis canciones predilectas de la banda *The Band Perry*. *Y sabía la traducción a la perfección*:

*“Si muero joven, entiérrenme en satén
Acuéstenme en un mar de rosas
Húndanme en el río de madrugada
Déjenme ir con las palabras de una canción de amor”.*

—“El cuchillo afilado de una vida corta, bueno... tuve apenas el tiempo suficiente”. —Dice Marcia esta vez sin cantar, comenzando a sollozar. —Si muero joven, quiero que hagan exactamente lo que está descrito en esa canción.

—¿*Eh?* —dije en medio de un susurro, en el segundo en que noté con los ojos llenos de lágrimas. —*Esa no es la Marcia que conozco, ¿sabías?* —fue solo decir eso, para que empezara a responder con dificultades:

—A veces... —dijo, en medio de sollozos que aparecieron. —...Necesitamos sacar afuera, —y más sollozos la interrumpieron —...Todo aquello que nos sujeta al miedo. —Y fue entonces que, por primera vez en la vida, la vi llorar.

En esa circunstancia la abracé con más fuerza, antes de canturrear el estribillo de la canción:

*“Un centavo por mis pensamientos, oh no, voy
a venderlos por un dólar...”*

Y entonces, Marcia me acompañó:

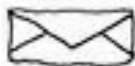
*Valdrán mucho más cuando sea un caso perdido
Y tal vez entonces oigas las palabras que canté
Es curioso, cuando se está muerto la gente empieza a oír”*

Cuando la canción al fin terminó, sonreímos a la nada. Eso la calmó un poco.

Me guiña el ojo. Entiendo eso como un adiós y buena suerte, entonces le guiño de vuelta con los dos ojos; lo que significa “*buena suerte en dosis doble para ti, Marcia*”, lo que creo que entiende, ya que gruñe y comienza a caminar en disparada. Haciendo exactamente lo que habíamos arreglado.



24



De: Eloísa Prado (eloelo@gmail.com)

Para: Nathalie Ferraz
< natnatferraz@gmail.com)

Dudu

<DuduEdu@hotmail.com>),

Lorena

<Lorenagata2000@gmail.com>),

Fabio

<Fabinhobinho@outlook.com>),

Sá

<Sabrinabriina@gmail.com>),

Felipe

<Felipeunicogato@hotmail.com>),

Enviado: 11 de marzo, 16:15

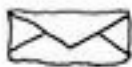
Asunto: CANCELACIÓN

Hola, gente, una vez más estoy escribiendo por este e-mail colectivo para comunicar la CANCELACIÓN de mi fiesta de cumpleaños. *¡No, no leyeron mal!* De verdad estoy cancelando mi fiesta justamente por motivos mayores. O sea, la desaparición de Mariana. Porque TODAVÍA no me dio ninguna señal de vida y, por lo que me enteré, Marcia también desapareció.

Sé esto porque Felipe me pasó la dirección donde ella trabaja y los habitantes de ahí confirmaron lo que ya sospechaba.

Disculpen por estar cancelando/desinvitando a todos, pero algo tiene que hacerse. Y creo intensamente que Mari fue secuestrada. A título de mejor amiga, no quiero hacer una fiesta mientras ella está por ahí, quizás, pasando inclusive hambre, o que se yo qué.

P.D.: ¡¡¡El tema es en serio, gente!!!



De: Dudu <DuduEdu@hotmail.com>),

Para: Eloísa Prado < eloelo@gmail.com >

P.D.: Si tú asimismo quisieras, solo dímelo.



De: Eloísa Prado (*eloelo@gmail.com*)

Para: Sá

<Sabrinabriina@gmail.com>

Enviado: 11 de marzo, 17:43

Asunto: RE: RE: CANCELACIÓN

Gracias amiga.

Despreocúpate. Sé que puedo contar contigo siempre.

Cualquier cosa te aviso, sí.

P.D.: Sinceramente, ¡no sé qué le viste a Fabio! El mismo tipito que Lorena, un completo IDIOTA depravado, ¿sabías?



—Vamos a resolver esto de una vez por todas. —Marcia estaba súper *confiada*.

Pero *yo*, por otro lado, aún permanecía con *miedo* (obvio) sólo de recordar esas venas enormes que pulsaban sobre el brazo del matón que, por mera *consecuencia* de este plan nuestro, nos está observando en este exacto momentito.

Cuando decidimos terminar con esto sabía que, la única manera de darle *fin* a toda esta pesadilla, era confrontando a ese gigantón *cara a cara*. Y Marcia estaba consciente de este punto (*sí, perdimos la cordura general, ya sé*). Sin embargo, todo esto es por un motivo mucho mayor, o sea... *él: Matheus Figueiredo*.

Mi Matheus Figueiredo.

Mi situación ya no estaba tan bien, por así decir, al punto de querer aislarme perdida en medo de este bosque sin *él*. Por esa razón es que decidimos seguir adelante. Estábamos siguiendo nuestro curso, desviándonos de todos los senderos posibles para llegar a nuestro destino final lo más rápido que pudiésemos. O sea: si nos quería, nos tendría.

Es como siempre digo: quien sueña demasiado, un día respirará ese sueño. Esa era la idea sobre la cual usaríamos como cebo perfecto para finalmente poner nuestro *Plan B* en acción. Es ahora, o *nunca*.

Ya estoy de verdad con la cuerda en el cuello.

Y, si paras a pensar, vas a ver que ya pasamos por cosas peores hasta aquí, entonces, *¿qué más puede suceder así tan malo?*

—*¡Qué sea!* — después de la exclamación, el matón contrario a la ley sacó su arma eléctrica y avanzó en dirección a nosotros.

Exactamente en ese instante, todo se *congeló* delante de mí.

* * *



¡CURIOSO CASO INVOLUCRANDO SECUESTRO EN LA CIUDAD TERMINA EN MUERTE (¿Y FINAL FELIZ?)!

Las víctimas se vuelven “asesinas” y matan al propio secuestrador.

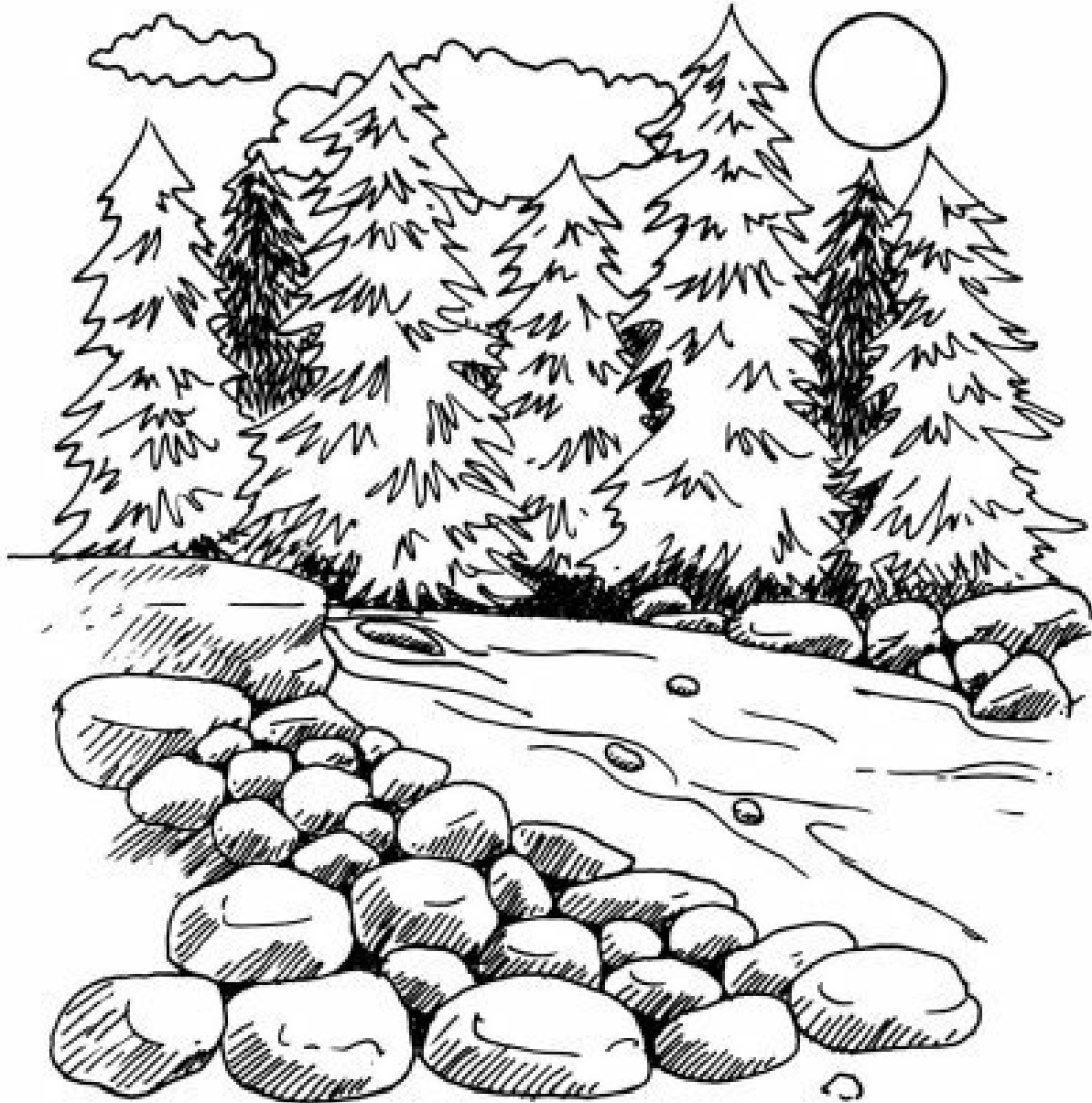
Quando comparamos el biotipo entre los dos sexos podemos constatar que el hombre tiene mayor masa muscular que las mujeres y, por lo tanto, una fuerza física superior; gracias a eso, muchos delincuentes logran subyugar a sus presas sin la necesidad de armas.

Uno de los principios básicos de los delincuentes es elegir siempre lo más fácil; normalmente representado por la fragilidad y desatención de la víctima. Las mujeres no acompañadas son víctimas preferenciales por su fragilidad. Digamos ya que una mujer trate de defenderse dando golpes y patadas en el oponente, este se defenderá con relativa facilidad y peor; el agresor pasará a atacar con mayor fuerza, no es difícil encontrar casos con mujeres que fueron desfiguradas o tuvieron los huesos rotos. Imagínese, esta mujer sacando un cuchillo, el malviviente al ver ese instrumento que utilizó la vida entera para cortar sus alimentos, sirviendo para cortar su carne.

La mirada de la víctima se transforma, su instinto de supervivencia habla más alto, existe una única opción, sujetarse a la violencia física y moral, o hacer lo que fuere necesario para escapar viva.

En un movimiento rápido el agresor avanza, sin dudar la mujer asesta un rápido movimiento de corte en dirección al cuello, seguido de otro en dirección a los ojos del maleante.

La violencia existe, no podemos negar el hecho. En los enfrentamientos reales, la mujer en ese momento termina sometiéndose al agresor con miedo de ser muerta, pero, no reaccionar no garantiza su vida. Fue así que las dos jóvenes Marcía Castellino y Mariana Carey tramaron su arriesgado plan de fuga la noche de ayer; después de haber logrado escapar de un cautiverio escondido en medio del bosque denso a poco menos de doscientos kilómetros de la Capital.



Las supuestas víctimas tuvieron que transformarse en “Asesinas Complejas” para, por fin, salir vivas del secuestro. Lo que, de hecho, asustó inclusive a sus propios familiares, pues, las víctimas permanecerán detenidas esperando el fin del juicio. Aunque las jóvenes alegaron que fue en legítima defensa, ambas no pueden volver a sus casas hasta nuevo aviso judicial.



¡VÍCTIMAS DE SECUESTRO SE VUELVEN ASESINAS Y SON DETENIDAS POR LA POLICÍA!

Entienda el curioso caso que asustó a toda la región.

Según la policía, las jóvenes Marcia Castellino y Mariana Carey lograron escapar del cautiverio localizado en Hormiga, en el interior del estado a doscientos kilómetros de la Capital, donde eran mantenidas, desde el viernes, cuando fueron secuestradas. Uno de los secuestradores (que logró huir) está siendo buscado por la policía.

Una de las jóvenes, Marcia Castellino, confirmó casi haber sido abusada sexualmente por uno de los secuestradores, antes de lograr escapar del primer lugar donde fueron mantenidas presas. “Recuerdo que él frotó esas manos inmundas en mis partes íntimas antes de ser golpeada en la cabeza” afirma la joven en su declaración. “Cuando desperté, él ya estaba desnudo de la cintura para abajo”.

Todo comenzó cuando una de las jóvenes, Mariana Carey, reconoció al asaltante: Lucio Teixeira (que era buscado por la policía hace dos días, y que asimismo es acusado de haber robado su celular). Sin conocimiento de los riesgos, la joven logró ver en ese minuto su chance de obtener su aparato de vuelta.



Lo que terminó llamando la atención de su amiga, instruida en Karate, Kung Fu, Taekwondo y Jiu-Jitsu, Marcia Castellino decidió exigir explicaciones al maleante para tratar de rescatar el aparato.

No obstante, ninguna de las dos imaginaba que el joven asaltante es hijo del expolicía Ricardo Teixeira (que fue alejado de su cargo esta mañana por mal desempeño), quien llegó al lugar minutos después.

Pero, lo que parecía ser la solución, se volvió el motivo de secuestro. “Cuando oí al policia llamar a ese ladronzuelo de “hijo”, mi corazón se congeló al instante y, aunque intentara o pensara en huir, era demasiado tarde”, revela Mariana, afirmando que el propio expolicía fue quien las atacó con un arma eléctrica en el segundo siguiente, (llevándolas a un cautiverio enseguidita).

Lo que nadie sabe, en este punto, es el motivo verdadero del cual transformaron las víctimas en “Asesinas Complejas”, y, para averiguar los hechos y el análisis de más informaciones, las víctimas permanecerán detenidas hasta el esclarecimiento final a pesar de que aleguen que fue en su legítima defensa.

El comisario afirmó que, para tomar la decisión, se basó también en la reconstrucción del crimen, que fue hecho durante la madrugada del lunes, con los propios implicados. Hasta entonces, no podrán regresar a sus hogares (donde viven) en la ciudad.



28

¡LA POLICÍA ENCUENTRA AL HIJO DEL MILLONARIO ALFONSO FIGUEIREDO DESMAYADO!

Matheus Figueiredo estaba desaparecido desde el viernes pasado.

“*Rumores*” de que *Matheus Figueiredo* habría *desaparecido* la mañana de un viernes, la semana pasada, corrieron durante 24 horas antes de que una columna —sobre el mismo— fuera publicada la noche de anteayer por el *Periódico Ciudad*, que afirmó el caso. Este, que se mezcla con la noticia de que supuestas “víctimas” de un secuestro en la ciudad terminaron *matando* a su propio secuestrador para *por fin* recibir su libertad de vuelta. Lo que, de hecho, llamó la atención de nuestro reportero investigador *Claudio Antonio*, que, por su parte, no tardó en solucionar este “misterioso” caso (el mismo que *parece* haber sido revelado ayer; después de las aclaraciones de las víctimas que afirmaron tener total conocimiento sobre la identidad del muchacho; ya que él mismo alega no tener ningún conocimiento entre las partes).

Matheus Figueiredo, de 19 años, es hijo único de la pareja millonaria *Alfonso Figueiredo Coímbra* y *Rosilda Adellard Figueiredo* que estaban de viaje pautado en Europa durante esta semana, donde le revelarían al hijo la espectacular noticia sobre su oportunidad profesional en Francia (como *productor* musical; carrera que el propio joven ansía desde su infancia).



Según fuentes confiables, —e **importantísimas**— el joven habría sido encontrado desmayado al lado del cuerpo de Marcos Alberto (uno de los secuestradores) en el mismo lugar donde Marcia Castellino y Mariana Carey eran

mantenidas presas.

El joven ya había sido llevado al hospital en la ciudad, donde más tarde, habría sido diagnosticado. La buena noticia es que el joven haya recibido tratamientos médicos y psicológicos antes de que las víctimas presten sus aclaraciones al comisario, reinando un total alivio para las familias de ambas partes.

El Comisario responsable del caso, Rogelio Fonseca, afirma que Matheus Figueiredo de igual modo habría sido secuestrado la noche del viernes junto con los jóvenes, pero, prefiere mantener en secreto los detalles sobre lo ocurrido. Todo indica que el joven puede haber sufrido algún accidente en el lugar, pero, sin embargo, fuentes aseguran esperar el resultado de la pericia antes de cualquier revelación abstracta.



Matheus.

Lo primero de lo que tuve consciencia fue la constante sensación de dolor en mi cabeza, que parecía haber aumentado a cualquier costo. Me moví despacio, con movimientos mínimos, y oí el suave arañar de ataduras raspando en algodón.

Intenté levantar un brazo para investigar, pero me detuve al sentir un tirón doloroso de algo metido en mi antebrazo. Parecía que estaba conectado a una máquina. *Sí, una máquina.*

Un “bip” persistente viniendo de un equipo detrás mío confirmaba que debía de estar conectado a algún dispositivo de monitoreo, así como al suero. Era obvio que me encontraba en un hospital, pero... *¿Por qué no podía ver nada?*

Pestañee varias veces. Era extraño, pero mis párpados parecían tener dificultad en responderme. De todos modos, eso no hizo ninguna diferencia, todavía todo estaba en oscuridad.

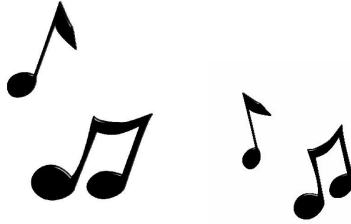
¿Por qué no podía ver?

¿Qué me había sucedido?

Sentí una poderosa ola de pánico comenzar a envolverme. *¿Por qué no me acordaba?*

¿Cuál era el problema con mi cabeza?

—Matheus, hijo mío, todo va a estar bien. Mamá y papá están aquí, ¿está? Duerme bien, querido.

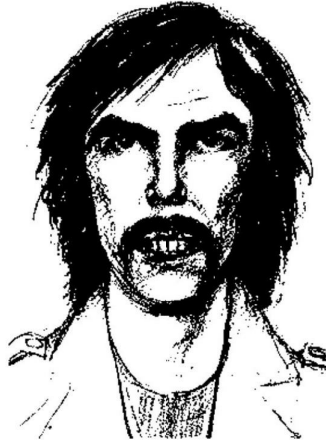


¡CURIOSO CASO DE SECUESTRO INVOLUCRANDO A LA FAMILIA “FIGUEIREDO” FINALMENTE LLEGA AL FINAL!

Todo fue aclarado. Entienda lo que de verdad sucedió.

Después de la noticia de que su único hijo, *Matheus Figueiredo*, había sido secuestrado en el último viernes, el millonario *Alfonso Figueiredo* impidió la entrada de cualquier “compañero” o *conocido* del joven al lugar, en el cual se encuentra en estado grave.

Matheus Figueiredo se había golpeado la cabeza al caerse de una escalera segundos antes de intentar huir de uno de los secuestradores. Nada fue confirmado al presente, pero, hay hipótesis de que la policía cree que el motivo sea justamente ese y por eso defenderá este argumento. Ya que, según las declaraciones de las dos jóvenes (*Marcia Castellino* y *Mariana Carey*), el joven había intentado salvar la vida de Mariana antes de lo sucedido. “*¡Estaré justo detrás de ti!*” Fueron las últimas palabras que Mariana oyó de *Matheus* antes de pasar por la puerta (la tan soñada libertad) y sumergirse en la oscuridad de la noche, totalmente perdida y aterrada. “*Cuando me encontré con Marcia en esa oscuridad profunda del bosque, percibí que aún tenía una chance más de recuperar nuestras vidas y la de Matheus, que no apareció como acordamos. Juro que no tenía idea de lo que le había sucedido, y mucho menos que ese matón sería capaz de tal atrocidad*”, reveló Mariana en su declaración a la policía. “*Nunca tuve miedo de nadie, y mucho menos de seres cobardes como el cavernícola miserable que nos secuestró*”, dice *Marcia*, en su declaración. “*Juro que si hubiese sabido el desarrollo que esto daría, habría hecho lo mismo cuantas veces fuese necesario para recuperar el aparato de mi amiga*”.



A pesar de haber sido acusadas de “asesinas”, las jóvenes alegan no haberle puesto ni siquiera un dedo a *Marcos Alberto*, —acusado de haber empujado a Matheus por la escalera— y por ironía de la vida (*bandida*), Marcos igualmente pago con la misma moneda. “*Cuando Marcia fue en dirección a él, yo solo podía pensar en una cosa: hacerlo caer por la escalera. Y fue lo que sucedió*”, revela Mariana sobre su plan de última hora para, por fin, rescatar el cuerpo de Matheus (que permanecía desmayado por el momento), segundos antes de hacer que Marcos Alberto rodara escalera abajo.

El plan parecía simple: desmayar al villano y huir del lugar. Pero, lo que ninguna de las jóvenes previó es que, a diferencia de Matheus (que apenas permanecía desmayado), Marcos Alberto sufriría un traumatismo craneano con la caída (y moriría en el acto).



El comisario Rogelio Fonseca (responsable del caso), decidió mantener el cuerpo de Marcos Alberto en la morgue de autopsias para más averiguaciones. A fin de cuentas, las víctimas (que habrían sido acusadas de asesinato) solo estaban practicando un acto heroico más para seguir vivas hasta el surgimiento del “rescate”.

Rescate que, fue hecho por *Eloísa Prado* (amiga de larga data de Mariana), que informó de inmediato a la policía en el segundo exacto el lugar donde justamente su amiga era mantenida presa. “*Mari y yo somos muy amigas, pero muy amigas de verdad, y... por eso pude rastrear el aparato de Mari sin más demoras, porque, si no me hubiese pasado su contraseña y código de rastreo, quien sabe lo que podría haber sucedido*”.

“*Mi hija jamás sería capaz de matar una cucaracha. Se pasa la mayor parte del día oyendo música. Graba videos, además, y pueden confirmarlo con una breve búsqueda en YouTube*”, Christina Carey (madre de Mariana) se desahoga en su declaración. Después de las aclaraciones finales, las jóvenes finalmente dejaron la comisaria en la noche de ayer para volver a sus residencias, adonde tenían prohibido frecuentar durante las investigaciones.



Mariana

Eran las 13:54 cuando decidí ir a la cocina a tomar el desayuno.

¡Sí! *No leíste mal*, ¡voy a tomar el desayuno *de verdad!* Y para mi sorpresa, mi madre permanecía allí.

¡Gracias, Señor!

Eso solo podría significar una cosa: *oportunidad*. Y realmente olía a oportunidad por todo el ambiente de la cocina. Después de tantas entrevistas y declaraciones, casi estaba convencida de que, tarde o temprano, me volvería una zombi si mi madre no le hubiese implorado al Comisario Rogelio que me libere. Marcia había permanecido por allá cuando su padre finalmente apareció, pues, el señor Pablo no dejaría que su única hija se marchara sin antes aclarar todo de una vez.

Decidí aprovechar el milagro divino que me fue concedido, *con éxito*, para tratar de convencer a doña Christina (específicamente conocida como *mi madre*) de que ya no tenía ganas de asistir al tal Baile de Graduación. Principalmente después de *todo* lo que sucedió.

—¡Hola, ma! —traté de parecer convincente.

—Hola, hija. —Me mostró una sonrisa.

Bien, estaba funcionando. *¡Estupendo!*

—¿Cómo está usted? —proseguí, y enseguida puso mala cara.

—Mariana, ¿qué quieres? —y me miró de arriba a abajo.

Ya sabía que, tarde o temprano, terminaría actuando de esa forma. Mi madre jamás me perdonaría haberle mentido *apenas* para usar sus tarjetas de crédito, pero... De todos modos, esa era mi única chance de...

—¿No asistir al Baile de Graduación? —me arriesgué, haciendo una mueca. Ese es uno de esos tipos de pregunta que haces aun sabiendo que la respuesta será un “no” bien redondo, ¿sabes? Incluso cerré los ojos para no ver su reacción.

—¿Cómo dijiste, Mariana? —su voz tipo “*¿te volviste loca?*” —¿Te volviste loca?

¿Qué fue lo que dije?

—¡Ma, cual es! —exclamé, haciendo puchero. —*¡No cuesta nada!* Me voy a quedar encerrada en mi habitación escuchando música, leyendo algunos libros nuevos que compré la semana pasada, y reseñándolos en mi blog. Quién sabe quizás pueda grabar algunos videos cantando para publicarlos en mi Canal de YouTube. —Y empecé a mirar a la nada, ya imaginando cual sería el tema de esta vez.

—Me prometiste con todas las letras, *muchachita*, que irías a este baile y no sirve desistir. — Estaba seria. Muy seria, a propósito. — Sin comentar cuanto malgastaste mi paciencia con tanto *bla-bla-bla* para poder comprar algo decente, mientras insistí en entregarte mis tarjetas de crédito. Deberías haber repensado eso antes de *mentirle* a tu madre. *¡Ya es tarde!* Y no estás en condiciones de elegir *nada* por el momento, ¿estamos entendidas?

—Nunca más hablaré contigo, ¿me oyes? —y cerré los ojos, como si intentara hacer que se evaporara delante de mí.

Mariana, Mariana, ¿ese es modo de comportarte? ¿Principalmente con tu madre?

¿Qué más podría hacer? Debido a ese maldito secuestro perdí mi celular y, principalmente, el modelito que pretendía usar. *Es mucha cobardía con una sola persona, si quieren saber lo que creo.* Y... Como si ya no alcanzara, ahora, también había perdido a Matheus. *Justo en el segundo en que nos reencontramos.*

—Me interesa poco si nunca más vas a hablar conmigo, *Mariana*. Pero esta vez, sí lo harás, ni que tenga que atarte para eso, ¿me oyes? —se desahogó, con mala cara en plena cordura. Abro un ojo para poder espiarla y eso la deja feliz otra vez (por lo menos es lo que creo). —Sabía que me estabas oyendo, hija.

—Entonces átame. —Dije, de la boca para afuera. —Si lo consigues, *¡claro!*

Pero, ¿qué estoy diciendo, mi Dios?

Caramba, ¡nunca pensé que diría eso! Principalmente para *mi madre*.

Quiero decir, ¡nunca creí que me negaría a una fiesta a la que iba todo el mundo!

Me acordé del verdadero *motivo*: era debido al maldito *Baile de Graduación*.

¡Pucha!

Cierto, ¿qué debo hacer en este minutito? No tengo ninguna chance de quedarme en casa encerrada en vez de perderme una fiesta a la que todo el mundo iba y... La cual realmente *detestaba*.

¡Pucha doble!

Dejé a mi madre hablando sola en la cocina y volví a mi habitación. No tenía más que hacer, así que, decidí chequear mis redes sociales por mi computadora solo para certificarme de que realmente Matheus no había actualizado su perfil o publicado algo nuevo en su línea de tiempo. La verdad lo que quería era poner a tocar una de mis *playlist* que había guardado en mi computadora, puesto que por la situación ya no tenía más mi *aparato* para acelerar el proceso.

¡Pucha triple!

Con la rabia aumentando en mis venas, terminé agrediendo mi propio guardarropa, pateándolo sin ningún motivo. Fue cuando sentí algo caer sobre mi cabeza. Traté de sujetarlo antes de dejar que lo que fuera que era cayera en el suelo, pero, ya era demasiado tarde. Cuando giré para descubrir que era, vislumbré una de las cajas de zapatos, adonde guardaba los objetos del pasado que acostumbraba coleccionar, como *cartas* o cosas que juraba que eran importantes en esa época.

Decidí sumergirme de vuelta en el pasado, ya que no tenía otra cosa que hacer (además de chequear mis redes sociales) y retiré las cajas de ahí dentro.

Realmente había varias notitas, cartas antiguas, cuestionarios de muchas de mis antiguas amigas de la educación primaria. Había inclusive una foto mía abrazada con Eloísa cuando las dos aún teníamos siete añitos de edad, si no me equivoco.

Al leer la primera nota, casi me desmayé.

Cuestionario

Nombre: Mariana Carey

Cantidad de velas de tu último cumpleaños: 13

¿Ya lloraste por alguien? Sí.

Música preferida: No puedo elegir. Discúlpame.

Mejor amigo: Matheus.

Mejor amiga: Eloísa.

Amor de tu vida: ~~Justin Bieber~~ Matheus.

Si el teléfono sonara en este instante, ¿quién te gustaría que fuese? ~~Justin Bieber~~ Matheus.

Hombre bonito: ~~Justin Bieber~~ Matheus.

El primer pensamiento que tienes al despertarte: Matheus.

Nombre de la persona con quien te gustaría estar en este minuto: ~~Justin Bieber Hayley Williams~~. Matheus.

Quiere decir entonces que, en esa época, ¿Matheus ya había sido mi primer pensamiento al despertarme? *¿Justin ni había sido mencionado en ese tiempo?*

¡Oh, Dios!

¿Cómo era eso posible?

Y... *¿Por qué no puedo acordarme de eso?*

Eloísa Prado está en línea.

El toque de aviso de nuevas “notificaciones” hizo eco por todo el ambiente de la habitación, haciendo que me pusiera de vuelta sobre mi silla giratoria antes de leer el mensaje...

Eloísa Prado dice;

¡Amigaaaaaaaaaaaaa! Necesito contarte una cosa *urgenteeee* . ¿¿¿Por qué tardaste tanto en ponerte *on* ???

Obviamente no tenía la cabeza para esto, pero, tratándose de Eloísa, decidí atender al pedido... En definitiva, gracias a mi amiga, Marcia y yo logramos salir sanas y salvas de esa maldita pesadilla. ¡Además de Matheus, claro!

Mariana Carey dice;

Eloíííííííííííí, ¿puedes dejar el suspenso y contarme de inmediato qué es que tienes de tan urgente así?

Eloísa Prado dice;

¡Ay, que bruta! Vas a enloquecer cuando te enteres. Todavía no sé cómo no te enteraste de nada de esto. ¿Qué sucedió contigo, al final? Tás más desactualizada que todo.

Ok. Ya se estaba pasando de los límites.

Mariana Carey dice;

Discúlpame, pero, si no te acuerdas, fui *víctima* de un “secuestro”, *baby* . No tengo la culpa si lo mejor para hacer en este punto es descansar un poco. u.u

Eloísa Prado dice;

¡Está bien! Basta de dar vueltas y vamos a lo que te interesa.

Mariana Carey dice;

¡Estupendo! Ya era hora, ¿no?

Eloísa Prado dice;

¿Recuerdas tu video en YouTube?

Mariana Carey dice;

¿Cuál de ellos? Tengo tantos...

Eloísa Prado dice;

El “The Only Exception - cover by Mariana”, ¿no?! Daaahh

¡Ah! Mi gran decepción virtual. ¿Qué podría haber de tan emocionante en eso?

pude escuchar al reportero contando mi historia como si fuese una *celebridad*.



¡Estoy oficialmente jodida!

En otras palabras, mi vida se había convertido en una de las mayores catástrofes de este mundo. ¿El motivo de todo eso? Bueno, vamos a los hechos...

Mi historia enseguida ganó repercusión en la prensa. No hubo un solo periódico que no anunciara todo lo sucedido, y casi todas las emisoras de tv de la región también.

“Después de haber sido secuestrados por policías corruptos, los tres jóvenes: Mariana Carey, Marcia Castellino y, el millonario...”

Mi madre cambió de canal en ese segundito, interrumpiendo al reportero, como si intentara mostrarme lo que yo ya sabía.

“La identidad del cómplice sigue siendo desconocida. Por ahora, apenas una cosa es cierta...”

Y una vez más, mi madre cambió de canal en el mismo instante.

“Ahora hablaremos más sobre el caso que asustó, no sólo a la ciudad, sino a toda Latinoamérica entera de igual modo...”

Luego otro reportero (el tercero por el momento) aparecía en la pantalla.

—¿Madre? —grité, incrédula, tomando el control remoto de su mano y apagando rápido la tv instantáneamente. —No necesito quedarme viendo eso, ¿tá bien?

—Ah, pero sí lo *necesitas*. —Y tomó el control de vuelta, encendiendo la tv otra vez. —Están en *todos los noticieros*, querida. Y *todavía* no sabes lo peor.

Mi madre tenía razón: *crecer* no era así tan lindo. Y ya estaba girándome de espalda a ella, después de haber puesto mala cara por eso, cuando escuche *su* “apellido” ser mencionado por la reportera...

“Hijo del famoso millonario Alfonso Figueiredo se encuentra en estado grave después del secuestro...”

Mientras la reportera repetía toda la historia del secuestro, mil preguntas aparecieron en el minuto siguiente como: si ¿la reportera había dicho de verdad “Hijo del famoso millonario” durante la nota?, y lo principal: si ¿realmente había *oído* bien?

¿Matheus era *millonario*?

Eso no tenía ningún sentido en mi cabeza.

Bueno, al menos, uno de los hechos no lograba encajar bien en esa historia: si Matheus era realmente hijo de un millonario, entonces... ¿*Por qué fue que nos reencontramos dentro de un autobús en vez de haber sido en una limosina?* No es que estuviese acostumbrada a viajar en limosina, claro, pero...

“Según informaciones, el joven se encuentra en estado grave, pues, la pérdida de memoria se mantiene debido al colapso extremo causado por el fuerte golpe del agresor, seguido por la

caída por la escalera. Matheus Figueiredo sufrió traumatismo craneano, y cuando despertó, ya no reconocía ni a la propia familia, lo que dejó a todos asustados con la situación. Seguiremos de cerca el caso y...

No necesitaba oír nada más. Era obvio que ya había escuchado lo suficiente.

“Matheus Figueiredo sufrió traumatismo craneano, y cuando despertó, ya no reconocía ni a la propia familia” esa frase hacía eco en mi mente como la letra de una de mis canciones predilectas. Ya todo tenía sentido. No me reconoció porque *aún* no había podido *recuperar totalmente la memoria*.

Fue cuando tuve una *idea*.

Pero, *en este periodo*, el teléfono fijo seguía sonando sin parar. Bastaba cortar una llamada que otra llamada ya comenzaba. Y lo peor es que en la mayoría de las veces era apenas alguien preguntando cosas completamente irrelevantes —como el color de mi esmalte, cual es el peinado que estaba acostumbrada a usar últimamente, y lo principal y más bizarro: el nombre de mi verdadera identidad secreta o algo parecido— o simplemente cachondeándose con mi cara.

¿Puede ser una cosa así?

Mariana, Mariana, ¿dónde fuiste a meterte?

Ya había recibido tantas burlas la noche anterior que ni me permití *pasear por ahí* sin poder llamar *tanta* atención así, pero, hoy por hoy, *necesitaba* hacerlo.

Le di un beso a mi madre y fui a poner uno más de mis planes en acción.

En el camino, terminé atendiendo más de 56 llamadas y ya sin tanta cabeza para eso, y por eso no pude responder a la mayoría.



33

Tan pronto como llegué, di media vuelta y marché a la habitación donde estaba Matheus.

Al llegar allá, percibí un gran movimiento en el ambiente. Un movimiento más allá de lo común para ser verdad. Luego vi al señor Alfonso preparándose para lo que parecía ser una entrevista en vivo más. Estuve convencida de eso al instante siguiente que vi a cuatro reporteros impecablemente bien vestidos, sujetando sus micrófonos en las manos y haciendo algún tipo de señal muda al *cameraman*.

¡Pucha!

Eso será más difícil de lo que imaginaba.

Por algún milagro, o por intervención divina (*yo que sé*), percibí que doña Rosilda (madre de Matheus) estaba frente a la puerta donde su hijo obviamente permanecía bajo los cuidados médicos, observando minuciosamente todo eso.

Decidí arriesgarme, yendo a hurtadillas hacia ella, tratando al máximo de no llamar la atención de los reporteros allí presentes y, para mi/su/nuestra alegría, funcionó (o casi funcionó).

Porque, en cuanto pude llegar bien cerca, uno de los reporteros gritó:

—*¿Oye? ¿Esa muchachita allí no es una de las chicas que fueron víctimas del secuestro? —* me miraba como si yo fuese Beyoncé.

Y rápidamente, todos miraron al unísono en nuestra dirección. ¡Estupendo!

Ahora sí estoy oficialmente jodida.

* * *

Matheus estaba durmiendo cuando al final pude entrar. Al principio, Alfonso no dudó en renegar de mi visita a su hijo, pero... Después de la repercusión que los periodistas estaban haciendo entre sí, y, quizá por intervención divina, Dona Rosilda se me acercó.

—*¡Puedes ir, querida! —*y permitiendo mi entrada, apenas balanceó la cabeza y me miró como si la vida de su hijo dependiera de eso.

Me quedé un tiempo solo observándolo dormir. Parecía un niño indefenso. Era tan adorable.

—*Matheus, hijo de una arpía gorda, eres rico y no me contaste, ¿no? —*dije en voz baja, más para mí misma que para él que permanecía desmayado.

¿Cómo lograba ser tan lindo durmiendo de ese modo? ¡Oh, Dios!

Quería besarlo.

¿Sería que, si lo besaba, se acordaría de mí como generalmente sucede en los cuentos de hadas?

¿Sería que mi beso podría desencantarlo de ese maldito hechizo que le hizo perder la memoria?

Eran muchas *preguntas*, y no tenía tiempo para respuestas. *Hice* lo que tenía que hacer, y, mientras el mundo sucedía a nuestro alrededor, él y yo estábamos unidos por la distancia mínima

entre dos personas.

Su boca debía de tener algún poder místico, o... *Qué sé yo*, porque calentó toda mi circulación sanguínea y, al mismo tiempo, pausó mi corazón para que todo mi cuerpo supiera que ese segundito existió, mezclando miedo y placer, felicidad e incertidumbre.

Su piel tocó mi rostro y me sentí entera y segura otra vez. Nunca había sentido la piel de un chico, así como la suya antes, caliente y fina. *No es que ya hubiese hecho esto con alguien más, ¡claro!* Siempre fui reservada y me gustaba eso. Pero con Matheus era diferente. Incluso el beso era diferente, ya no era el mismo de esa noche horrorosa. Por eso, le pedí a Dios para que él no percibiera mis lágrimas insistentes.

No obstante, me sujetó con mucha fuerza en el segundo siguiente, completamente asustado al despertar, lastimándome en serio sin darse cuenta de eso.

—¿Qué piensas que estás haciendo, loca? —podía sentir la rabia rebalsando en sus venas.

Pero, no tuve miedo.

—¡Besándote, que caramba! —le sonreí, con la esperanza de que mi plan estuviese funcionando. —¿Ya puedes recordar algo?

Eso *tenía* que funcionar.

Sin querer, mis ojos comenzaron a arder en serio con las lágrimas.

—¿Al menos quien soy yo? —fue mi último intento, y, más lágrimas ya amenazaban con caer, pero, tuve fuerzas y al instante las empujé hacia un lado.

Sin embargo, al contrario de lo que esperaba oír, Matheus fue muy grosero conmigo. Tan grosero como podría haber sido cualquier villano de los cuentos de hadas.

—*¡Pero claro que sé quién eres!* —dijo, en un tono de burla. —Eres una loca, chiflada, psicópata, retardada, que apareció por aquí para tratar de aprovecharse de mi período amnésico, creyendo que te harás rica diciendo que somos novios o cosa por el estilo. Eso significa que no tienes derecho de aprovecharte de mí de esa manera. —Su voz llenó mi corazón de dolor y sus palabras me dejaron hecha pedazos.

Nunca, *en toda mi vida*, me sentí tan, pero tan, pero tan “*rechazada*” por alguien. Y ese no era el motivo por el cual había empezado a llorar sin percibirlo, *sino*, por haber sido rechazada por él.

Justo él.

A quien tanto *amaba*.

Y lo sigo amando.

Y por ese motivo es que tanto quería hablarle. Quería disculparme. Decirle que *no tiene nada que ver* lo que él suponía, y poder finalmente entregarle la lista de canciones que había seleccionado especialmente, pero...

La expresión de Matheus era una mezcla de confusión y rabia y eso dejaba todo claro.

Creo que ni necesito mencionar lo mucho que me sentí devastada al salir de esa habitación. Mi corazón estaba en pedazos. O mejor, en *pedacitos*. Pequeños pedacitos, si eso no fuere una exageración.

Solo para tener una idea del tamaño de la frustración, mi mundo había perdido totalmente el color, y, modestia aparte, en este instante estaba más gris que las tapas de los EPs de *Ariana Grande*.

*“I wish i was strong enough to lift not one,
but both of us
Some day i will be strong enough to lift not one,
but both of us” ♪♪*

De repente, empecé a oír la voz de *Taylor Swift* cantando “*Both of Us*” en mi cabeza. Obviamente estaba tratando de decirme algo. ¿Sabes ese segundo en que una canción comienza a sonar en tu mente automáticamente? Pues, mi consejo es: deja ya lo que sea que estés haciendo en ese momentito y trata de *entender* lo que la letra realmente está tratando de decirte. Porque, *siempre* nos dice algo.

Y yo sabía perfectamente lo que estaba tratando de decirme:

*“Quería ser lo suficiente fuerte para levantar no a uno, sino a nosotros dos
Algún día voy a ser fuerte lo suficiente fuerte para levantar no a uno, sino a nosotros dos”.*

¡Tuve una *idea*!

Rápido, pasé por la recepción del hospital y le pedí a la chica de ojos gentiles detrás de los anteojos que me consiguiera una hoja de papel en blanco y un bolígrafo. Necesitaba escribir algo para acompañar esas canciones que había seleccionado especialmente para él, pues...

Él lo necesitaba.

Y no sólo él, como *yo* también lo necesitaba.

Es como siempre digo: es horrible fingir que no sientes nada cuando sientes demasiadas cosas. Por eso, necesitaba (y mucho) desahogarme y, no economicé palabras al tiempo de sacar afuera todo lo que era necesario en esa situación.

* * *

Tan pronto como llegué a casa, vi a mi madre aún frente a la tv. Sin dudas porque quería enterarse de cualquier novedad con relación al estado grave en que se encontraba Matheus. Y eso, obviamente, me hacía estar segura de que faltaba *muy poco* para que todos se enteraran de lo sucedido en el hospital.



34

Matheus.

Una sonrisa *forzada* más.

La puerta se abre y una periodista se sienta en el banco con elegancia y entusiasmo sorprendentes. Descubrí que me había convertido en el *tema del momento* y por eso ella parecía haberse ganado la lotería por estar aquí.

Siento un nudo en la garganta.

Es como si estuviera tan agradecida de verme que llega a sentir un dolor físico, real.

—¡Un placer conocerte, Matheus! —finalmente abre la boca.

Y, de nuevo, una sonrisa *forzada* más.

Ella igualmente sonríe. Creo que lo notó.

—Un placer conocerla —repito, medio de lejos, que fue lo único que dije a todos durante todo este tiempo.

Un fotógrafo, un joven con apariencia de unos veintiséis años, y muy bien vestido está sacándome fotos. Eso es un poco perturbador, la verdad. Recordé en un santiamén como mi padre se sentía delante de las cámaras. Sé cuánto detesta esto, pero, nunca demostró su insatisfacción delante de ellas. Creo que, si yo quisiera, podría ser lo mismo que él. Soy un estupendo actor.

Pero, en este punto, era el único pez fuera del agua allí. Por eso solté una sonrisa *forzada*.

Hace dos horas que estamos aquí, pero ya quiero irme de este hospital.

El doctor finalmente aparece de vuelta. Papá quita el brazo de mi espalda, como si hubiese sido atrapado haciendo algo malo.

—Discúlpame, no quise... —corrió con las palabras.

—Salió todo bien. —Comenta el doctor, sonriendo. —Sin problemas. Su hijo ya puede irse a su casa.

Papá da un puñetazo al aire.

—*¡Eso!* —su voz entonaba un entusiasmo fantástico, realmente parecía feliz.

—Pero todavía creo que deberá permanecer bajo cuidados médicos por, como mínimo, una semana. —Prosiguió el doctor, haciendo una mueca, pero, sonriendo enseguida marcando el tono de su broma. —Lo visitaré de dos en dos días, si no creen que es mucho, para certificar de que está mejorando en el ambiente familiar.

Ya no veía la hora de salir de este lugar.

Y de nuevo se abre la puerta y, esta vez, es mi madre quien aparece en la puerta.

Mamá parece incluso más triste ahora, sujetando un pedazo de papel que parecía ser una *carta*.

¿Sería de *despedida*?

¿Un aviso sobre algún ser querido de la familia que había *fallecido*? ¿Alguien que no podía recordar?

No sabía cuál respuesta era correcta, pero todas resultaban por la forma como ella me miraba.

Papá inclinó el cuerpo hacia adelante. Ella le susurró algo en su oído. Después él susurra algo en el de ella. No sabía con seguridad de que se trataba, pero, creo que tiene algo que ver conmigo, ya que los dos me miran de frente por algunos segundos.



* * *

—¿Deberías leerla, sabes? —mi madre me pone cara fea, y la ignoré por eso.

—¡No! No *debería*, madre.

El tema de esa *carta* había muerto hace dos semanas desde que había recibido el alta. Al minuto que, por curiosidad, decidí preguntar de qué se trataba. Luego, mi madre reveló quien había escrito esa carta. Jamás leería algo escrito por esa aprovechadora.

—Matheus, hijo mío, escúchame. Es lo último que te pido. ¡Por favor! —insistió, entregándome por milésima vez el papel doblado que estaba en sus manos.

El gran señor Alfonso percibe que puse una mueca y sonrío. Entonces percibí que había un plan detrás de esto.

—Está bien, voy a leerla. —Fingí haber bajado la guardia, solamente para agarrar el sobre y ver de que se trataba realmente. Mi corazón palpité cuando leí mi *apodo de la infancia* escrito allí:

THEUS

Nadie me llamaba así desde...

Abrí el papel en ese mismo instante y, sin pensarlo dos veces, decidí leer lo que estaba escrito allí dentro. Si mi madre dijo que “debería” leerla, era eso lo que haría.

“Hay mucha gente queriendo ponerse de novio solo para decir a todos que está en una: “Relación Seria”. Muchas de esas personas no quieren crecer juntos, enfrentar problemas juntos, ver al compañero crecer, y solo piensan en sí mismas. Quieren tener a alguien solo para sentirse amadas, o porque quieren disfrutar, besar, tener una compañía, abrazos o una “química”.

¿Cuántas parejas tenían todo para funcionar, pero dejaron de imponer límites al pecado y hoy viven como casados y llenos de conflictos? Saltaron la etapa de la amistad, del diálogo, todo debido al sexo antes de hora. ¿Cuál es el resultado? Celos enfermizos, falta de confianza, pérdida de la amistad, del cariño, del respeto y lamentablemente muchos se

separan por haber perdido el “gusto”.

Probaron “todo” antes del matrimonio y ya no quieren ni saber de firmar un compromiso para toda la vida. Es como comer un delicioso paquete de galletitas rellenas antes del almuerzo y quedar tan lleno que se pierden las ganas de almorzar...

La frase de esa gente debería ser “¡DAÑO a la persona amada EN 3 DÍAS!” porque es exactamente eso lo que hacen. Deberían dejar de creer que el amor es autosuficiente, pues creen que es solo el amor que mantiene una buena relación. ¡MENTIRA!

¡¡Es una buena relación que mantiene al amor!!!

Sé esto porque, fue así que me sucedió. Fue nuestra “relación” que mantuvo este amor que, ahora, incluso más fuerte que nunca, siento por ti.

Creo que, un día, te acordarás de todo lo que vivimos juntos. Desde ese día en que nos conocimos, todavía en la infancia, hasta el último minuto en que estuvimos presos en ese lugar terrible.

Aún puedo recordar lo gratificante que era tenerte cerca. Poder llamarte “mi” amigo, aunque en esta situación la palabra “amigo” parezca no ser suficiente para mí. Pues, era lo que venías siendo desde entonces.

No elegimos ni nuestro propio nombre, imagínate poder elegir de quien deberíamos enamorarnos... Y mira, me pasé la vida entera buscando a alguien como tú, pero nunca, nadie, jamás logró igualarse a ti. Y es por eso que te escribí esta carta. Me gustaría mucho decirles a todos que ya tengo una “relación seria” contigo. Porque teníamos (y aún tenemos, creo en eso) todo para funcionar. Porque perderte es perder el motivo de vivir. Es mirar y no ver. Es dormir y no soñar. Y, aun estando segura de que quizás puedas no acordarte de mí, o de quien fui en tu vida, siempre continuaré amándote. Siempre. Por la eternidad.

De eso estoy convencida.

Con cariño, de tu eterna mejor amiga...

Mari

P.D.: Aprieta play y escucha hasta el final”.

Me quedo sin reacción.

Hice lo que estaba escrito y apreté el botón *player* del iPod que mi madre me había entregado junto con la carta.

En el segundo siguiente, melodías se adentraron en mi mente, y, no sé exactamente lo que todo eso significó, pero... *Algo sucedió.*

Hay una cosa que no debería decir, pero que, por alguna razón terrible y desconocida, necesito decir de cualquier modo. Debería guardarla para un tiempo más apropiado y menos estresante. Debería guardar eso para un minuto a solas. *Nunca* debería decir esto.

No lo digas.

—¡TE AMO, MARI! —grité, sin el mínimo control de mis labios.

No creo que estoy diciendo estas cosas en voz alta. Y además frente a mis *padres*. No sé lo que me está sucediendo, pero algo dentro de mí entró en cortocircuito.

Me estoy volviendo loco.

Y por fracción de segundos, veo toda mi vida a su lado. Los momentos que pasamos juntos. Las bromas. Las sonrisas. El maldito secuestro, y...

El *beso*.

El instante en que nuestros labios se tocaron, fue como si hubiese terminado de nacer por varias y varias veces. El punto final que comenzaba. El beso era todo lo que faltaba entre nosotros, quiero decir, todo lo que hacía comenzar una linda historia. Lo que provocó la vuelta de mi *memoria*. Sí, ¡es eso! Por eso el doctor Fabio me dio el alta, *mi Dios*.

Mis padres me abordaron con una mirada incrédula y totalmente espantada, como si recién hubiese dicho algo insano y me hubiese vuelto loco de una vez.

—¿La recuerdas, hijo mío? —mi madre preguntó, con una mirada sutil y esperanzada. Eso era su punto más débil, lo sentía. Y yo sabía perfectamente lo que había sucedido.

—*¡Pero claro que sé quién es, ma!* —dije, con una sonrisa boba en mi rostro.

—Esa es la mejor respuesta que podrías haber dado. —Mi padre, al fin, decidió manifestarse. Y entonces, los abracé con fuerza.



Mariana

—Respira y cuenta hasta mil. —Le dije en voz alta a mi reflejo. —Ok. Esto es ridículo.

Desistí de tratar de estar a la altura más o menos a las seis y media, cuando ya estaba vestida y maquillada. El espejo gritaba que estaba hecha un desastre, pero lo miré y le saqué la lengua. Cualquier chica en mi lugar se sentiría igual, entonces, hoy no debía darles crédito a los malos pensamientos autodestructivos.

No hoy.

Ocho horas, salimos de casa. Eran casi ocho y media la verdad. Creí que iríamos en autobús, pero para mi sorpresa, había un coche esperando en la puerta. Era el último modelo de SUV plateado, perfecto para mi entrada triunfal. Solo había un pequeño problemita en cuestión: mi madre había recién sacado su *licencia de conducir* y, aunque estos tipos de autos tienen cambios automáticos, temblaba de los pies a la cabeza solo de imaginarme lo que podría sucederme de allí en adelante.

¡Jesús me salve!

Realmente, sería un viaje tremendamente agradable, sacando ese pequeño detalle, ¡claro!

Felizmente, el tránsito dio una tregua ese domingo, y pudimos llegar al salón de fiestas en menos de media hora.

Mamá conducía bien, aunque tuviese un punto débil en la senda de autobús y no fuese muy fan de parar con los semáforos amarillos. Pero nunca aceleraba demasiado, ni hacía sobrepasos indebidos, y no causó ningún problema mientras el semáforo estaba verde.

Y, por fin, *llegamos*.

Mi madre prefirió estacionar el SUV del lado de afuera del estacionamiento para no tener que sacar ningún centavo del bolsillo.

Era justo lo que me faltaba: tener una madre económica.

Cuando bajé del coche, estaba confundida si debía acompañar a mi madre o a Eloísa, porque ambas se encontraban delante de la entrada del salón. Me sentí dividida, y eso era bien desagradable.

Por fin, miré a mi madre, y ella me hizo una señal de que fuera atrás de mi amiga, ya unos pasos delante nuestro. Corrí hacia ella.

—Hola, Eloísa. —La saludé, ella sonrió al verme.

—¿Lista para arrasar? ¡¡Último año!! —festejó.

—Finalmente.

—¿Dónde está la alegría? Somos veteranas, ¡soñamos con este puesto desde que entramos en esta escuela! Es un día increíble. ¿Sientes el poder por tus venas?

—Ok, alegría y poder por mis venas. —Dije, medio sin ganas, lo que creo que ella notó, porque, sacudió la cabeza en negación.

—Ay, ni puedo creer que estés aquí, amiga. —Sonreía de oreja a oreja.

—Ni yo puedo creer que estoy aquí, amiga. —Traté de no parecer infeliz ya que ella transmitía estar radiante con mi presencia.

—Entonces. ¿vamos? —y dio un paso adelante, parando enseguidita después, como si estuviera esperando mi confirmación. Asentí con la cabeza y seguimos adelante.

Cuando por fin nos adentramos en el salón de baile, me sentí un completa sorda al oír “*All About That Bass*” al máximo volumen, luego cambió a “*Me Too*”.

—Confieso, las canciones internacionales son muy geniales, pero no me gusta mucho *Meghan Trainor*. —Eloísa no parecía convincente, ya que su cuerpo había empezado a entrar en el ritmo de la música. Y eso me hizo reír un poco.

Estaba de verdad con ganas de salir corriendo de allí y desistir de esa fiesta, pero ya había ido demasiado lejos. Había dicho que iba a esa fiesta e irme de ella sería peor que no haber ido.

—Quizá sea porque por ahora no conocieron las canciones del nuevo álbum de *Paramore*, amiga. —Dije, bromeando, escudriñando el lugar con discreción, pero nada allí me alegraba. —Apuesto a que todos vibrarían al son de “*Still Into You*” con este volumen.

No sólo por el hecho de que la canción significaba “*Todavía Afín a Ti*”, por más verdadero que sea (¡oh, Dios!), sino por el hecho de que podrían bien callarse.

Fue cuando *lo avisté*, del otro lado del salón.

En el mismo instante, sentí como si fuese a explotar en cualquier momentito. Él era *el único* que lograba causarme esa sensación.

“*Matheus, ¿cómo? ¿Viniste?*” me dije a mi misma, en pensamientos.

Sentí mis pies aflojarse, y entonces, me senté en una de las sillas más distantes del centro, donde, obviamente, estábamos nosotras dos. Había muchos cuerpos bailando allá en el centro y, al contrario de mí, Eloísa siguió de pie, caminando en esa dirección.

—Así pues... *tú*... —ocultó una risa al notar que lo había visto, y se recompuso. —¿Vas a quedarte sentada ahí en vez de ir allá a conversar con Matheus? —me encaró como si fuese pecado que continuara allí de pie. Y tal vez lo fuese de verdad, ya que él parecía estar buscando algo, al punto que, nuestras miradas se encontraron de una buena vez.

Matheus estaba elegantísimo de traje blanco y corbata de seda. Al verlo de esa manera, mi corazón perdió un latido. Dos. Tres. Ya no sabía más cuantos seguiría perdiendo, pero estaba convencida de una cosa en ese punto: era *él* a quien quería tener a mi lado por el resto de mi vida.

Las luces intermitentes eran graciosas, pero me dejaban medio tonta. Vi que Eloísa había empezado a bailar, y entendí que quizá bailar mejorara mi mareo. Él comenzó a caminar en dirección nuestra.

Comencé a moverme y saltar mientras caminaba en dirección a él también, con lentitud, repitiendo los movimientos *de ella*. Pero, no ayudó mucho. La verdad, mi estómago estaba una porquería.

Alguien se tropezó conmigo, y yo insulté. No sé a quién exactamente. No estaba viendo mucho. Quizás necesitara anteojos. Fui cuando, desastrosamente, terminé tropezando entre mis propias piernas y, antes de que me diera cuenta de lo que sucedía, me lancé a los brazos de Matheus para no terminar de cara en el suelo. Lo que evidentemente ayudó mucho, ya que en ese tiempo estar en

sus brazos era todo lo que más quería.

Giré el rostro levemente, para que mi nariz encuentre la punta de la suya. Nuestras miradas se atraparon, y había tanto calor en sus ojos que sentí como si estuviese derritiéndome. Sentí sus labios acercándose y entonces...

—Bésame *ahorita*, Matheus —susurré.

—Mari —gimió y entonces me besó.

Un beso largo y lento.

—¿Cómo te acordaste? —quise saber, después del beso, porque, eso ya me estaba carcomiendo por dentro de tanta curiosidad.

Pareció tragar saliva antes de abrir la boca.

—La verdad, Mari, —sin querer, terminé dejando aparecer una sonrisa entre los labios, —vine aquí para... —y mi sonrisa murió con la frase no finalizada.

Matheus notó mi cara de boba borrada, prosiguiendo:

—Bueno, si quieres de verdad saber cómo me acordé de todo... —Matheus respiró hondo antes de seguir. —...Después de haber leído esa carta que me escribiste, contando cuanto habíamos pasado tanto tiempo juntos, comencé a tener algunos chispazos de recuerdos. Pero, no fueron suficientes para tanto. Así pues, como me habías pedido en la carta, decidí oír las canciones. Y fue solo entonces que pude recordarme de todo. Recordar que estaba perdiendo la chica que venía soñando desde el día en que mis padres decidieron mudarse. La muchacha que había aprendido a amar y prometido a mí mismo jamás olvidarla. Pero...

—Creo que a fin de cuentas terminaste olvidándote, ¿no es verdad?

—Creo que sí. ¿Me perdonas?

—Matheus, *te amo*. —Dije, y enseguida sellamos otro beso. Inclusive más maravilloso que el anterior.

—¿Hola? Creo que no te oí bien. —Me miró de frente, segundos después de nuestro beso, como si me pidiera que repita lo que había dicho.

Y fue lo que hice.

—Recién dije que *te amo*, Matheus. —Y empecé a trastocar mi voz, pues quería que todos allí alrededor me oyeran. —¡TE AMO!

—¿Estás *loca*? —puso cara fea porque grité tan alto, con el rostro sonrojado por las miradas alrededor nuestro. Apenas hice que no me importaba eso y...

—No tienes *idea* de cuánto. —Y sonreí diabólica, besándolo ferozmente en seguida.

Él retribuyó.

E entonces nos besamos por primera vez después de tanto tiempo.

Fue un beso intenso y lento. Mirándonos directo a los ojos, fuera de foco. Como si estuviésemos esperando toda la vida por esto. Oí a alguien decir por el micrófono que una banda comenzaría a presentarse, o algo parecido, pero ni presté atención. Estaba muuy ocupada besando al sujeto que tanto amaba, entonces...

—Mari... —intentó decir algo, mientras continuábamos perdidos en medio de los besos.

No quería que le diera fin a este maravilloso beso nuestro, y así que, levanté la mano, pero no dije nada. Pues, no estaba con muchas ganas de mover la boca, sabes como es. Por lo menos *no* para decir algo. Apenas para continuar allí, *besándolo*.

No obstante, se retorció y metió una de las manos dentro del bolsillo, retirando lo que parecía ser una *carta* de ahí dentro.

—¿Matheus? —traté de decir algo, pero mi cara de asustada no me lo permitió.

Así como yo, él también había escrito algo. Y eso hizo que me sintiera incluso más especial. Y

claro que estaba loquita por saber cuáles eran esas palabras que estaban allí dentro.

Y, para mi total sorpresa, sentí como si mi mundo fuese a desmoronarse en el próximo segundo, al leer el primer párrafo, donde había escrito lo siguiente...

“Cuando éramos niños, recuerdo de haberte revelado dos de mis mayores sueños. ¿Te acuerdas, Mari?

Uno era ser productor musical.

El segundo, era conocer Francia.

La verdad es que los sueños se vuelven reales cuando menos lo esperamos. Y, quizás, por pasarnos la vida enfocados en ellos, en los sueños, es que al final llega su hora. El período tan esperado. Pero, con el paso del tiempo, descubrí que siempre tuve un tercer sueño. Y, tal vez, fuera el más importante que los anteriores, pero, aún no estaba seguro. Por lo menos hasta ahora.

Me pasé la vida entera buscando a alguien como tú, Mari, pero nunca, nadie, jamás logró igualarse a ti. Y es por eso que te escribí esta carta. Me gustaría mucho decirles a todos que ya tengo una “relación seria” contigo, asimismo, porque seguimos teniendo todo para que funcione. Sé que lo tenemos. Y creo en eso.

Sin embargo, aprendí de mi padre que no se puede tener todo en esta vida. La verdad es que, no quiero perderte otra vez, Mari, pero tampoco puedo renunciar a la gran oportunidad: conseguí un puesto en París como Productor.

Pero... No puedo hacer esto sin saber que estarás allí a mi lado. Sé que parece locura, pero... Podemos hacer que funcione, Mari. Créelo.

Y en breve te vengo a visitar. Si fuere preciso, de dos en dos meses. Pero necesito que tú lo creas. Porque tampoco quiero perder el motivo de vivir. No quiero mirar y no ver. No quiero dormir y no soñar.

¡Quiero estar contigo, Mari!

De eso estoy convencidísimo.

Con cariño, de tu eterno mejor amigo...

Matheus.

P.D.: ¡Por favor! Arriésgate conmigo”.

Me quedo sin reacción.

Y todo lo que puedo hacer en ese punto es dejar que el papel caiga mientras corro hacia el baño más cercano.



Matheus.

Sentí que mis piernas se aflojaban por completo en el segundo en que Mariana giró de espaldas a mí.

—¡TE AMO, MARI! —grité con todas mis fuerzas, en un intento de hacerla volver a mis brazos. —¡MARIANAAAAAAA!

Sin embargo, todo lo que hizo fue entrar en el baño femenino, sin siquiera lanzarme una mirada, sea de compasión o de desprecio. Lo que tal vez pudiera significar una cosa: *que había una chance más*. Y no la desperdiciaría.

Sin pensarlo dos veces, fui en dirección al baño femenino y entré, sin que siquiera me parezca importante lo que otros chicos pensarían.

—¡Oye! —una de las chicas que estaba delante del espejo, retocándose el maquillaje, me lanzó una mirada reprobadora. —No sabes leer, ¿no? Este es el baño femenino, ¿sabías?

—¡DEGENERADO! —la que estaba al lado, gritó con burla. Y las dos salieron del baño.

—*Hmmm*. —Otra chica me miró fijo al entrar al baño, esta vez con una sonrisita maliciosa en los labios. —¿Buscando a alguien en especial, semental? — Y puso su dedo índice dentro de la boca.

¡Argh! Odio a las chicas atrevidas.

Decidí buscar a Mariana, golpeando en cada puerta que estaba cerrada. No debía perder tiempo.

—¡MARIANAAAAAAA! —mientras gritaba, oí voces de dentro de uno de los cubículos bastante irritada. Obviamente por haberla desconcertado, que sé yo lo que estuviese haciendo no me importaba en este momento. Solo quería mirar a sus ojos otra vez y decirle cuanto la *amo*. Aunque sea por *última* vez.

— Por favor, Mari, escúchame. *No voy a desistir*. Eres mi *única* excepción.

Sin embargo, al contrario de lo que esperaba oír, Mariana gritó alto y con buen sonido:

—¡*Vete! Es lo mejor que sabes hacer, Matheus.*

Pude sentir la mirada de “pena” que esa chica, que permaneció con el dedo sobre la boca, me había lanzado, segundos antes de que mi corazón se despedazara por completo. Fue cuando desistí de seguir allí dentro.



Mariana

Algunas cosas necesitan de un cierto tiempo para resolverse, pero, *en esta situación*, saber que Matheus pasaría un buen tiempo en otro continente (aun creyendo en la idea de estar juntos) solo hacía eso todavía más difícil.

Y eso era aterrador.

Y no era solo por ese motivo que todo parecía haberse puesto gris como las tapas de los EPs de *Ariana Grande (de nuevo)*, sino, por cada minuto que pasamos desde entonces. Y actualmente, él tiraría todo a la basura otra vez.

—¡MARIANAAAAAAA! —mientras Matheus gritaba mi nombre, solo podía pensar en una cosa: estaba totalmente jodida. —Por favor, Mari, escúchame. —*No* quería, y, al mismo tiempo, quería, *sí*. —*No voy a desistir*. Eres mi *única* excepción.

Una parte mía estaba loca por saltar en su regazo y enterrar la cabeza en su cuello, embriagarme con su perfume. La otra, la sensata, dudaba de lo que debía hacer. Por eso, terminé diciendo lo que no debía:

—*¡Vete! Es lo mejor que sabes hacer, Matheus.*

Juro que no tenía ninguna intención de lastimarlo. Ok, tal vez... 1 % quería, *sí*, pero...

Sentí que algo se sacudía en mi interior.

Había algo extraño en el aire. No es que fuera sensitiva ni nada, pero, *¡era demasiado tarde!*

Cuando al fin abrí la puerta para tratar de arreglar la burrada que había hecho, me topé con Leticia frente al espejo sujeto en la pared. Parecía retocar su maquillaje.

—Epa, epa, si no es la *famosísima* Mariana. —Me encaró por el reflejo en el espejo. —Cuánto tiempo, ¿eh?

—*C-cuanto t-tiempo...* — repetí sin reacción, tratando al máximo de no tartamudear delante de ella.

Ella era *todo* lo que no necesitaba en ese punto.

Leticia (conocida de igual forma como mi *archienemiga*) giró los ojos antes de abrir la boca otra vez.

—Ah, ¡sí! Es verdad. —Y guardó su lápiz labial en su carterita anaranjada. —La última vez que nos tropezamos, querida, trataste de hacerte pasar por una vendedora y, mira, lograste engañarme totalmente, ¿eh?

Seguí muda, plantada delante de ella. No estaba en condiciones de iniciar una discusión con

ella o con cualquiera que apareciese delante mío en este segundo. Me sentía tan despedazada psicológica como físicamente.

—Ah, ¡habla en serio, Mari! —Leticia levantó su carterita antes de comenzar a caminar en dirección a mí. —Soy un fantasma, ¿por casualidad?

Pensé en decir algo, pero mi raciocinio lógico no me permitió decir ni siquiera una palabra.

—¿Cuál es tu problema, muchacha? —Se acercó bien cerca, pero tan cerquita, que llegué a pensar que sería besada por mi propia archienemiga, *jargh!* —Según leí en los periódicos, tienes garra cuando quieres. Mataste a tu propio secuestrador, cuanta audacia. Y mucho coraje, debo agregar. ¿O sería *estupidez* de tu parte? —Y se distanció con una sonrisita en el rostro, dando un paso hacia atrás. —Pero... Lo que no entiendo, *Mariana*, es... ¿Por qué *motivo* me encerraste en ese probador? —Y empezó a caminar en círculos delante de mí. —En serio, cuéntame. ¿Robé algún noviecito tuyo? —Y paró, mirándome a los ojos. —O... —Y volvió a caminar en círculos. —...Que se yo, quizás haya hecho algo que no te agradó, ¿cierto? —Y paró de nuevo, mirándome a los ojos otra vez. —Entonces, termina enseguida con esta curiosidad mía y dime: *¿qué te hice, muchacha?* —¿La víbora maldita ni me reconoció? Ni siquiera de tan cerca sería capaz de un milagro de esos, *ya debía de saberlo*.

Mariana, Mariana, ¿qué estás esperando? Esta es tu chance. Vamos, chica, ¡dilo! Dilo ya de una vez y termina con esto.

Prefiero llamar eso como: *¡Alerta! Comete una locura, Mariana*. Lo que obviamente terminaría sucediendo al dejarme esa víbora maldita delante mío. *Y encima desafiándome, ¡solo imagínate!*

—Puedes llamarme tu peor pesadilla, *¡mi querida!* —dije por fin, lista para el combate, pues, mi armadura ya estaba expuesta.

Ahora solo es atacar, Mariana.

—¿Quién piensas que eres, al final? —me desafió, fingiendo estar totalmente sorprendida.

—¿*Quién soy yo?* —fingí estar decepcionada, sonriendo de su expresión facial patética. — Esa es una buena pregunta, *Leticia*. Y estoy segura de que te va a *encantar* conocer quién soy. —Y dejé que otra sonrisa incluso mayor que la anterior se escapara de entre los labios. —¿Recuerdas el baile del *quinto grado*? Sí, yo soy esa chica a la que *tú* le *derramaste un balde lleno de grasa*. ¿Recuerdas eso, *querida?* —fue cuando logré ver pequeños fragmentos de recuerdos surgir en sus ojos. En un tono de sorpresa, sus labios formaron un “O” bien redondo cuando, por fin, abrió la boca, pero no dijo una palabra. —¡Sí! *Te acuerdas*. —Y eso la hizo dar dos pasos hacia atrás, aún de frente a mí, completamente sorprendida. —Muchas gracias por el regalo de los viejos tiempos, ¿está?

—Mari, yo... —comenzó a sacudir la cabeza mientras trataba de correr con las palabras, pero, yo fui más rápida y proseguí:

—No sabes lo muy desagradable que fue retirar toda esa grasa de mi lindo y sedoso cuerpito. ¿Puedes creer que lo que hiciste terminó ayudándome? —Parecía no entender lo que recién le había dicho, mirándome de arriba para abajo. —Es verdad. ¡Mira! Mira con tus propios ojos. —Y levanté mis brazos para que pudiese ver con sus propios ojos, dándome la oportunidad de agarrarme de sus cabellos y *terminar* con su raza allí mismo.

Sin embargo, no sé si debo llamar a esto de: *suerte*, o *azar*. Pues, en ese mismo instante, Lucio entró en el baño.

—*Amorcito*, para qué tanta frescura en una simple noche de... —seguía mirándola antes de reconocerme y... —Epa, epa, si no es la legítima *dueña* del aparato que confisqué ese día. No sabía que ustedes dos eran amigas. —Y nos enfrentó, como si mirara un juego de pingpong.

—¡Me encanta tu *ironía*, mi querido! Pero *jamás* sería “amiga” de esa *ahí*. ¿Recuerdas el balde de grasa en el quinto grado? Así que, *ella* era la muchacha que elegiste, ¿la recuerdas? —Y lo agarró de los brazos antes de darle un beso sin que les importe mi presencia. Fue cuando finalmente noté que ella estaba usando el mismo modelito que había rescatado de sus manos esa noche en que fui supuestamente asaltada por él.

—*Ahoora* entendí todo. —Me oí decir, en voz alta.

Sí, reconozco que estoy siendo bastante idiota (bastante es poco, eso es verdad), pero, *¿cómo no lo había notado antes?*



¡Argh!

No sé si, vomitaba de asco al ver a los dos agarrándose delante de mis ojos, o si aprovechaba el corto tiempo que todavía me quedaba para huir de ahí lo más rápido posible. Y creo que ya sabemos cuál es la decisión correcta de tomar, ¿no es verdad?

Por favor, Dios, no juegues conmigo en este instante...

—Adónde es que la *princesita* piensa que va, ¿eh? —Lucio me sujetó del brazo, antes de que lograra pasar por la puerta. *¡Pucha!* —Por tu culpa, mi padre está atrás de las rejas a esta hora. ¿Y sabes lo que eso significa, *princesa*?

¿Eh?

¿Dijo que era mi culpa?

¿De verdad oí bien?

—Significa que tendré que *acabar* contigo. —Dije, antes de repetir exactamente lo que Marcia había hecho al aplastar las bolas de ese matón fuera de la ley. Sus movimientos quedaron grabados en mi mente, listos para ser usados en cualquier instante desde que logramos huir de ese lugar. Y además había tenido algunas *clasecitas* prácticas con Marcia antes de que aclaremos el caso por completo.

Tenía tanta, pero tanta *rabia* con este presumido que se cree contra la ley, que ni me dejé llevar por el miedo de que mis movimientos fallaran al tiempo de la ejecución y fuera golpeada por él al segundo siguiente. Por suerte, Marcia era estupenda como profesora de *artes marciales* y me había enseñado exactamente lo que necesitaba saber.

—*Eso*, fue por el balde de grasa, *¡idiota!* —y escupí, mientras continuaba retorciéndose de dolor en el suelo del baño femenino. —Y *tú...* —Miré bien en el fondo de los ojos de Leticia antes de cualquier otro movimiento, haciendo que ella *jamás* se olvidara de esta situación.

—*¡Mari, finalmente te encontré!* —Eloísa recién entraba en el baño antes de darse cuenta de lo que estaba sucediendo. —*¿Le-Leticia?* ¿Qué estás haciendo aquí?

—Llama a la Policía, Elo. —Dije. —Y avisa que el *fugitivo* fue encontrado.



40

Matheus.

“¡No se puede tener todo en esta vida, hijo mío!”

Me acuerdo bien de oír a mi padre decir esa frase desde que tenía nueve años de edad, pero, nunca (*jamás*) había realmente comprendido el verdadero significado de esta frase. Por lo menos no *hasta este minuto*.

Pero lo que quería y lo que *debía* hacer eran cosas diferentes en esta circunstancia. Y ella había hecho su elección, así como yo había hecho la mía. Y jamás podría culparla por eso.

¡Buen trabajo, perdedor!

Quería golpear algo. Mi cabeza, por ejemplo. Con un poco de suerte, quedaría inconsciente y me olvidaría de toda la mierda que había hecho por el momento.

“¡Vete! Es lo mejor que sabes hacer, Matheus.”

Las palabras de Mariana seguían haciendo eco en mi cabeza, aún después de haber dejado el baile y seguido en dirección a mi casa. Solo quería que dijera “sí”, para que pudiésemos soportar *juntos* este tiempo en que estaríamos, una vez más, *distantes* uno del otro.

¡Pucha!

No era eso lo que yo quería. Ni de lejos. Y jamás pasó por mi cabeza que hacer lo correcto dolería *tanto*. No necesitaba sufrir más que lo suficiente. No tenerla en mis brazos ya era una pesadilla eterna que tendría que afrontar de ahora en adelante.

“Es lo mejor que sabes hacer, Matheus.”

¡Estoy jodido! La voz de Mariana jamás se disipará de mi mente y eso obviamente me hará sufrir el triple de lo que realmente debería...

¡ESPERA!

Mariana tiene toda la razón.

Di marcha atrás, e hice el camino de vuelta al lugar de la fiesta. Probaría que lo mejor que sabía hacer era *no irme*. Ok, tal vez lo *fuera*, pero, ¡a partir de hoy *no lo sería más!*

* * *

Ni bien llegué, había tres patrullas paradas en medio de la calle, las luces titilando en el techo, tiñendo todo el ambiente oscuro a nuestro alrededor de rojo-sangre. Luego logré ver uno de los policías sujetando a...

¡No puede ser!

Delante de mis ojos, ahí estaba el mismo mocoso que había asaltado a Mari y resultado en

nuestro secuestro. Por suerte, ya había sido esposado y era llevado derecho al furgón celular.
Un escalofrío subió por mi columna. Eso no parecía nada bueno. Nada bueno.



Mariana

—Leticia, la policía quiere hablar contigo. —Dije por fin, mirándola, parecía pálida con el rumbo que la situación tomó.

—¿Y con quién no quieren? —murmuró. —Soy inocente, ¡lo juro! No hice nada.

—La señorita debe permanecer en silencio, o todo lo que diga será usado en su contra en el tribunal. —Respondió el policía, con calma.

Me obligué a permanecer de pie y juntarme al grupo de personas en la salida lateral del salón, todos asustados con el acontecimiento. Eloísa se comía las uñas en un rincón mientras mi madre (responsable por el evento) murmuraba algo al policía de cabeza rapada. Fue cuando lo vi bajar del automóvil y, todo lo que podía pensar era:

“No voy a desistir. Eres mi única excepción”.

Fui obligada a dejar de pensar sobre el asunto cuando un ruido (que, *mi Dios*) hizo eco por todo el salón, haciendo que todos miraran furiosos al escenario por dos segundos. Era uno de esos sonidos que hace el micrófono cuando hay alguna interferencia. Luego vi a dos jóvenes instalándose en sus lugares atrás de los instrumentos. Uno parecía ser el baterista, y el otro estaba sujetando un contrabajo en las manos. Y eso terminó dándome una *idea*.

Fui hacia allá.

Él lo merecía.

Yo lo merecía.

El escenario estaba bien cerca, y por eso no me llevó más de un minuto para que llegara a él. Los dos muchachos, que parecían encantados con los instrumentos, ni notaron mi presencia cuando me acerqué.

—¿Aprueban la idea de que yo cante la próxima canción con ustedes? —hablé casi que en un grito, de tan animada y confiada que estaba.

Se rieron un poco de mi entusiasmo y al instante dijeron que sí, preguntando apenas que canción me gustaría cantar, hasta que...

—¿*Hola*? —el baterista, que tenía una cara de Jacob de *Crepúsculo*, me miró fijo un poco sorprendido. Y terminé sorprendiéndome también por *tamaño* semejanza entre él y Taylor Lautner. —¿No eres esa muchachita del canal *Paramour* en YouTube?

—Mariana Carey, ¿acerté? —preguntó el otro, que estaba sujetando el contrabajo con las manos y... *Mi Dios*, igualmente era *muuy* parecido a Taylor. Apenas un poco más de edad que la

que el baterista aparentaba tener. Imaginé de inmediato que los dos eran hermanos, solo podía ser. —¡Y no! No somos hermanos, ¿está bien? —los dos dijeron de una sola vez, adivinando mis pensamientos.

—¡Está bien! —dije, levantando los brazos como si me estuviera rindiendo.

Terminé sonriendo por eso, feliz de que se hayan acordado de mí apenas por los videos en YouTube y no por lo sucedido que cambió toda mi vida desde entonces. —¿Conocen “*Your Love's A Drug*” de *Leighton Meester*?

—Claro, pero... pensé que fueras a cantar alguna canción de Paramore. —Y sonrió, medio avergonzado por el propio comentario. —Me encantaste cantando “*The Only Exception*”.

Y una vez más, las palabras de Matheus *hicieron eco* en mi mente.

—¡Gracias! —agradecí y, eso me terminó dando otra idea. Hice señas para que se acercaran más y susurré como si tuviera toda la intimidad del mundo: “Vamos a hacer un midley con las dos canciones, ¿ok?”.

—Pero eso será imposible, las dos canciones son muy diferentes. —Susurró el baterista, abordándome, como si hubiese revelado que *mataría* a alguien. Terminé contándole como debía hacerse eso y le expliqué en qué parte debían hacer el cambio de las canciones.

Vibraron con la idea y me pidieron que me ponga detrás del micrófono. No tardó mucho para que Matheus apareciera entre la multitud de cuerpos en el centro del salón. Parecía asustado, buscando a alguien. Sería... ¿Yo? Y entonces dije rápido en voz alta al micrófono:

—Esta va para la persona más especial que conocí. —Noté que, mientras decía esto, Matheus me encontró con una mirada sorprendida por, quizá, verme allí arriba. Le sonreí y le di una guiñadita de ojos, como si intentara consolarlo de que estaba bien. A diferencia de muchos, yo no tenía ni un poco de vergüenza por estar allí encima. Principalmente con todas esas miradas sobre mí.

Miré a los chicos que estaban con los instrumentos y les di la señal de que estaba lista. No llevó ni dos segundos para que empezaran a tocar exactamente como lo imaginé.

Me gusta, lo quiero

El modo como haces que mi cuerpo se mueva.

Entoné las primeras palabras de la canción (*en inglés*) y reparé que algunas personas se detuvieron y empezaron a cuchichear entre si.

Me volví una esclava de mi hábito

Alimentándome de tu amor

Necesito eso ahora.

De verdad *necesitaba* hacer esto.

Me concentré en dirección a Matheus y apenas en él, que, soltó una sonrisa enseguida. Me dio un escalofrío de los pies a la cabeza por eso. Muchas personas me miraban, sorprendidas por verme cantando por primera vez en público, o quizás, por mi coraje después de lo sucedido hace cinco minutos atrás.

Eres todo lo que necesito

Tu amor es una droga, no me canso

Tu amor es una droga

Y no puedo dormir

No me canso, tu amor es una droga

Tu amor es una droga

Tu amor es una

Cerré los ojos y me imaginé todo lo que estaba escrito en esa carta. Fue cuando cambiamos de

canción:

*Tengo mucha noción de la realidad, pero no puedo
Dejar lo que está delante de mí
Sé que estás partiendo cuando te despiertas de mañana
Déjame con una prueba de que esto no es un sueño*

Ya estaba cantando un trecho de “*The Only Exception*” (lo mismo *en inglés*) cuando lo miré fijo una vez más. Tenía los ojos llenos de lágrimas, aguantándolas. Los míos al instante se llenaron de agua igual. Y me enfoqué para cantar la mejor parte.

*Eres la única excepción
Eres la única excepción
Eres la única excepción
Pero, eres la única excepción*

Y él lo era.

¡Lo es!

La canción, entonces, terminó y el salón pareció explotar en gritos y palmas. Estaba totalmente feliz y terminé dejando caer una lágrima. Noté que Matheus trataba de venir hacia mí, intentando pasar entre los cuerpos allí presentes, y yo, rápido, me tiré del escenario. Me sorprendió cuando vi que la gente allí abría un espacio para que pudiera caminar hacia él sin ser interrumpida.

Matheus paró a mitad de camino, faltando poco para llegar a mí. Suspiré mientras todo parecía estar en cámara lenta. Fue cuando sentí a alguien pellizcarme en el momento siguiente, y, cuando giré de costado para ver quien había sido el responsable, vi a Eloísa toda sonriente con un pedazo de papel en las manos. Me lo entregó rápido, haciéndome señas de que le mostrara a Matheus lo que allí estaba escrito. Y, aunque no tenía conocimiento de que decía, fue eso lo que hice.

Sonreí al leer (de atrás hacia adelante) lo que estaba escrito allí:

¿QUIERES SER MI NOVIO?

Matheus sonrió, y de inmediato, metió la mano entre los bolsillos, como había hecho al tomar esa *carta*. Quedé en estado de shock al notar que todo eso había sido planificado por los dos (digo, por él y por... *Eloísa*).

Matheus repitió lo que estaba haciendo con el papel, solo que esta vez, no estaba escrito “*quieres ser mi novio*” o “*acepto*” ... y sí:

¿QUIERES CASARTE CONMIGO?

¿Quería?

¿Estaba dispuesta a pasar todos mis días con él?

¿Necesitaba de verdad responder esa pregunta?

—¿*No es obvio*? —dije, casi llorando de tanta alegría, felicidad, y un amontonamiento de otros sentimientos. Volando encima de él inmediatamente, para al fin, poner nuestro *delicioso* beso en acción (aunque *diferente y... único*), cuando fuimos interrumpidos por la directora (o sea, mi madre) anunciando por el micrófono el *gran final*. Ese era el tiempo en que todos los participantes, finalmente, tendrían conocimiento de los merecedores a los títulos de *Rey* y *Reina* del Baile.

Y claro que Matheus y yo no nos cansamos de decir: “*Te amo*”.

Y esas palabras se transformaron en un cántico mientras nos movíamos juntos, despacio. Después, rápido. Despacio. Rápido de nuevo.

Todos comenzaron a formar filas indias, creando, en fin, cuatro largas filas en el centro del salón. Cada uno, probablemente, uno por uno anotaría en un pequeño pedazo de papel (que era ofrecido de forma gratuita a todos), quien realmente debía ser *elegido* a los títulos.

No quería votar, quería salir de aquí lo más rápido posible con Matheus para, por fin,

quedarnos a solas. Pero... Haría esto por *él*.

Quería que, al menos, *él* ganara el título ya que la última vez que eso le pasó, no tomó la corona exactamente por haberme visto toda sucia y manchada de grasa, hace cinco años atrás.

¿Cómo podría olvidarme?

Y yo asimismo lo merecía (*claro*), pero, según el dicho popular: un rayo nunca cae *dos veces* en el mismo lugar, ¿no es verdad?

Excepto, claro, por un milagro.

Y no era muy fan de los milagros debido a los últimos acontecimientos en mi vida, entonces...



—¡Ay, *amigaaa*, ni puedo creer que finalmente ustedes ya podrán estar juntos! —Eloísa nos abrazaba constantemente, minutos después de la votación.

—Gracias a tu brillante idea, Elo. *¡Gracias!* —y la apreté incluso con más fuerza. Pareció que no le gustó mucho eso, ya que me encaró con seriedad.

—¡Calma, calma! Así vas a terminar aplastándome, Mari. Todavía necesito estar *viva* para el matrimonio de ustedes dos, *¿te olvidaste?* —Y arregló el vestido, que quedó un poco arrugado después del abrazo que le di. —Y ni sirve decir lo contrario, porque seré *sí* la madrina y listo. —Y puso una cara fea, como siempre hacía cuando quería pedirme algo que no podía negarme.

—¡No puedo pensar en *nadie* más para ocupar ese puesto a no ser en ti, Elo! —y entonces, sonreímos juntas.

Oímos algunos “Owennn” de la gente alrededor nuestro, pero no me importó. Pero, cuando mi madre volvió al centro del escenario con un sobre rojo en las manos, no fue necesario espiar para estar segura de que todos ya no nos prestaban tanta atención a nosotros.

—Y ahora, ¡el momentito más esperado! —chillidos. Gritos. Todos ansiosos por el resultado, hasta que...

—¡Estoy realmente sorprendida con este resultado! —noté la mirada de espanto que mi madre ponía al haber sacado el lacre del sobre y leído el papel en un segundo. —El vencedor al título de Rey de este año es... —Noté que su mirada rápidamente se posó sobre el lugar donde estábamos, ya sabía el resultado. —...*Matheus Figueiredo*.

Todos aplaudieron históricamente en el segundo en que fue iluminado por los reflectores, gritando eufóricos como si la vida de Matheus dependiera de eso. En el mismo instante, vi una sonrisa resplandecer entre los labios de Matheus, que, por entonces, estaban pegados a los míos.

¿Qué pasó? Él merecía un beso de recompensa por eso, ¿no es verdad?

—Y ahora... —mi madre siguió y su mirada permanecía fija en mi dirección, pero, llena de lágrimas.

¡NO!

¡Eso era posible!

No podría ser elegida de nuevo a...

—La ganadora del título de Reina de este año es... —lágrimas comenzaron a caer sobre su rostro. Probablemente emocionada y, al mismo tiempo, sorprendida —... tú, *hija mía*, Mariana Carey.

—Yo GANÉ. —No era una pregunta.

Y una vez más, todos aplaudieron histéricamente, como si recién hubiesen visto el último capítulo de la novela de las nueve con final feliz. Y ni vi cuando Matheus me agarró de la cintura y me levantó en un solo movimiento, poniéndome sentada sobre sus hombros.

—¿Ustedes no quieren su corona? —oí una voz detrás de mí. Giré la cabeza para tratar de ver de quien era esa voz, y cuando pude, vi a una chica despeinada y con una mirada *chispeante* y al mismo tiempo *triste*. Al instante pesqué lo que debía hacer.

Le pedí a Matheus que me pusiera de vuelta en el suelo, y, cuando lo hizo, sujeté la mano de la chica y la empujé en dirección al escenario en el segundo siguiente, donde mi madre seguía de pie. En este instante, sujetando las dos coronas.

Le di un abrazo y, enseguida, tomé mi corona. Era muy linda, modestia aparte, pero necesitaba hacer esto. La chica a mi lado me miró sin entender mucho sobre lo que estaba a punto de hacer, y entonces, cuando finalmente se tocó, noté que sus ojos ya estaban llenos de agua también.

—Todo este tiempo, desde mi último baile hasta aquí, pude aprender algo que considero bastante representativo por el momento. —Comencé mi discurso con el micrófono en una de las manos, y la corona en la otra. —Y ya entendí el *verdadero* sentido de la cosa. —Y tomé aire antes de proseguir. —*¿Por qué elegir apenas UNA cuando podemos elegir a TODAS las chicas?* —y levanté la corona hacia arriba. La chica a mi lado suspiró, emocionada. Y llorando. Continué. —A partir de hoy, los bailes no tendrán apenas una reina, sino... una *familia real*. Vamos a hacer algunos cambios en esas reglas, ¿no es verdad, *mamá?* —y la miré de frente, sonriendo por su expresión facial incrédula.

Se rieron un poco de mi entusiasmo e instantáneamente dijeron que sí a coro, preguntando apenas que canción me gustaría cantar. Eso me dejó un poco sorprendida la verdad.

—¿Quieren que cante otra vez? —miré a los chicos de la banda, que sonreían con mi pregunta boba. Probablemente de igual modo estaban esperando eso.

Todos gritaron un “Síiiiiiiii” bien alto y reconfortante, que me hizo repensar en el asunto en ese mismo instante.

—Bueno, entonces... —proseguí, con una sonrisita de costado. —Tengo una *sorpresita* para ustedes. —Y enfrenté a Matheus en ese exacto minuto, agregando de inmediato. —*Especialmente para ti*. —Y guiñé el ojo, más confiada que nunca.

Miré a los chicos de los instrumentos y silbé con los labios “la canción uno” del mismo modo que había hecho minutos antes. Parecían haberme comprendido ya que, rápido, empezaron a tocar “*Your Love's A Drug*” de *Leighton Meester* otra vez como esperaba. Solo que esta vez, no canté exactamente la misma letra, había decidido arriesgarme con el “*impulso*” (*Cantando una letra de mi autoría: que más tarde la bautizaría “Tu Beso”*):

En la noche, del Baile

Creo que fue milagro

La Reina, del Baile

No seré un desastre

Después que te fuiste, sé cómo duele

Y entonces quise, tú solo para mí

Todos quedaron sorprendidos con el cambio de letra, ya que esta vez estaba cantando en *español*. Inclusive los chicos de la banda, pero, *gracias a Dios* continuaron tocando los instrumentos sin interrumpirme.

Y eso probablemente hizo que creyeran que, tal vez, estaba *cantando* la “traducción” de la letra anterior. *Pobres inocentes*, ni saben que todo no es más que pura “improvisación” de verdad.

Había visto *mucho* eso en los videos de YouTube, pero, jamás había intentado hacerlo igual.

Hasta ahora.

*Siempre soñé, acompañarte
Pero ahora que probé... tu boca:
Siempre quise
Tu beso caliente, yo inocente y nada más
Y fue exactamente así
Que sucedió, tu beso es mío, no vuelvo atrás...
(No vuelvo...)*

Y era imposible no sonreírme a mí misma al notar lo buena que estaba siendo con la letra improvisada. Noté a una chica con un vestido parecido al que *Taylor Swift* había usado en el clip “*Shake it Off*”, y, fue entonces que decidí cantarla tan pronto como mi canción improvisada había llegado al final. No necesitaron ni dos palabras para que los chicos de la banda entendieran cual sería la próxima canción cuando dije “*I stay out too late... Got nothing in my brain*”. Todos dieron un grito, aprobando mi *playlist* y comenzaron lo mismo a moverse.

*Pero sigo adelante
No puedo parar, y ni voy a parar de moverme
Es como si tuviera una canción en mi mente
Diciendo que todo va a estar bien*

A fin de cuentas, me estaba gustando todo eso, y los chicos de la banda eran excelentes, entonces...

—Creo que recién descubrí mi más nuevo *talento*. —Le susurré a Matheus, que todavía me miraba congelado en el mismo lugar en cuanto la música terminó. Sus ojos brillaban, y así que, hice señas para que subiera al escenario antes de comenzar a cantar “*All You Had To Do Was Stay*”, otra de *Taylor Swift*. Y para mi sorpresa, lo hizo. No era una indirecta para él, pero fue lo que imaginó ya que la letra decía todo lo que no fui capaz de decir hasta el presente. Y terminamos los dos allí, hasta el final de la noche.

*Aquí estás ahora, llamándome
Pero no sé qué decir
Estuve juntando los pedazos
Del desorden que hiciste
Gente como tú siempre quieren de vuelta
El amor que dejaron de lado
Gente como yo se marchan para siempre
Cuando dices adiós
(Quedarse)
Hey, todo lo que necesitabas hacer era quedarte*



Epílogo

La razón por la cual estoy aquí con mi tarjeta de embarque en la mano, esperando para volar 11.000 kilómetros hacia una aventura en un nuevo país, es *él*. *Matheus Figueiredo*. Él es la memoria que elegí cargar por el resto de mi vida.

Pues, entró como una ola de mar gigante y cambió todo. ¡Todo, *todo*, TODO!

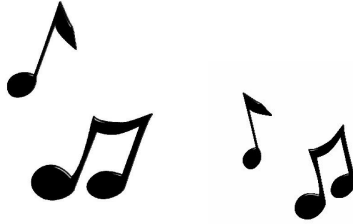
Estoy sujetando mi tarjeta de embarque como mi vida, aún sin creer en lo que estoy a punto de hacer.

Pero, entonces, lo veo sujetando nuestro desayuno improvisado. Asimismo, había un periódico.

Estaba perfecto.

Tomo el periódico en sus manos, mientras una sonrisa boba escapaba de entre mis labios, porque una de las notas terminó robándome la atención...





PAREJA “MATHIANA” FINALMENTE ASUME EL NOVIAZGO Y YA AGENDA FECHA DE CASAMIENTO

Para quien creía que era imposible, la música probó lo contrario.

Después de ser secuestrados por policías mafiosos, Mariana Carey y Matheus Figueiredo finalmente decidieron asumir el noviazgo en plena noche de Baile de Graduación, en la unidad escolar donde la joven “talentosa” decidió hacer una sorpresita para el muchachito, presentando su primer single oficial “Tu Beso” ... Y todo sucedió de improviso.

Al recibir la noticia de que su amado pasaría sus próximos seis años en otro continente, Mariana Carey armó de última hora, junto con la *We're Young* (banda ganadora de uno de los concursos musicales de la propia escuela), un show más que emocionante. Con derecho a pedido de noviazgo, banda de sonido y todo lo demás.

Pero, quien terminó dando la mayor sorpresa de todas fue el propio muchacho que, la sorprendió con su pedido de “matrimonio” segundos después de haber recibido el pedido de noviazgo de la joven, que al día siguiente terminó publicando ese minuto adorable en su canal “Paramour” en YouTube (que fue creado en homenaje a su banda preferida), y que actualmente, posee más de un millón de inscriptos.

Se equivoca quien piensa que los dos vivían en un mar de rosas, porque, después de ser salvados del secuestro, Matheus Figueiredo (hijo del famoso millonario *Alfonso Figueiredo*), terminó perdiendo la memoria. Dejando el corazón de la joven en mil pedazos, pues, ella, fue acusada de oportunista y todo lo demás por el propio muchacho.



Pero... lo que quizás pareciera imposible se volvió realidad. Gracias a la *música* (la cual Mariana Carey dejó como “despedida”), hizo que Matheus Figueiredo se acordara de los momentos de intimidad que tuvieron juntos: desde el primer beso (aún en la infancia), hasta el reencuentro actual.

¡Es eso mismo, gente! La música rompió el hechizo de olvido que los separaba, y el amor unió a estos dos jóvenes de la mejor forma posible. —“*Nunca es tarde para comenzar a ser feliz. Debemos siempre creer que todos tenemos un par perfecto, y que, la música, ¡siempre será su mejor cupido!*” —Afirma la pareja,

super alegres, antes de embarcar juntos hacia París, en donde permanecerán durante todo el noviazgo.

Tu Beso *(Your Love's A Drug)*

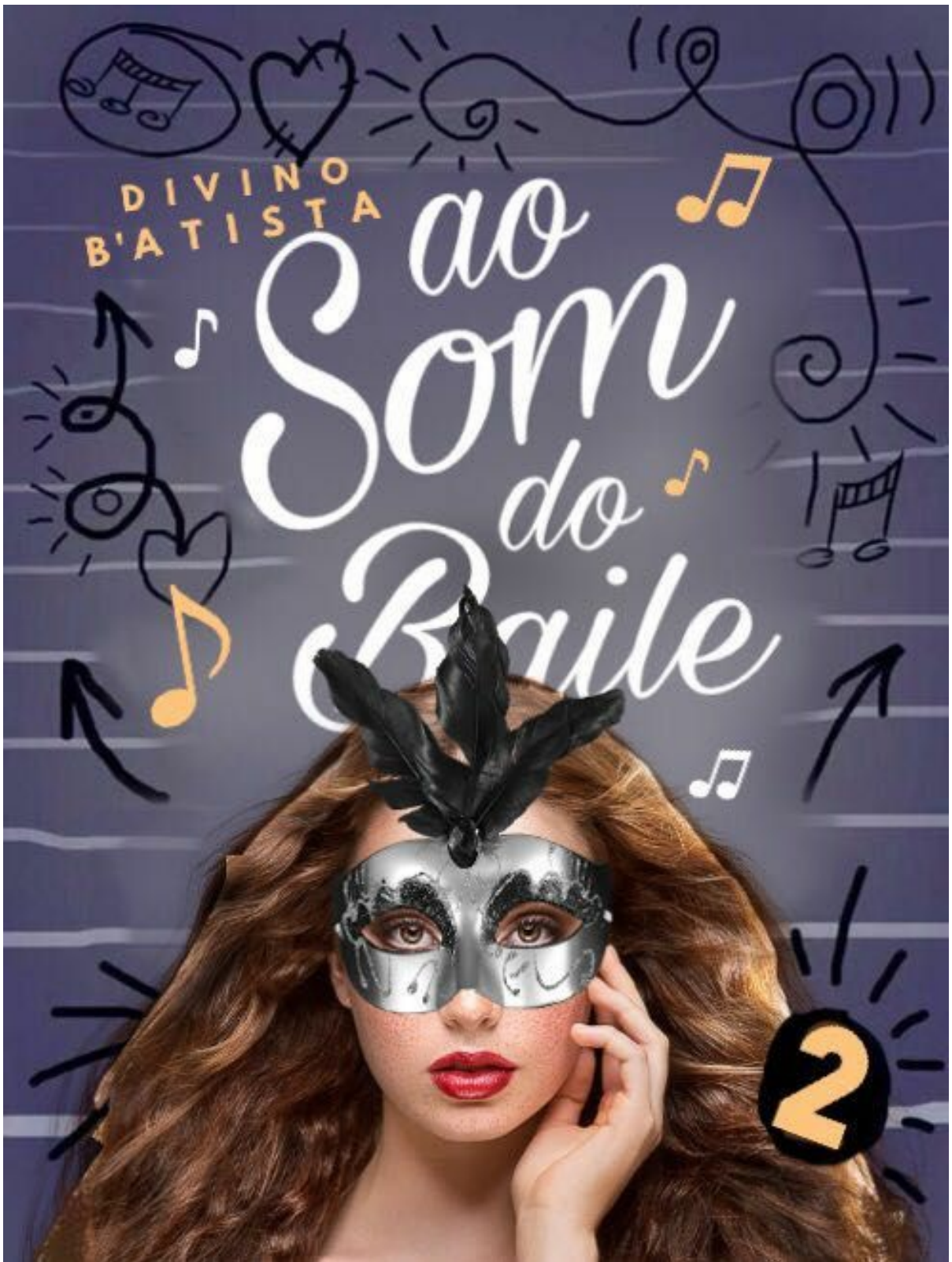
Divino B'atista

*En la noche, del Baile
Creo que fue milagro
La Reina, del Baile
No seré un desastre
Después que te fuiste, sé cómo duele
Y entonces quise, tú solo para mí
Siempre soñé, acompañarte
Pero ahora que probé... tu boca:*

Estrillo:

*Siempre quise
Tu beso caliente, yo inocente y nada más
Y fue exactamente así
Que sucedió, tu beso es mío, no vuelvo atrás...
(No vuelvo...)
El único, de la aldea
Y yo siempre en la mía
Entiéndeme, no mientas
Yo era una insolente
Pero ahora cambié, voy a hacer lo que sé
No me digas, soy lo que siempre quise
Siempre soñé, acompañarte
Pero ahora que probé, tu boca:
Siempre quise
Tu beso caliente, yo inocente y nada más
Y fue exactamente así
Que sucedió, tu beso es mío, no vuelvo atrás...
(No vuelvo...)
Prometiste
Que tu beso era sólo mío
No sirve querer volver atrás...
Siempre quise
Tu beso caliente, yo inocente y nada más
Y fue exactamente así
Que sucedió, tu beso es mío, no vuelvo atrás...*

Lee también





Agradecimientos

¡Ay, mi Dios! Son tantas personas en este trabajo hasta aquí. Okey. ¡Vamos (*una vez más!*)!

Jaqueline Pereira, que, además de hacerme ser el escritor más deseable y feliz del mundo, fue quien leyó por primera vez la historia de Mariana hasta (casi) el final y terminó enamorándose de Matheus antes que la propia Mari. Sin *ti*, este libro no existiría. ¡Gracias! Y, claro, por incentivarme a mostrar este mi lado escritor al mundo.

A *Thata Gomes*, nunca voy a dejar de recordarme de ti... Lo mereces más que nadie, por simplemente ser tú: por ser guerrera; y por aguantarme todo este tiempo que pasé tratando de darle un punto final a esta historia. Y por ser la mejor lectora que tuve hasta entonces. Lo logramos, tenemos un libro más.

Tener que elegir entre las dos era una tarea ardua y desesperante, créanlo, pero, por el lado bueno, ahora están en el mismo nivel (Risas).

Y claro que no podría olvidarme de mencionar a *Giovanna Dias* por haber sido mi BETA excepcional, y *muuuuy* dedicada.

Pri Assis, que ya era fan desde el primer capítulo, así como *Andressa Castilho*. Ustedes son mi punto de equilibrio. Gracias por las reseñas, los mensajes inspiradores, y, sobre todo, la amistad sincera.

Me gustaría agradecer inmensamente a mi amigo *João David Alves* que, además de haberle encantado todo el contexto en sí, fue el mejor BETA que encontré en este ancho mundo. Gracias por aceptar desencasillar mi obra y dejarla todavía más especial.

Gabriel Caetano, que, aun no teniendo el conocimiento de esto, fue esencial para la marcha de esta historia.

Amanda Batista, mi hermana del alma, pero que podría serlo de sangre, y que jamás quitaré del corazón. Aun estando tan lejos de mí, estuvo tan cerca. Todo este tiempo. Simplemente me parece increíble que es la única capaz de entender y hablar el mismo idioma que yo, y que ¡me aguanta más que cualquiera! Principalmente cuando abro la boca y empiezo a hablar de mis ideas.

Y ya que toqué esta parte, a *Rafael Lopes*, por volverse un verdadero amigo, acogiéndome en su humilde residencia sin al menos tener conocimiento de mi locura intelectual como escritor.

A mis familiares que, a pesar de no entender muy bien “ese asunto de escribir”, no creían que un escritor en la familia lograría ir tan lejos. Bueno, miren lo que resultó.

A *Isabela Freitas*, que fue adorable al extremo y me pidió un ejemplar en su noche de autógrafos.

A *Thati Machado*, que fue más que adorable al extremo y no sólo leyó sino aceptó ser madrina de este libro.

A *Paula Pimenta* y a *Carina Rissi*, que aún sin tener el conocimiento de esto, me hicieron estar seguro de lo que realmente quería ser apenas leí todos sus libros. ¡Estas dos son increíbles! ¿Cómo pueden ser tan talentosas, mi Dios?

A *Dios*, que, sobre todo, siempre estuvo a mi lado. Siendo mi cimiento, mi base, mi fortaleza. *Mi todo*.